

Un gramo de oro en el universo

Etnografías pirquineras en la Sierra Jesús María, Copiapó

ISIDORA ROMERO ACUÑA



UN GRAMO DE ORO EN EL UNIVERSO
ETNOGRAFÍAS PIRQUINERAS EN LA SIERRA JESÚS MARÍA, COPIAPÓ

Colección de Etnografía
Volumen XI

©Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Colección de Etnografía
Un gramo de oro en el universo
Etnografías pirquineras en la sierra Jesús María, Copiapó

Inscripción N° 2026-A-2010
ISBN 978-956-244-666-2

Ministro de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Juan Francisco Undurraga Gacitúa

Subsecretario del Patrimonio Cultural
Emilio de la Cerda Errázuriz

Directora Nacional del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural
Nélida Pozo Kudo

Subdirectora de Investigación y Directora Responsable
Susana Herrera Rodríguez

Autor
Isidora Romero Acuña

Editor
Daniel Quiroz

Diseño de portada y diagramación
Leticia Martínez Vergara

Correctora de pruebas
Pilar de Aguirre Cox

Impresión
Feyser Etiquetas SPA

Diseño de portada basado en una idea original de Arturo Molina Burgos

Ediciones de la Subdirección de Investigación
Av Santa Lucía 360, 4° piso
Teléfono: 56-229978447
www.investigacion.patrimoniocultural.gob.cl
Santiago, Chile

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE
2026

UN GRAMO DE ORO EN EL UNIVERSO

ETNOGRAFÍAS PIRQUINERAS EN LA SIERRA JESÚS MARÍA, COPIAPÓ

ISIDORA ROMERO ACUÑA



ÍNDICE

PRESENTACIÓN

9

INVITACIÓN

13

DEVENIR PIRQUINERO EN LA SIERRA JESÚS MARÍA

19

EL ORO SIN MEMORIA NO BRILLA. CADA VETA NECESITA UNA HISTORIA (ESTA ES LA DE LUZMIRA PONCE LEDEZMA)

29

EXPERIENCIA AUTOBIOGRÁFICA Y ALGUNAS EVOCACIONES DESDE EL TRABAJO DE CAMPO

39

FORMA DE RECONOCER EL MINERAL Y ACCESO AL DISFRUTE

51

LABOREOS, TÉCNICAS DE EXPLOTACIÓN Y MOLIENDA DEL MINERAL

65

MOLIENDA Y TRATAMIENTO DEL ORO

81

LA VIDA DEL PIRQUINERO

103

LA FAMILIA, UNA LÁMPARA ILUMINANDO EL PIRQUÉN

131

MÁS ALLÁ DE LA FAMILIA DEL PIRQUINERO

143

MICRORRELATOS AUTOBIOGRÁFICOS DE CAMPO

159

PROYECCIONES

173

DESPEDIDA

179

AGRADECIMIENTOS

181

GLOSARIO

187

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

193

PRESENTACIÓN

Este libro, *Un gramo de oro en el Universo*, es el undécimo volumen de nuestra Colección de Etnografía y representa una mirada refrescante sobre la etnografía como oficio y sobre el trabajo de los pirquineros de la Sierra Jesús María, en Copiapó. El trabajo está escrito desde la experiencia de años de contacto con ese mundo, de contactos genealógicos, disciplinarios y afectivos. Es un encuentro mágico entre dos oficios que tienen mucho en común. En ambos casos se trata de “extraer” (uso el término entre comillas para todos aquellos que piensan en el extractivismo como una “mala palabra”). El sentido común nos indica que los pirquineros sacan el mineral de la tierra y eso nos parece (y es) un trabajo difícil, complejo, obsesivo y muy dependiente de “la suerte”. No es, por supuesto, el mundo de la gran minería que posee los recursos para disminuir, en gran medida, los riesgos involucrados en la actividad (disminuirlos por supuesto, no acabarlos). Tampoco el de la pequeña minería.

Alfred Métraux escribió, hace justo un siglo, que “hablando claramente, no hay método en la etnografía; fuera de ciertos principios de prudencia e imparcialidad, la libertad del investigador debe ser completa, ninguna directiva preconcebida, ningún sistema, ningún cuestionario, debe obstaculizarlo; todo su arte se reduce a una perpetua adaptación a los hombres y las circunstancias; el carácter de las sociedades entre las que se encuentra, la naturaleza de sus relaciones con ella, deben dictar su línea de conducta y determinar las condiciones en las cuales hará sus observaciones, porque el valor de los documentos depende de su flexibilidad de espíritu y de su inteligencia” (Métraux 1925: 289). Esa libertad de la etnografía nos “libera” de las certezas y nuestro trabajo se desordena, y todo intento por establecer un orden aumenta significativamente el descontrol. La etnografía no controla, sino más bien es controlada por “los hombres y las circunstancias”. En este contexto resuenan poderosamente las palabras de Michael Taussig: “el mundo humano es como un sistema nervioso en emergencia permanente”. El problema surge cuando tratamos de “describir el sistema nervioso que nos atraviesa y nos da forma, [... pues]

cada vez que uno lo estimula, comienza con alucinaciones o, peor aún, enfrenta nuestro sistema con su nerviosismo y nuestro nerviosismo con su sistema” (Taussig 1995: 24).

Debo aclarar aquí mi preferencia por entender la etnografía como una forma de escritura, y no como alguna clase o tipo de método o enfoque (Guber, 2012). Atsuro Morita indica que la etnografía es un tipo de artefacto que evoca respuestas creativas en sus lectores y no la representación de una realidad externa. La etnografía es “un artefacto evocativo” (Strathern, 2004) construido mediante la yuxtaposición de puntos de vista, tanto de “investigadores” como “nativos”, para relevar el contexto en el que se produce. Las máquinas, constituidas por piezas relacionadas entre sí, se usan para transformar una forma de energía en otra, es decir, son “objetos relacionales y performativos”. La etnografía es una máquina que convierte unos conceptos en otros (Morita, 2014, pp. 222-225). Stephen Tyler indicó hace ya varios años que el problema de la etnografía no es “cómo hacer una mejor representación [de algo], sino cómo evitar [siempre] la representación” (Tyler, 1986, p. 128). El objetivo de la etnografía “es evocar tanto en el lector como en el escritor un bosquejo de un mundo posible, ya dado en la fantasía y en el sentido común” (Tyler, 1986, p. 134). El artefacto etnográfico, como toda máquina, se encuentra formado por piezas, fragmentos de palabras e imágenes, que, entrelazadas, evocarán en la gente ese “mundo posible”, pleno de fantasía-realidad, bosquejado por Stephen Tyler.

La imaginación es una poderosa herramienta del pensamiento que permite materializar la evocación. En este sentido es importante recordar las sugerentes palabras de Charles Baudelaire: “En el comienzo del mundo, la imaginación crea la analogía y la metáfora, descompone toda la creación y con los materiales recogidos y ordenados según reglas cuyo origen solo se encuentra en lo más profundo del alma, crea un nuevo mundo, produce la sensación de novedad” (Baudelaire, 1956, pp. 234-235).

Entendida de esta manera, el trabajo de la etnografía tiene mucho de pirquería. Se trata, siempre, de “sacar el mineral de la tierra”, pero no siempre reflexionamos sobre el significado metafórico que tienen estos términos, “sacar”, “mineral” y “tierra”, en el lenguaje de la etnografía y su contexto. La lectura de este trabajo nos entrega un conjunto de herramientas

para comprender disciplinaria y afectivamente a los pirquineros de la Sierra Jesús María y, de manera accesoria, asimilar un poco la verdadera (aunque no sé si esto es realmente posible) naturaleza de la etnografía.

Para la Subdirección de Investigación del Servicio Nacional del Patrimonio Cultural es un agrado entregar a los lectores este libro sobre una parte sustantiva y algo olvidada de nuestro patrimonio minero, escrito por Isidora Romero con un profundo compromiso y afecto por los pirquineros de Copiapó.

Daniel Quiroz

Subdirección de Investigación
Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

REFERENCIAS

- Baudelaire, Charles (1956) *The Salon of 1859. The mirror of art. Critical studies* (pp. 220-304). Doubleday & Co. Inc.
- Guber, Rosana (2012). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Norma.
- Métraux, Alfred (1925). De la méthode dans les recherches ethnographiques. *Revue d'Ethnographie et des Traditions Populaires*, 23/24: 266-290.
- Morita, Atsuro (2014). The Ethnographic Machine: Experimenting with Context and Comparison in Strathernian Ethnography. *Science, Technology, & Human Values*, 39(2), 214-235.
- Strathern, Marilyn (2004). *Partial connections. Updated edition*. Altamira Press.
- Taussig, Michael (1995) *Un gigante en convulsiones: el mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente*. Gedisa.
- Tyler, Stephen (1986). Postmodern Ethnography: From Document of the Occult-to-Occult Document. En J. Clifford y G. E. Marcus (eds.). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography* (pp.122-140). University of California Press.

INVITACIÓN

Cada mañana, antes de que el sol desvelara por completo las tierras áridas de Copiapó, mi jornada empezaba en la solitaria gasolinera Copec. El bombero, con el rostro esculpido por el tiempo y el sol, solía recomendarme a un chofer amigo que me acercaba hasta ese cruce de caminos donde la carretera y el desierto se funden en un abrazo silencioso. En ese instante de quietud, sabía lo que posteriormente me aguardaba: una larga caminata de cuatro horas hacia La Quebrada Uno, donde se emplaza otra bifurcación que se conoce como La Quebrada Dos; allí se ubican diversos caseríos donde los pirquineros, con la piel escrita por el polvo y el sol, viven o transitan por las minas, barrenando a pulso sus sueños y tejiendo con sus manos la historia minera de la sierra Jesús María.

Desde ese cruce, a quince kilómetros al sur de Copiapó, la sierra Jesús María se abre como un pliegue de cerros donde el oro conversa con el cuarzo y la vida se orienta por huellas antiguas. La cercanía de las plantas de tratamiento y las quebradas dieron origen a asentamientos pirquineros dispersos en entradas y laderas; en sus depósitos aluviales se lavó oro por generaciones. Por sus condiciones geológicas aflora una red de vetas de cuarzo —una trama blanca que cose ladera con ladera— que concentra el metal y marca el rumbo, cruza quebradas y guía el avance hacia zonas de mejor ley. Desde esos puntos nacen rutas que trepan por quebradas y lomajes y que enlazan asentamientos, minas, socavones y pirquenes.

De ahí que las distancias aquí se midan en horas y desniveles: cuanto más adentro se ubica la mina, más largo y hondo el trayecto. La orientación en terreno no depende del mapa, sino de los signos del trabajo: desmontes, refugios en el cerro, marcas de veta, antiguos puntos de acarreo y, sobre todo, de la memoria del trayecto de quienes recorren a diario el cerro. En la memoria local de los años ochenta muchos recuerdan el impulso que nació en la plaza de Copiapó y se volvió plan para pirquineros: en Jesús María se pesaba el oro y se pagaba en el día; había oficinas y servicios que ordenaban la circulación del mineral y el abastecimiento. Esa trama —hecha de recorridos, señales

y recuerdos— también forma parte del paisaje. En esa cartografía viva se fue inscribiendo, sin prisa, mi propio andar.

En esas caminatas, el silencio del desierto se convertía en mi más fiel compañero. El sol implacable y la tierra se mezclaban con mis reflexiones y me preguntaba si alguna vez lograría capturar con palabras la esencia de la vida pirquinera. Al principio, concebía la etnografía de otro modo —o así la entendía en mi juventud—, pero intuía que cada palabra debía dignificar la existencia, los sueños y el sacrificio de esos hombres que extraían del cerro el metal que nutría sus esperanzas.

Durante años caminé entre el silencio y la piedra, agobiada por la inquietud de no hallar la manera de traducir en palabras la vida de los pirquineros. Sentía que, por más que recorría las sierras buscando respuestas, mi narrativa no encontraba la veta por donde fluir. No fue una omisión, sino una pausa necesaria antes de aventurarme en la escritura. Fue al leer a Rosana Guber (2001, 2004) cuando descubrí que la subjetividad, antes temida, era el cincel que me permitiría esculpir la historia, no una barrera que frenara mi mirada.

Guber señala que “la escritura etnográfica no es solo la descripción de lo observado, sino la evocación de lo sentido” (Guber, 2004, p. 27), y precisamente en esa evocación hallé la clave para narrar no solo sus gestos y trabajo en las minas, sino también su esperanza, la fe en que cada golpe de martillo abriría el camino hacia el oro y, más aún, hacia ser sus propios jefes, dueños de su tiempo y de su forma de vida, su cultura pirquinera. Ellos, los pirquineros, me demostraron que cada grieta en la roca representa una promesa, y que cada jornada bajo la tierra implica un acto de resistencia compartida entre hombres que, más que un metal, buscan su lugar en el mundo.

Por eso, aquí digo sus nombres con el respeto con que se enciende una lámpara en el socavón. Este libro se escribe caminando y escuchando junto a ellos, entre pirquenes, minas y socavones; a veces bajo la luz destellante, cuando el oro del sol hace brillar nubes y cielos, y a veces en la oscuridad sin fin, densa, que se siente con el cuerpo. Son los pirquineros con quienes hemos caminado estos años, mis entrevistados e interlocutores en distintos momentos de este trabajo etnográfico: don José Santos Escobar, Juan Valladares, Aliro Ortiz, Lorenzo Pinto, Carmelo Pinto, Marcelo González, Darío Gálvez,

Lorenzo Vega, Luis Cortés, Santiago López, Eduardo Olivares (Maguiro), Pedro Cortez, Manuel Barahona, Fidel Molina, Juan Araya, Alejandro Ramírez (Yamaha), Armando Arias, Jim Casanova, Rubén Laferte, Lorenzo Gómez, Raúl Guggiana y Luis Guggiana y Carvajal. Los nombro para que, al avanzar, el lector reconozca en estas páginas sus palabras pirquineras —las que nacen del cerro, del tiempo y del cuerpo— y escuche, con ellos, la mina por dentro.

Los relatos de una vida no se conservan únicamente en documentos; habitan en la memoria de quienes han vivido y sentido cada jornada. Cuando esos registros faltan, el murmullo de la experiencia permanece, esperando ser escuchado. Visibilizar al pirquinero es un acto de justicia: un reconocimiento a quienes han dejado su historia impresa en la roca y en el polvo del camino. Fue esa convicción la que me empujó a adentrarme en cerros y piques, para recoger lo aún no dicho y transmitirlo con la cercanía que merece. Cuando la información es escasa, la etnografía se vuelve un puente capaz de sortear distancias y, si ese puente no existe, debemos construirlo. Porque en cada relato compartido, en cada silencio que encuentra palabras, confirmo que nuestro oficio no es solo observar, sino también descubrir, comprender y dar voz; y en esa búsqueda inagotable radica lo más apasionante de nuestro oficio.

La etnografía, en este contexto, no puede ser neutral. Como plantea Guber, el etnógrafo no es un mero observador, sino un traductor cultural que habita la frontera entre mundos (2004, p. 27). Esta práctica exigió decisiones estilísticas y éticas que permitieran el equilibrio entre mi perspectiva y la de los pirquineros, de manera de evitar simplificar su realidad y preservar la complejidad de su cultura. La reflexividad se volvió imprescindible, pues mis observaciones no son un espejo perfecto, sino una construcción permeada por mis propias emociones y el diálogo constante con los pirquineros. Cada detalle, desde el polvo que se alza en la mina hasta el eco persistente de las herramientas, se transformaba en una llave que no solo abría las puertas de su universo, sino que también me invitaba a caminar entre esas sombras, a escuchar el latido de la tierra y a sentir la vida que subyace tras cada golpe del barreno en las profundidades del pirquén.

Así como los pirquineros excavan en las entrañas de la tierra con paciencia y determinación, yo comencé a excavar en mi interior, comprendiendo que mi relato debía ser más que una crónica: debía volverse una evocación viva, una invitación a sentir el peso del barreno y el polvo en la piel.

Cada día que fui recorriendo la sierra, bajo el sol implacable que la caracteriza, descubrí que la verdadera riqueza radicaba en la fórmula casi perfecta entre la veta escondida y la libertad que experimentan al enfrentarse al cerro con fe y esperanza. En esos gestos, aparentemente mínimos, se plasma su esencia y su conocimiento, pues —aunque muchos trabajan en lugares efímeros y se trasladan de mina en mina— son hombres libres cuyo trabajo está cargado de significados profundos que trascienden lo inmediato. La veta de oro les ha permitido construir una vida autónoma, enraizada en el valor y la dignidad que encuentran en su labor diaria.

Compartir los piques con ellos jamás fue algo de lo que dudara. A medida que me adentraba en la oscuridad de los pirquenes, sentía el peso de su labor en cada paso. En esos túneles profundos y angostos, donde la luz ya no alcanza y solo queda la solidez de la roca sobre uno, enfrenté la inmensidad de su esfuerzo y la libertad que, paradójicamente, este trabajo les otorga.

Los pirquineros han tejido su existencia alrededor de una resistencia que pocos pueden imaginar: cada golpe de martillo, cada paso en medio del desierto es una reafirmación de su libertad. Son hombres cuyo trabajo encierra significados que van más allá de lo inmediato.

La pirquinería no es solo un oficio; es una narrativa de resistencia frente al olvido, una afirmación silenciosa de que la verdadera riqueza no está únicamente en el oro, sino en la libertad de buscarlo con las propias manos. Este texto busca dignificar esa lucha, no porque esté condenada a desaparecer, sino porque ha sido arrinconada por el olvido, por el ruido de otras voces que no ven lo que permanece. Muchos creen que se trata de una cultura que se desvanece. Sin embargo, mientras existan cerros por explorar, el eco del martillo seguirá resonando, escribiendo una historia que merece ser sentida y contada.



La Sierra Jesús María se extiende como un rumor antiguo sobre la tierra. Caminar por ella es aprender a escuchar el silencio, a leer la forma del viento en la roca y a adivinar dónde el cerro guarda su secreto más profundo. Esta imagen no muestra un paisaje: muestra el comienzo de un vínculo que no termina nunca.

DEVENIR PIRQUINERO EN LA SIERRA JESÚS MARÍA

PEQUEÑA HISTORIA

En la sierra Jesús María se manifiesta con claridad la continuidad histórica de la pirquinería en Atacama. Desde los lavaderos precolombinos y los filones coloniales, pasando por los pirquineros del siglo XIX hasta los trabajadores artesanales del siglo XXI, este rincón del desierto ha visto sucederse generaciones enteras dedicadas a arrancar riquezas a la tierra con sus propias manos. Su historia minera es un entramado de esplendores y reveses, de adaptaciones constantes y de fidelidad persistente a un modo de vida.

Más que ofrecer una simple alternativa, la experiencia de Jesús María revela un sentido distinto de la minería: una forma de habitar el cerro a escala humana, heredera de conocimientos transmitidos, guiada por el cuerpo, la memoria y el vínculo con las minas y pirquenes alojados en la sierra, y parte esencial del patrimonio cultural de la región y del país. La épica silenciosa de los pirquineros de la Sierra Jesús María —hombres y mujeres anónimos que han buscado su fortuna en estas minas doradas a lo largo de los siglos— sigue siendo, a pesar de todo, una historia viva: una historia de resistencia y persistencia cultural.

En la sierra Jesús María el devenir no es un tránsito abstracto, se construye en la práctica, se materializa en el cuerpo cuando el pirquinero baja a la mina, en la herramienta que golpea y la respiración que se acomoda al ritmo de la roca. Es la transformación silenciosa de un hombre que no es igual al que subió la tarde anterior, pues en la sierra y sus minas el tiempo se mide de otra forma. No con el reloj, sino con la esperanza, con la memoria del cuerpo, con la paciencia con que se catea una veta incierta.

Llamo *devenir* minero a esa manera de estar en el mundo que no arranca en un punto ni concluye en otro, sino que se va labrando jornada tras jornada, a la velocidad de la roca y al compás del cuerpo que aprende haciendo. No es una escalera con peldaños fijos, sino un tejido de momentos, gestos y decisiones que se reactivan cada vez que un pirquinero amarra la cuerda al torno, tensiona el huiñche y su cable a la pata de cabra, enciende la lámpara de carburo

y descende al pique. Este proceso se ancla en la memoria colectiva —las historias del abuelo, el consejo murmurado en la boca-mina— y se concreta en la técnica artesanal que se incorpora mirando, repitiendo y corrigiendo. La transformación es situada, ocurre en la penumbra húmeda del socavón, en la superficie donde se muele y “realiza” el mineral, y se prolonga en las conversaciones nocturnas en las que se evalúa la veta y se decide el rumbo del día siguiente.

Como explica Fidel Molina, “aquí abajo los minutos no sirven; uno se guía por el pulso de la piedra: si suena hueca, avanzas; si calla, esperas” (FM, 2001). Cuando me hablaba, pude comprender que ese pulso —no el reloj— marca pausas y apuros y dilata el tiempo hasta volverlo sustancia espesa, porque allí en el pique hay una densidad de sentido que define su percepción y el modo de actuar en las minas. El día deja de ser una sucesión de horas y se convierte en una serie de silencios, disparos y respiraciones contenidas. Por eso, el devenir es también una experiencia temporal distinta, es un tiempo extendido donde la perseverancia reemplaza a la productividad y donde la unidad de medida es la paciencia compartida, la misma paciencia que se hereda como parte del oficio y se reafirma cuando la veta se esconde durante semanas.

Por eso, el persistir del pirquinero no es terquedad, es la estrategia que garantiza que el conocimiento no se pierda. “Mi viejo no hablaba mucho, pero yo lo miraba todo el rato. Así aprendí a no apurarme y a respetar la piedra” (JA, 2017), recuerda Juan Araya, sintetizando la pedagogía del ejemplo. La técnica se vuelve gesto y el gesto, identidad. Golpear, escuchar, retroceder medio paso; tensar la cuerda, sentir la vibración; repetir sin prisa y sin promesa. Cada error —un disparo mal calculado, una veta que se cierra— deja una lección que se graba en la memoria y cada acierto se celebra con un silencio cómplice, porque la alegría, aquí, también se mide en discreción.

La sierra ha alternado rachas de oro abundante y largos silencios, vaivén que forja un sentido de espera activa: el cerro puede callar, pero el pirquinero sigue. “Uno empieza en esto porque lo lleva en la sangre o porque algo te llama, pero seguir es lo difícil” (MG, 2001), explica Marcelo González apuntando al temple que sostiene la continuidad.

En este sentido, la historia misma refleja el modo en que se encarna el devenir pirquinero. En 1866, la fiebre del llamado “nuevo California” atrajo a decenas de buscadores improvisados, ansiosos por hallar fortuna. Pero

la veta se agotó en pocas semanas y el campamento se dispersó tan rápido como llegó. Los pirquineros, en cambio, permanecieron. No persiguen la velocidad ni la promesa inmediata, sino que ajustaron la técnica, resistieron la escasez y esperaron con paciencia el siguiente gesto del cerro. Lo mismo ocurrió con el auge de los años cuarenta y la abrupta caída de los cincuenta: mientras muchos se retiraban ante la incertidumbre, ellos se quedaban. Porque el devenir no sigue una línea recta ni se mide en éxitos visibles. El cerro abre y cierra sus puertas según su propio ritmo, y el devenir pirquinero se alimenta de esa alternancia: de la espera, del silencio, de la decisión de permanecer incluso cuando todo parece terminado.

Cada generación deja sus pistas, como piques abandonados que se retoman, huellas que conducen a vetas olvidadas, muros pircados que alguna vez sostuvieron sus lugares de habitación. La historia material del cerro es un archivo abierto donde los nuevos pirquineros aprenden de los antiguos no a través de libros, sino recorriendo los socavones, escuchando el eco de los barrenos y recogiendo las historias contadas como parte de un legado que se transmite en la convivencia. De ese modo, el devenir se convierte en un diálogo con el pasado que se actualiza en el “laboreo” presente, y por eso el devenir minero es un proceso cultural abierto: se nutre de la perseverancia, se transmite en la práctica silenciosa y se mide con la paciencia que impone el ritmo del cerro; la memoria de los ciclos pasados alimenta la capacidad de adaptarse sin renunciar a la autonomía.

VIVIR EL DEVENIR: TÉCNICA, APRENDER DEL CUERPO Y COMUNIDAD

El amanecer en Jesús María exhala un aliento frío cada mañana. En ese primer contacto con el día, los pirquineros, a través de cada gesto y acción preparatoria para ingresar al pirquén, inauguran un nuevo tramo del devenir y confirman que la técnica es también un rito: una forma cotidiana de empezar de nuevo, de abrirse al cerro sin certezas; una vez dentro, la oscuridad obliga a afinar los sentidos; el cuerpo aprende a leer vibraciones y tonos en el golpe del barreno, a reconocer la humedad que anuncia una veta y el silencio denso que advierte el peligro. Ese aprendizaje no se enseña con palabras, se inscribe en la piel, en la experiencia, y constituye lo que llamo *sabiduría situada*,

ese saber encarnado que define la cultura pirquinera. Es un conocimiento que se renueva con cada movimiento, que se corrige al mínimo error y que nunca se termina de dominar, porque depende del ritmo del cerro, de sus vetas y de la disposición del cuerpo a escuchar.

Don Lolo me comentaba que “algunos días te levantas con la esperanza de que el cerro te dé algo; otros simplemente sigues golpeando por el orgullo de ser minero” (LP, 2001), condensando en una frase la ética del cerro, la forma de ser pirquinero: persistir sin garantías, sostener la fe heredada de quienes bajaron antes. Cuando un disparo queda mudo —cuando no estalla como debiera—, los socios se enfrentan al riesgo juntos desde sus saberes, ya sea en un pique o en un socavón; nadie se retira hasta que el compañero vuelve a la superficie, hasta encontrar cómo enfrentar el peligro o resolver el problema que puede costar la vida. Ese gesto colectivo refuerza la solidaridad y muestra que la técnica no es un asunto aislado: está entrelazada con el cuidado mutuo, con la confianza construida en la mina y con un conocimiento que es compartido, porque la seguridad depende tanto del dominio del oficio como del vínculo que une a quienes trabajan bajo tierra.

La transmisión y perfeccionamiento del conocimiento ocurre en la convivencia diaria, en cada comida, gesto o laboreo compartido, como me explicaba don José Santos: “Cuando partí, apenas sabía agarrar el combo; con el tiempo el cerro te habla y uno aprende a escucharla en el brazo y en el pecho. Uno no nace pirquinero, se va haciendo cuando conversa con la roca, con los que nos enseñaron y lo que aprende con los compañeros” (JSE, 2001). Esta red se asienta en el tiempo, en cada explotación o proyecto se aprende del hacer y de los otros, lo cual mantiene la seguridad y teje la confianza mutua cuando se trabaja con socios, en la familia y también en la comunidad que se asienta en un territorio.

Ese aprendizaje no termina con la juventud, sino que un minero de sesenta años sigue afinando la técnica, adaptando el cuerpo a nuevas vetas, enseñando a los más jóvenes a “leer” la piedra con los nudillos. Así, la mina se convierte en un aula sin paredes, donde la experiencia se transmite por contacto y la palabra justa puede salvar una vida.

Entre el polvo que se eleva con cada jornada y el silencio que resguarda ecos de épocas remotas, la labor de los pirquineros va más allá de una mera

ocupación: es el palpar de una libertad forjada día tras día. La perseverancia que los caracteriza está imbuida en la memoria de tiempos lejanos y en el ritual cotidiano que los impulsa a adentrarse en vetas —por efímeras que sean—, porque en cada una de ellas se afirma, sin alarde ni descanso, la dignidad de su oficio. En esa vivencia —tejida en la cotidianidad del laboreo— se erige en su forma de encarar la adversidad y, al mismo tiempo, de afirmar una identidad que no se explica desde fuera. Los pirquineros, custodios de saberes labrados en la resistencia y en la lucha, habitan una dualidad que los define: por un lado, la tierra susurra la promesa latente de tesoros ocultos; por otro, la herencia del sacrificio exige resiliencia frente a la incesante dureza del entorno.

Han aprendido a leer las minas no solo en lo visible y material, sino también en aquello que no se muestra a simple vista. Es una lectura que se aprende con el cuerpo, en el tiempo compartido con el cerro, en la escucha atenta del entorno, en los silencios que se cruzan con los metales. Por eso, algunos hablan de un diálogo íntimo con la mina o el pirquén. “El cerro te habla”, “el cerro avisa”, repiten con la serena convicción de quienes han desarrollado la habilidad de interpretar sus señales, aunque reconozcan que esa afirmación resulta incomprensible para quienes nunca han habitado ese mundo. No se trata de conversar con las rocas, sino de leer sus mensajes —advertencias, permisos, rechazos— en los sonidos, en la humedad, en el modo en que cruje la veta o se comporta el terreno. En ese proceso, la intuición se vuelve conocimiento, la experiencia adquiere espesor y lo que otros etiquetarían como superstición se revela como un saber encarnado, paciente y afinado por el trabajo cotidiano: una *sabiduría situada*. Juan Valladares lo explicaba sin rodeos: “Uno aprende a reconocer la piedra como a un amigo o a un enemigo. Sabemos cuándo nos quiere dar algo y cuándo nos está engañando” (JV, 2001).

La sierra moldea a quienes la trabajan. Endurece sus manos y talla surcos profundos en sus rostros, va marcando en sus cuerpos el compás de la espera y del golpe continuo, ese diálogo silente con la mina. Tal como señalaba el mismo Juan Valladares: “Uno no se hace minero solo por quererlo; el cerro te deja entrar cuando él decide. Hay días en que la veta se esconde y otros en que parece llamarte. Aquí, no es uno quien manda” (JV, 2001).

MEMORIA MINERAL, DIGNIDAD QUE PERSISTE

El devenir en la sierra no implica únicamente prolongar el trabajo minero, sino también consolidar un modo de vida y una cultura pirquinera que se rebela contra el tiempo, la modernización y la lógica económica convencional. Se trata de una forma de habitar el mundo, de tramar lazos profundos con la tierra y con los otros, transmitiendo el oficio y sus secretos a las nuevas generaciones. En la sierra Jesús María el tiempo no se mide con relojes ni calendarios, sino con vetas que aparecen y desaparecen, con avances que ilusionan y retrocesos que obligan a empezar de nuevo. En ese ciclo irregular y exigente germina una paciencia forjada por años, una adaptación a una lógica que no responde a la urgencia del mundo moderno, sino a un ritmo mineral, profundo, donde nada es seguro.

Como diría Clifford Geertz, toda cultura es un modo de leer el mundo a través de sus propios símbolos (1989); en la sierra, ese lenguaje se escribe en piedra, y los pirquineros lo descifran golpe a golpe. Leer el cerro no garantiza resultados, pero da sentido. Incluso cuando no hay oro ni promesa, la lectura del cerro les devuelve dirección: “Hay días en que uno baja con esperanza y regresa con las manos vacías; otros, en que la veta se muestra de pronto, como si el cerro te pusiera a prueba” (AO, 2001). Aun en la incertidumbre, incluso cuando no hay nada, la sola posibilidad de que el cerro diga algo, de que muestre un signo, les basta para continuar.

Ser pirquinero demanda un sacrificio que no todos están dispuestos a asumir. Es una entrega constante a la incertidumbre, que puede minar cuerpo y mente. Pero para quienes lo asumen, encierra una lección silenciosa: el cerro no se rinde ante el deseo ni ante la prisa. Como decía Raúl Guggiana, “la mina no entiende de nombres ni de currículum” (RG, 2001). La mina solo responde a la constancia, a la paciencia, a la habilidad que se pule en la práctica diaria.

Algunos pirquineros evocan con ternura al joven que llegó creyendo que con una barreta y unos rudimentos de geología bastaría para enriquecerse en cuestión de semanas. Casi sin excepción, quienes pensaron así terminaron desairados por el calor abrasador y la indiferencia del cerro. Solo unos pocos —los que supieron ser pacientes y escuchar los consejos de padres, abuelos

u otros pirquineros— lograron acompasarse a la lentitud del cerro, aprendiendo a distinguir el sonido de la barreta al golpear una fractura prometedora o a advertir un cambio sutil en el color del cuarzo. Son ellos quienes prevalecen en la sierra, sosteniéndola y siendo, al mismo tiempo, sostenidos por ella a lo largo de los años.

Sumergirse en estos relatos permite entrever que la sierra Jesús María desborda la imagen de un mero yacimiento de oro; se ofrece como un caleidoscopio de historias, vínculos y anhelos que se renuevan con el polvo y el viento de cada generación. Incluso quienes partieron conservan en la memoria el eco del barreno y el persistente aroma a explosivo que inunda el aire del socavón. Quienes se quedaron elaboran un presente que se vuelve un mosaico de anécdotas, una épica discreta donde cada logro pequeño se celebra con la intensidad de una victoria frente a la magnitud del desierto. De ese modo, el día a día se torna en una sucesión de actos heroicos, invisibles para el resto del mundo, pero monumentales para quienes los encarnan.

Quizás una de las mayores riquezas que ofrece la pirquinería reside en ese profundo sentido de identidad y colectividad, entrelazadas con la exaltación de valores que constituyen su “ser pirquinero”, los cuales se han transmitido de una generación a otra. Esta comunión se manifiesta en la resistencia pirquinera, forjada en la tensión entre modernidad y tradición, donde las técnicas artesanales y el conocimiento heredado se materializan en un modo de vida que persiste a pesar de las presiones externas.

Los conocimientos del pirquinero —como el “cateo”, el reconocimiento de la veta y su seguimiento, así como las técnicas artesanales de explotación— no son simples procedimientos técnicos. Son el fruto de generaciones que aprendieron a leer el cerro con el cuerpo, con la mirada entrenada y con la paciencia exigida por una sierra que no entrega nada fácilmente.

Justo ahí, en la cercanía íntima de la veta con el “pirquén”, se gesta la continuidad de este devenir. Cuando la veta “brocea”, cuando no hay financiamiento ni respaldo estatal, cuando la formalización impone requisitos que ignoran su cultura, el saber pirquinero —práctico, sensible, arraigado en la experiencia— sostiene a quienes se niegan a abandonar el cerro. Como expresaba Juan Araya: “La máquina no entiende de tradiciones, no sabe escuchar a la piedra” (JA, 2001). Porque, por más eficiencia que ofrezca, carece

de esa intuición entrenada durante largos años de escucha, de esa lectura sutil de la roca. Ese saber —que habita en las manos, en la memoria, en la sabiduría situada— define su autonomía. Y como hombres libres que son, deciden permanecer en la sierra, incluso cuando todo alrededor los empuja al abandono.

Así, el devenir del pirquinero se teje en una red de vínculos reflexivos donde libertad y sacrificio, esperanza y fe, esfuerzo y solidaridad se entrelazan para sostener un modo de vida que aún persiste, a pesar de la invisibilización. Cada jornada es un acto de resistencia y una reafirmación de una identidad que se alimenta del legado generacional y de la práctica artesanal del saber.

La sierra Jesús María —maestra severa y testigo silente— sigue en pie, sosteniendo con su cuerpo mineral el pulso de una historia que no termina. Allí donde el barreno golpea la roca y el cuerpo se entrega al cerro sin medida, el devenir pirquinero toma forma no como una meta que se alcanza, sino como una manera de estar en el mundo que se va entretejiendo simbólicamente en los cotidianos.

El devenir pirquinero es un proceso abierto que no conduce a una meta final, sino que se encarna en el hacer cotidiano, en la relación con el cerro, en la repetición y la convivencia. En ese proceso emerge la sabiduría situada: un conocimiento que no se adquiere por acumulación teórica, sino que se construye en el cuerpo, en la experiencia situada en un lugar específico y a través del tiempo vivido; nace de estar en el cerro, de trabajarlo, de escucharlo, de equivocarse y volver a intentar. No es saber *sobre* el cerro: es saber *con* él.

La sabiduría situada es, por tanto, una forma encarnada de comprender el mundo que se expresa en gestos, silencios, decisiones y lecturas del terreno transmitidas en el hacer mismo, en la observación constante y en la paciencia exigida por las minas. Esta sabiduría exige abrirse al ritmo de las minas, acoger sus tiempos sin prisa, traducir sus murmullos en destellos de comprensión. Entonces, cuando cuerpo y cerro dialogan sin intermediarios, el devenir deja de ser un simple tránsito y se convierte en una forma de existir, en un conocimiento profundo tejido por la comunión entre el hombre y la mina, entre la memoria del pasado y el impulso de continuar explorando hacia lo desconocido.



Su mirada, firme como una veta recién abierta, da cuenta de la decisión de una mujer que conoce el precio del silencio y del trabajo sostenido. El estudio fotográfico disimula el polvo del desierto, pero no logra apagar la luz de la tenacidad que habita en su rostro.

EL ORO SIN MEMORIA NO BRILLA. CADA VETA NECESITA UNA HISTORIA (ESTA ES LA DE LUZMIRA PONCE LEDEZMA)¹

Luzmira Ponce Ledezma nace el 25 de septiembre de 1899. Mujer fornida, de cuentas claras, palabra recta y conocedora de los secretos de extracción del oro, un mineral tan deslumbrante como su nombre y figura.

Esta dueña de minas y pirquinera es oriunda de Tocopilla, un pequeño pueblo enclavado en el árido desierto del norte de Chile. Desde muy temprana edad, el entorno hostil de su lugar de origen comenzó a moldear su carácter fuerte y decidido. Hija de Victoriano Ponce Rojas, un contador de libros, y Elena Ledezma Garriga, Luzmira creció en una familia numerosa con varias hermanas y un solo hermano. A pesar de las limitaciones de la época, su padre, un hombre dedicado y de convicciones firmes, se encargó de enseñarle a leer y escribir. Estas lecciones no solo le abrieron las puertas al conocimiento, sino que también plantaron en ella una semilla de autodeterminación que florecería a lo largo de su vida. Aunque su educación formal fue mínima, Luzmira se destacó por su inteligencia práctica y su capacidad para superar las adversidades.

Desde muy joven, Luzmira demostró un espíritu emprendedor. Inició su vida laboral en Copiapó ayudando a su madre a administrar una pensión. Pero no era solo un simple alojamiento; era un refugio para trabajadores y estudiantes que llegaban a la ciudad, muchos de ellos atraídos por las oportunidades en las cercanas minas de la región. En esta pensión, Luzmira ofrecía comida y hospedaje, y también se encargaba de moler minerales para los pirquineros locales. Sus inicios en este rudo mundo de hombres son junto a su esposo, Víctor Manuel Acuña.

En los años cuarenta, Luzmira instaló su propio maray en el patio de su casa. Este pequeño emprendimiento pronto se convirtió en un centro de operaciones para los trabajadores mineros, quienes no solo

¹ Este capítulo se construye sobre la base de los relatos de la familia y de los pirquineros que conocieron a Luzmira Ponce Ledezma. Sus datos biográficos se obtuvieron entre 2016 y 2017 mediante conversaciones con sus familiares Cristina Grez, Antonio Grez, Jorge Grez y Luz Ester Acuña.

confiaban en Luzmira para procesar su mineral, sino que también encontraban en ella alguien que los apoyaba y comprendía en un entorno donde las condiciones laborales eran extremadamente duras. Esta actividad de molienda le proporcionaba un ingreso adicional y le permitió establecer una red de contactos con los mineros que sería crucial para su futuro en el mundo de la minería.

Luzmira moldeó su carácter a la par de sus manos, que con el tiempo se volvieron rudas y oscuras. Cada día, bajo el abrasador cielo de la sierra Jesús María, en el sector de El Cardón, sus manos se endurecían en los lavaderos de oro, en una danza constante con la tierra y el agua, arrancando tesoros ocultos con una tenacidad que desafiaba al destino. Aquellas manos, curtidas por el polvo dorado, eran un reflejo de su espíritu: firme, inquebrantable, dispuesto a luchar contra toda adversidad.

A Luzmira se la recuerda no por seguir caminos, sino por abrirlos. En un tiempo en que la ley misma parecía no conocer a las mujeres, se presentó ante un juez para exigir lo que ya era suyo: la potestad de decidir sobre su propia vida.

“Vaya a trabajar nomás, señora, yo le doy permiso”. Con estas palabras, un juez le permitió a Luzmira Ponce Ledezma tener una vida económica independiente de su marido.

No podía tener una cuenta en el banco a su nombre, tomar decisiones propias, pedir permisos legales, contratar gente, porque todo eso debía aprobarlo el marido. Por eso, ella se había ido a quejar ante el representante de la ley. Ella siempre había ganado el dinero para sostener a la familia, trabajando a la par con su marido o sin él. Todo quedaba en la sociedad conyugal.

Su marido no quería que su mujer se fuera a los cerros, con solo hombres que harían el trabajo. Además, todos decían, por aquellos años, que las mujeres traían mala suerte, provocaban derrumbes y tragedias en el cerro. Dichos de gente supersticiosa, decía ella, para dejar a las mujeres en casa.

Con el permiso del juez, se zanjó la discusión y la justicia le dio libertad para comenzar a hacer su destino de forma más fácil. Era la década de 1940 en Chile (Acuña, 2021).

Pero Luzmira trabajaba desde antes: barrenaba, cargaba sacos, molía metal, compraba dinamita, anotaba en su libreta los kilos y los nombres. Lo que hizo el juez fue apenas ponerse al día con una realidad que ya la desbordaba. Ese pasaje, recuperado por su nieta Jessica Acuña, es una anécdota jurídica y un acto fundacional de autonomía que desbordó el marco legal de su tiempo.

Se sabe que Luzmira trabajó en la sierra Jesús María y muchos de los pirquineros la recuerdan llegar a las minas del sector. También trabajó en los sectores cercanos a Tierra Amarilla, donde estaba la mina *No Me Olvides*, en la sierra Zapallar, de la cual fue dueña, y la Botón de Oro, de la cual no fue dueña, pero en su familia y entre los pirquineros se la recuerda allí, donde el ruido de las máquinas y el susurro del viento se mezclaban con la voz firme de Luzmira. En ese mundo dominado por hombres, ella se erigió como líder dirigiendo cada operación con una precisión y una eficiencia casi míticas. Bajo su mando no solo se extraía el oro de las entrañas de la tierra, sino que también se urdía un tejido de respeto y lealtad entre ella y sus trabajadores.

El Chevrolet verde del 56, que rugía a través de las rutas polvorientas del desierto, era más que un vehículo; era una extensión de Luzmira misma, un símbolo de su constancia y de su presencia inquebrantable en cada rincón de su imperio minero. Tres veces por semana, el Chevrolet cargaba con el compromiso de Luzmira recorriendo kilómetros hasta la panadería La Modelo, de José Olivera, en Copiapó. Allí, compraba marraquetas para alimentar a su familia y para asegurarse de que sus mineros estuvieran bien cuidados, porque para ella el bienestar de su gente era tan valioso como el oro que extraían.

En sus inicios, en la quebrada de sierra Garín Luzmira trabajaba largas jornadas bajo el sol implacable, extrayendo el oro con una perseverancia que pocos podían igualar. Con el tiempo, llegó a liderar un equipo de mineros, a quienes supervisaba con un liderazgo que combinaba conocimiento técnico, disciplina y un respeto ganado a pulso. Durante las décadas de 1950 y 1960, Luzmira expandió sus operaciones mineras y se consolidó como una empresaria exitosa en un entorno donde pocos creían que una mujer pudiera triunfar. Pero ella no solo triunfó, sino que además dejó

una huella indeleble en la tierra que la vio crecer como mujer de minas y en los corazones de quienes tuvieron la suerte de trabajar bajo su mando.

Rubén Laferte (RL, 2016), quien la conoció, relata que Luzmira supervisaba cada aspecto del trabajo en las minas, desde la extracción del mineral hasta la compra de insumos. Cada semana, recorría las rutas polvorientas del desierto en su legendaria Chevrolet verde del 56 cargada con agua, velas, fósforos y carne. Visitaba regularmente el matadero local, donde compraba guatitas, patas, riñones y chunchules para preparar comidas nutritivas para sus mineros. Luzmira conocía los nombres de cada uno de sus trabajadores, los trataba con respeto y se preocupaba profundamente por su bienestar. Su capacidad para equilibrar la firmeza con la empatía le granjeó el respeto de todos aquellos que trabajaban con ella.

Luzmira se destacaba por su conocimiento técnico de la minería y por su habilidad para los negocios. Sabía cuándo invertir, cuándo vender y cómo maximizar los recursos. Su enfoque en el ahorro y la reinversión la llevó a acumular una fortuna considerable.

José Santos Escobar (JSE, 2001), quien tuvo la oportunidad de conocerla, describe que la llegada de Luzmira a las plantas mineras era un evento notable. Los trabajadores, que la esperaban con una mezcla de respeto y temor, sabían que cuando Luzmira aparecía todo debía hacerse de inmediato y sin errores. Su presencia imponía una autoridad natural que obligaba a los empleados a actuar con rapidez y eficiencia. Luzmira no solo dirigía las operaciones con mano firme, sino que también poseía un profundo conocimiento técnico sobre la minería, lo que le permitía manejar la extracción de minerales de manera eficiente, asegurando que los recursos fueran explotados al máximo.

Luzmira era directa, de esas personas que no se andan con rodeos. Su voz tenía el peso de las rocas y la claridad de las vetas de oro bajo la tierra. Sabía lo que hacía, y lo hacía bien. Cada decisión era un golpe certero, como el barrenos abriendo camino en la roca. Su autoridad no nacía del miedo, sino del respeto ganado con el sudor de sus manos y el conocimiento profundo del trabajo en las minas. Conocía cada paso del proceso, desde el primer cateo hasta el brillo de la pella, y esa sabiduría la convertía en una líder natural, firme y justa.

Pero en 1956 la dureza del desierto le mostró su cara más cruel. En un pique minero, presencié la caída de su hijo Ernesto, de apenas ocho años. El tiempo se detuvo en aquel instante y la tierra se tragó su risa infantil. Desgarrada por las heridas, no solo las de su piel, sino las del alma, Luzmira corrió entre las quebradas buscando ayuda, gritando su nombre, pero el eco solo le devolvía un silencio seco, el del desierto nortino, que pesa como el plomo. El sol se hundió en el horizonte sin respuestas y la noche trajo consigo la certeza de la pérdida.

La luz de Ernesto se apagó como una vela en la ventisca, dejando un vacío tan profundo como los piques que ella misma había excavado. Su matrimonio se desmoronó bajo el peso de ese dolor y ella, la mujer de hierro, quedó rota. Así como los largos agujeros negros entregan riqueza, también devoran el espíritu. Esos piques, que prometen oro, pueden convertirse en abismos donde el alma queda atrapada, donde el brillo que se busca con tanta esperanza no es más que un reflejo frío y sangriento, como si la tierra cobrara un precio imposible de pagar.

Luzmira no solo fue una líder en la minería, sino también una defensora incansable de la justicia social. Fue una de las mujeres que apoyaron la fundación del Partido Socialista en el norte de Chile (LEA, 2016), y su voz resonaba en las plazas y cerros, donde abogaba por los derechos de los trabajadores. Cristina Grez (CG, 2016), su nieta, recuerda que Luzmira comenzaba sus intervenciones hablando humildemente de su baja escolaridad, solo para luego exponer con claridad y fuerza las injusticias que enfrentaban los mineros. Luzmira “hablaba bonito”, como decían quienes la escuchaban, capturando la atención de su audiencia con su elocuencia.

Este compromiso con la justicia social la llevó a ser propuesta como dirigente y vocera del Sindicato de Pirquineros de Tierra Amarilla, un cargo que rechazó porque consideraba que debía proponerse a más compañeros. A pesar de su negativa inicial, Luzmira continuó destacándose por su liderazgo y su capacidad para conectar profundamente con los trabajadores, ganándose su respeto y admiración.

Luzmira también fue una voz crítica contra las injusticias que enfrentaban los mineros con la Empresa Nacional de Minería (Enami). Constantemente hablaba de la deuda histórica que Enami tenía con los mineros debido

a su falta de respeto por la ley de los minerales y las injusticias en el pago. Su lucha no solo se centraba en los derechos laborales, sino también en exigir un trato justo y equitativo para todos los mineros que, como ella, dedicaban su vida a extraer las riquezas de la tierra.

Después de su separación de Víctor Manuel Acuña, Luzmira continuó su labor minera junto a Varela, un compañero de trabajo que se convirtió en su apoyo incondicional. Este vínculo demostró su valía y compromiso con la minería, y su capacidad para mantener relaciones basadas en el respeto mutuo y la dedicación al trabajo. Varela y Luzmira compartieron el amor por la minería, y juntos enfrentaron los desafíos que esta imponía.

Lorenzo Pinto siempre expresó que Luzmira era conocida por su profundo conocimiento técnico de la minería, lo que le permitió ganarse el respeto de los mineros. Luzmira sabía exactamente cómo manejar los recursos mineros, desde la extracción hasta la comercialización, y era capaz de tomar decisiones rápidas y efectivas para maximizar los beneficios de su trabajo (LP, 2001).

Gracias a su talento en el trabajo, obtuvo un crédito avalado por uno de sus hijos; en esa época, las mujeres necesitaban el respaldo de un hombre para tener actividad crediticia y del Estado debido a que por ley la administración económica era tarea de los varones.

Con su habilidad comercial, supo comprar minas en remates, contratar mineros para explotar sus minas, moler y reconocer el oro, ahorrar y guardar silencio acerca de sus transacciones comerciales. A nombre de otro de sus hijos compró un camión, el que fue rigurosamente pagado por ella. Cuentan algunos de sus nietos que llegó a tener ahorros para comprar treinta camiones de tolva completamente nuevos.

En 1972, Luzmira decidió negociar y vender una de sus minas a Rumano Chilena, empresa que sigue operando en la región y es conocida como Compañía Exploradora y Explotadora Minera Chilena Rumana Coemin S. A. o, en términos más locales, conocida como Coemin. Como recuerda su familia, aunque se le ofreció viajar a Rumania como parte del acuerdo, ella prefirió quedarse en Chile y enfocarse en sus operaciones locales. Esa invitación a viajar no es un detalle menor: refleja el reconocimiento que la empresa le otorgó a su trabajo y la sitúa en una relación de negociación de igual a igual,

algo inédito para una mujer de la época. La negociación de Luzmira queda registrada en la escritura de compraventa, da cuenta de su carácter y de sus capacidades de decisión y negociación. Su decisión refleja su profundo arraigo y compromiso con su tierra y su gente.

Tras la venta de la mina, Luzmira instaló un molino en su casa y continuó con la molienda de minerales, lo que le permitió mantenerse activa en el trabajo que tanto amaba.



Escritura original de compraventa de la pertenencia minera “no me olvides”, facilitada por la Compañía Exploradora y Explotadora Minera Chilena Rumana S. A. (Coemin).

A pesar de su carácter fuerte y su figura casi mítica, Luzmira era una mujer sensible y con un profundo amor por la vida. Le encantaba bailar cueca y cada 18 de septiembre su casa se llenaba de música y risas. Era una mujer de contrastes: en la mina vestía con ropa masculina, como se decía en esos años, con jeans “Pecos Bill” y bototos de cuero, pero en la ciudad usaba polleras y zapatos estilo reina, mostrando así su lado más femenino y elegante.

Luzmira fue una mujer que vivió entre hombres, en un mundo de hombres, pero que nunca permitió que eso la definiera o limitara. Era respetada y temida por su firmeza, pero también amada por su naturaleza maternal y su empatía. Sus trabajadores la describían como una jefa

dura pero justa, que no toleraba la falta de cumplimiento en el trabajo, pero que también sabía cuándo era necesario ser comprensiva.

El contrapunto femenino aparece en su desarrollada sensibilidad, sentido del humor y maternidad. Por extenuada que estuviese, guardaba reservas para amar y sonreír a cada uno de sus seis retoños al caer la noche.

Generalmente, nosotras, las mujeres, no gozamos de un reconocimiento profundo en las labores consideradas masculinas, y menos aún en el rudo mundo de la minería. Sin embargo, Luzmira quedó grabada a fuego y oro en la memoria de sus pares, vecinos y familiares.

Su vida fue un reflejo de su nombre: Luzmira, una luz que sabe mirar. Una mujer que, a pesar de las adversidades, supo dejar una huella imborrable en la historia de la minería chilena y en la memoria de quienes tuvieron el privilegio de conocerla. Falleció el 27 de octubre de 1981, a los 82 años, pero su legado sigue vivo, como el oro que tanto valoró y extrajo de la tierra, brillante e incorruptible.

Hoy Luzmira Ponce Ledezma sigue atesorada en el quehacer y andar en lo profundo de la memoria de quienes reconocieron su paso por esta vida y en la vida de los demás, en el campo de la pirquinería y en su lucha social.



No hay forma neutra de escuchar cuando el oro aún duerme en la piedra. En el cerro, escuchar también es tocar, mirar de cerca, dejar que la conversación pase por las manos. Esta imagen no muestra una enseñanza ni una entrevista: muestra una escena de transmisión, donde el saber se posa entre dos sombreros y se reconoce sin apuro. Porque el trabajo de campo, en el mundo pirquinero, no se toma nota: se encarna.

EXPERIENCIA AUTOBIOGRÁFICA Y ALGUNAS EVOCACIONES DESDE EL TRABAJO DE CAMPO

Cada paso en la sierra Jesús María era un diálogo con el desierto, un encuentro íntimo con el silencio y la inmensidad que lo habitaba. El sol implacable y el polvo suspendido en el aire se entrelazaban con mis pensamientos, mientras la vastedad del paisaje me interrogaba una y otra vez: ¿Podría lograr mi propósito?, ¿sería posible que, siendo mujer, pudiera adentrarme en el mundo de los pirquineros?, ¿me aceptarían?

La única certeza que me sostenía era el recuerdo de mi madre, Rosa Acuña, y lo que ella me había transmitido sobre su abuela Luzmira, la mujer que desafió a su tiempo picando cerro, usando pantalones cuando ninguna otra lo hacía, y que, con la misma determinación con la que sacaba mineral, tomó la decisión de vender su mina, la No Me Olvides, a la empresa Rumana Chilena, que hasta el hoy opera en la región.

Esa historia se plasmó en mí como una inscripción antigua en la roca viva de la memoria. Sin saberlo, mi madre me legó un relato y el mapa del que sería mi propio derrotero. Me hablaba de Luzmira con un cariño que tenía brillo y con una fuerza que —con los años— descubrí también en mí. Esa historia me colmaba de esperanza y, sin saberlo al principio, terminaría siendo algo que todos compartíamos.

Fue entonces, en medio del polvo y el silencio del pirquen, cuando entendí que la veta más honda no yacía solo en la roca, sino también en la mirada atenta de Luzmira. Ella supo ver que el verdadero oro se forjaba en el pecho de su nieta Rosa Acuña, mi madre. Con temple de barreno y oído de veta, distinguió en aquel corazón de niña una luminosidad interior que ningún socavón podría apagar. Así se forjó también el recuerdo de mi madre como nieta y como heredera de una fuerza silenciosa, templada en cada conversación y cada encuentro con Luzmira.

Años después, ese fulgor heredado se transformó en el faro que me guio de vuelta al cerro, recordándome que la riqueza más perdurable es la que late, silenciosa, dentro de quienes amamos.

Este trabajo de campo no es solo una experiencia académica. Es también un viaje íntimo, un retorno a las piedras que vieron caminar a Luzmira, un diálogo entre ciencia, memoria y afecto.

Aquí, cada paso es una búsqueda. Cada voz, una clave. Y cada historia, una veta.

ENCUENTRO CON LOS PIRQUINEROS

Llegué el primer día junto a Alexis Méndez, trabajador de Enami. Fue él quien me presentó a don José Santos en la sierra Jesús María. José, junto a sus socios Aliro Ortiz y Juan Valladares, participaba en el programa PAMMA². Permanecimos allí el tiempo que duró la visita y, al despedirnos, le prometí volver. Percibí en sus ojos un atisbo de incredulidad. Aquel encuentro, sin embargo, me permitió reconocer la ruta: habíamos subido en la camioneta de Alexis y anoté cada desvío en mi memoria.

Al alba siguiente emprendí mi primera caminata: cuatro horas exactas desde el cruce de la Ruta 5 Norte hasta la Quebrada Uno. El sendero serpentea entre cardones milenarios y riscos desérticos. El sol se alzaba con un calor que calaba hasta los huesos, y yo, con la mochila al hombro y el cuaderno asegurado, avanzaba con el pulso acelerado por la emoción y el esfuerzo. Cuando por fin divisé el socavón, era ya pasado el mediodía: mis bototos venían cubiertos de polvo, la piel arbolada, pero el corazón latía con renovado asombro.

Vi la sorpresa en el rostro de don José, quien se encontraba fuera del socavón preparando sus cosas para ir a almorzar.

Al verme llegar sola desde el llano, con el rostro enrojecido por el sol, sus ojos se abrieron incrédulos: “¿Caminó todo eso, mija?”, me preguntó con asombro, y yo asentí. Don José sonrió amablemente y me dijo: “Siéntese a la sombrita y coma con nosotros”, convidándome a compartir junto a Aliro y Juan, sus dos socios pirquineros.

² Programa para la Pequeña Minería Metálica y No Metálica de Sercotec.

Esa primera semana repetí el trayecto cada mañana: llegaba cerca del mediodía, los acompañaba en su laboreo, conversábamos, anotaba sus respuestas a mis preguntas y emprendía el regreso a Copiapó hacia las cuatro de la tarde. A veces, las conversaciones giraban en torno a la familia, los hijos y la vida misma. Otras, hablaban de vetas prometedoras que al explorarse no dejaban más que piedras.

En los últimos días de la segunda semana, mientras almorzábamos, don José, Aliro y Juan hablaban del calor, de la “mala tierra” de la veta de esa semana, que no dejaba sacar ni un gramo de oro. Yo escuchaba y tomaba notas mentales del tono de sus voces, de sus silencios y de sus anécdotas. En un momento mencioné parte de mi historia, el recuerdo de mi bisabuela Luzmira Ponce Ledezma. Les dije que mi madre me contaba que ella había trabajado en esas serranías. Al oír el nombre, don José entrecerró los ojos, sorprendido: “¿Luzmira Ponce? ¡Claro que la conocí! —exclamó—. Era fuerte, la señora Luzmira, como los cerros que ella caminaba”. Noté cómo cambiaba su mirada hacia mí, como si de pronto dejara de ver a una forastera. “Ahora entiendo, tú también eres de aquí, niña”, dijo con una sonrisa cómplice.

De pronto, mi presencia dejó de ser la de una joven antropóloga para convertirse en la de una heredera extraviada de aquellas historias mineras. Noté cómo sus gestos se suavizaban, cómo la conversación fluía con más naturalidad: empecé a escuchar historias de Luzmira, su risa retumbando en la penumbra de los túneles, su paso leve entre huellas. Gracias a ese lazo familiar, mis preguntas dejaron de ser extrañas y pasaron a formar parte de un diálogo natural.

Pasaron los días y mis caminatas, al principio solitarias, se volvieron cotidianas. Entre sonrisas y silencios compartidos, la empatía fue floreciendo sin esfuerzo. Me fueron ofreciendo bajar a Copiapó en la camioneta que los llevaba. Así conocí la mítica Chevrolet S10, de motor renqueante, que alcanzaba los 40 km/h al adentrarse hacia la sierra. El Gaucho, don Luis Cortés, era el guardián de aquel transporte, que, a su propio ritmo, acercaba a los pirquineros desde Copiapó hasta la sierra Jesús María. Subir o no a la camioneta podía depender de trámites o simple azar, pero si no lo lograba, las caminatas eran inevitables.

Cada jornada, las charlas fueron profundizándose en la vida y en el oficio. Don José Santos decía: “Aquí uno baja al cerro con fe, porque, cuando no encuentras oro, solo la fe te sostiene”. En otra oportunidad, don Juan Valladares comentó: “Uno no solo baja al cerro por oro. Baja a buscarse a uno mismo”.

Esas palabras se convirtieron en los ejes de mi trabajo de campo. Aprendí a escuchar los silencios que seguían a cada frase, a intentar reconocer en el crujido de la roca la historia no dicha. Comprendí que mi tarea no era solo recopilar datos, sino más que nada sentir el pulso de aquellos hombres que cada día desafiaban el polvo y el calor para sostener una tradición que trasciende generaciones.

Con el paso del tiempo, el trayecto de regreso dejó de ser un camino solitario y se tornó un pasaje compartido: llevaba conmigo los rostros curtidos por el sol, las voces pausadas al mediodía, la risa de don José al recordar a Luzmira, el rugido apagado del motor de la S10 y la certeza de que, en aquel rincón agreste de la sierra Jesús María, el oficio del pirquinero era, ante todo, un acto de fe, esperanza, libertad.

LA RUTINA DE LA SIERRA

Con don Juan Valladares la jornada comenzaba temprano, con el aire frío del amanecer envolviendo los cerros. Mientras revisaba sus herramientas, un día me comentó: “El cerro no espera, niña. Aquí tienes que estar listo cuando él lo esté”, frase que me daba luces de la esencia de su trabajo: una sincronía con la naturaleza que demandaba respeto y atención constantes.

A medida que avanzábamos por las huellas, el paisaje desértico se desplegaba como un lienzo interminable y las historias de los pirquineros llenaban el ambiente de vida. Don Juan Valladares me contó cómo su padre le enseñó a usar el barreno:

—No es solo cuestión de fuerza. Hay que escuchar al cerro, entender por dónde quiere que la golpees, así me decía mi padre.

Su voz, impregnada de nostalgia, me hizo pensar en el conocimiento transmitido de generación en generación, un legado que se forja en cada veta descubierta.

También me tocó observar el proceso de trabajo en la veta, el *circado*. Don José Santos, con la paciencia que otorgan los años, me mostró cómo medir cada golpe para evitar que la roca se resquebrajara en direcciones no deseadas. “Esto no es solo trabajo, es un arte (JSE, 2001)”, dijo mientras el eco de su herramienta resonaba en el socavón. Sentí cómo el polvo, suspendido en el aire, se convertía en un recordatorio palpable del esfuerzo que impregnaba cada rincón de esas profundidades.

En esas largas jornadas no solo me enseñaban a trabajar la roca, sino que también hablábamos de sus reflexiones, de su vida en el pirquén. En una de las pausas necesarias en la mina, don José compartió algo que quedó impreso en mi memoria:

—Aquí, uno aprende a valorar hasta el silencio, el cerro te regala todo: su sombra, su luz e incluso ese silencio profundo que se escucha en la soledad del trabajo.

El relato de José Santos resonó en mi pecho como un eco, recordándome que la vida de los pirquineros no se reduce a un simple barrenar contra la roca; es, antes bien, un acto de fe y esperanza, un diálogo constante con la mina que se expresa en cada golpe y en cada pausa, que los pirquineros han aprendido a leer, tanto sus silencios como sus susurros.

Cada jornada reforzaba lo que en el fondo presentía: los pirquineros eran dueños de su tiempo, hombres libres que elegían a qué ritmo latir con el cerro. Sin embargo, esa libertad acarreaba un costo. Don Aliro un día de 2001 me compartió una reflexión que me persiguió por días:

—El cerro te lo quita todo, niña, pero a veces te devuelve algo. Y cuando lo hace, lo agradece.

Esa frase, simple y contundente, definía a la perfección la relación simbiótica con la tierra. En esas palabras cabía toda la fortaleza y, al mismo tiempo, la humildad que se requiere para ponerse en manos de una veta que puede desaparecer de un momento a otro. Era imposible no advertir el precio que pagaban por esa libertad.

—Aquí no queremos jefes ni relojes —repetían, confirmando la idea de que ser pirquinero implica un grado de rebeldía ante las convenciones sociales.

Pero ello no los eximía de la dureza, del riesgo constante y de la incertidumbre de no saber si el cerro confiaría en ellos al día siguiente.

Mi cuaderno de campo, repleto de polvo y emociones, se convirtió en un testimonio donde fui alojando reflexiones y sentires, se transformó en un espejo de cómo me afectaba lo que vivía junto a los pirquineros, porque la vida del pirquinero es una experiencia cargada de significado, una historia de resistencia, esperanza y libertad.

Un día, mientras repasaba mis notas, don José Santos se acercó y me dijo:

—Escriba, niña, pero no solo lo que ve, sino lo que siente. Así se cuenta bien la historia. Que se sienta el golpe del barreno, el peso del cansancio y también la alegría cuando encontramos algo.

Esa frase se convirtió en un recordatorio profundo: mi tarea no era solo narrar, sino invitar al lector a caminar junto a ellos, a sentir el peso del barreno, el eco del silencio, el olor a tierra removida y la chispa íntima de esperanza que aparece cada vez que una veta asoma.

Contar esta historia es también habitarla, honrarla y sostenerla con respeto, como quien sostiene una roca con oro dentro: sabiendo que su verdadero valor está oculto y solo se revela con paciencia, mirada atenta y la sensibilidad compartida.

AQUÍ NO SE CUENTAN HISTORIAS, SE VIVEN. EL DESCENSO AL PIQUÉN CON MAGUIRO

Cuando don Maguiro me invitó a su mina, lo hizo con la certeza de quien conoce los misterios de la tierra. Con voz pausada y una sonrisa desafiante, me dijo:

—La entrevista te la daré donde trabajo. ¿Te atreves?

Acepté sin dudarle, sin saber si lo hacía por valentía o por la imposibilidad de rechazar un desafío tan singular.

Ahora, al pie del cerro, mientras ajustaba con calma su lámpara de carburo, me miró con la seriedad de quien sabe lo que está por venir:

—Nunca te olvides de mirar hacia arriba. La luz es lo que te recuerda que hay un final allá afuera.

Sentí un escalofrío; ese comentario, dicho con calma, parecía una advertencia.

En la escalera de cimbra, cada peldaño se sentía como un pacto silencioso con lo desconocido. Un escalofrío me recorría la espalda mientras

me aferraba con fuerza a mi libreta de campo y me disponía a seguirlo. Los primeros pasos eran inseguros, vacilantes, como si el cuerpo aún dudara de lo que la voluntad ya había decidido.

Cuando me tocó descender por la escalera de patilla —aunque pequeña, la madera crujía con un murmullo suave bajo nuestro peso—, a medida que avanzábamos el aire comenzaba a transformarse: se volvía más denso, más húmedo, cargado de un olor metálico penetrante que se filtraba en los pulmones con cada respiración.

—No mires para arriba —dijo Maguiro sin girarse—. Ni para abajo. Solo sigue.

Descendí sin querer saber cuánto faltaba para arribar ni cuánto habíamos bajado; me aferré a los peldaños y seguí, paso a paso, en la penumbra. Preferí concentrarme en no perder el equilibrio: cada nuevo paso significaba renunciar al mundo exterior. Allí la oscuridad era total; la lámpara de carburo apenas ofrecía un débil halo de luz, incapaz de disipar la densidad que nos envolvía. Nos internamos en túneles tan angostos que, en más de una ocasión, debimos arrastrarnos por el suelo, sintiendo la humedad filtrarse a través de la ropa y quedarse en la piel.

A medida que avanzábamos por los túneles de la mina, el fulgor de la boca de acceso se desvanecía hasta convertirse en un leve parpadeo. Con cada paso dejábamos atrás la claridad del día y penetrábamos en un espacio donde el tiempo se mide en golpes de barreno y respiraciones contenidas. El calor del sol ya no nos alcanzaba, pero el aire resultaba aún más implacable: un sopor pegajoso se adhería a la piel y una humedad espesa nos envolvía, como si las paredes de roca exhalaran su propio aliento sobre nosotros.

—Aquí abajo el cuerpo queda empapado, terminas mojado entero, pero no de agua, sino del calor de la mina —dijo Maguiro.

Yo notaba que la ropa se me pegaba al cuerpo. Cada metro descendido era, a su vez, un descenso hacia mi interior, un ineludible encuentro con mis propios temores. Con cada paso, me preguntaba si estaba preparada para enfrentar la incertidumbre que habitaba en esas profundidades. El calor de la superficie quedaba atrás, pero aquí abajo la sensación era peor: sofocante, pegajosa, atrapada entre las piedras como un aliento viejo.

—El cerro te deja entrar, pero recuerda que estás en su casa —susurró Maguiro.

Lo dijo con una naturalidad que me puso en alerta. Era una regla no escrita, un recordatorio de que allí, bajo toneladas de roca, no había certezas ni garantías.

Al llegar al fondo del pique, Maguiro se giró hacia mí con la calma de quien ha aprendido a convivir con la incertidumbre y me comentó:

—Aquí abajo uno se encuentra con sus propios miedos.

Finalmente llegamos a la veta. Allí, Maguiro se movía con la confianza de quien ha recorrido estos túneles toda la vida. Cuando estuvo frente a una roca rojiza, la iluminó con su lámpara de carburo revelando vetas más oscuras en su superficie.

—A esto lo llamamos *disfrute*. Puede que tenga oro, puede que no; hay que partirla y ver —dijo mientras levantaba otra roca y la examinaba con el ojo entrenado de quien ha pasado décadas reconociendo lo valioso.

—¿Y el *desmonte*? —pregunté.

—Eso es lo que no sirve, lo que va quedando afuera. Pero a veces, en lo que parece desmonte, hay algo bueno. Hay que tener ojo. La veta nunca es derecha, se esconde, se corta, a veces se muere y otras aparece más adelante, es como una trampa —me seguía explicando.

De repente, un crujido sordo recorrió el túnel. No era el eco habitual del barreno, sino un sonido seco y profundo, como si la mina hubiera exhalado un suspiro pesado. Maguiro levantó la mano para indicarme que me quedara quieta.

—El cerro se está acomodando —susurró.

El silencio se alargó y sentí la tensión vibrar en cada rincón. Aunque el ruido desapareció, algo en el ambiente había cambiado.

—¿Eso pasa seguido? —pregunté.

—A veces. Pero si el aire se pone pesado, hay que salir —respondió.

—¿Cómo sabes si es peligroso?

—El cerro avisa. Uno aprende a escucharlo. Si el ruido es seco, es que algo está cediendo. Si el aire cambia, es porque el oxígeno está bajando. Si las piedras caen antes de que las toques, es que la mina quiere cerrarse.

Me mantuve en pie, sin saber qué responder.

Maguiro reencendió su lámpara y siguió trabajando, como si nada hubiera pasado, mientras yo sentía el peso del cerro sobre mis hombros.

Después de varias horas en el pirquén, donde conversamos al ritmo de su trabajo, Maguiro decidió que era momento de salir.

La escalera de cimbra ahora se sentía aún más precaria, con certeza comprendía el significado de estar en el pique. Subí con cuidado, sin mirar hacia abajo ni hacia arriba; solo subí.

Cuando por fin salimos a la superficie, la luz del sol me golpeó con intensidad. Maguiro se sentó en una roca cercana y encendió otro cigarro. Para él, era rutina; para mí, la experiencia me había removido.

—¿Cuántos años lleva en esto? —pregunté.

—Toda mi vida. Y lo que me queda. Aquí no hay jubilación; trabajamos hasta que el cuerpo aguante.

—¿Y si el cuerpo ya no aguanta?

Maguiro miró hacia el cerro, como si buscara la respuesta entre las piedras:

—Cuando eso pase, la mina decidirá qué hacer conmigo.

Cerré mi cuaderno de campo con la certeza de haber vivido algo que trascendía las preguntas y respuestas de una simple entrevista. En ese descenso y en la penumbra comprendí, como afirma Guber, que “la etnografía no es solo un método, sino una vivencia transformadora” (Guber, 2004, p. 14). Reconocer lo que sentí y evocar lo vivido junto a los pirquineros —desde el frío que calaba mis huesos, la dureza de las caminatas y la majestuosidad del silencio en el pirquén— no es un mero adorno, sino el corazón mismo de mi práctica etnográfica.

Don Maguiro no me regaló una entrevista fácil; me invitó a “bajar” y, en ese acto, me mostró su mundo sin palabras de más. Lo que escuché en la oscuridad aún retumba en mí: la certeza de que la libertad, la fe y la esperanza no siempre se encuentran en la superficie, sino que, a menudo, yacen muy al fondo, donde la oscuridad nos obliga a enfrentar nuestros miedos.

Esa fue mi vivencia en el mundo que no siempre se ve. Aquel día no hice preguntas de más. Escuché, observé, comprendí que el verdadero conocimiento no se arranca: se recibe. Y que la verdadera etnografía es un vínculo,

una transformación recíproca donde no solo observamos: somos observadas, afectadas, transformadas.

Aquella no fue solo una entrevista. Maguiro no me regaló palabras: me mostró su mundo. Descendí con él, y no volví siendo la misma. Allí abajo comprendí que el silencio también habla, que el cuerpo también aprende, y que, para escribir la experiencia, a veces hay que bajar.

Al descender al pirquén descubrí que no basta con registrar datos: es preciso sentir el peso de la tierra, el temblor de cada crujido y la fe que impulsa el barreno, porque ahí, en la oscuridad, se revela un universo simbólico cargado de sentido y dignidad. En la aridez de la sierra Jesús María hallé más que un tema de estudio: encontré humanidad. Y en esa humanidad, los mundos —el suyo y el mío— se hilvanan, resignificando memorias, relatos y emociones, y cuando esos mundos están desconectados, nuestra tarea como antropólogas y antropólogos consiste en tender puentes, hilvanar hilos de comprensión capaces de develar lo invisible y hacer hablar al silencio. Así, la etnografía deja de ser un relato distante para tornarse un acto de empatía radical y de justicia: un murmullo vivo que busca resonar y visibilizar aquello que tantas veces pasa inadvertido. Porque, al fin y al cabo, la antropología es escucha, conexión y la posibilidad de unir historias que nos recuerdan lo profundamente humanos que somos.



Puruñar implica separar la pila, molerla con cuidado hasta hacerla llampo y conducirla a la puruña con una medida de una tapita de cerveza, para que la cola dicte la ley, es la prueba definitiva del pirquinero: el método artesanal por excelencia para reconocer y medir la calidad del oro en la veta. No hay balanza más justa que la puruña en manos sabias: si la ley responde, se continúa; si no, se vuelve al cerro a buscar de nuevo, con la esperanza en alto.

FORMA DE RECONOCER EL MINERAL Y ACCESO AL DISFRUTE

CATEO, BÚSQUEDA DEL ORO Y CONOCIMIENTO DEL CERRO

El sol inclemente del norte chileno es la carta de presentación del trabajo en las minas y pirquenes. En ese paisaje áspero y calcinado por la luz, los pirquineros encarnan un saber antiguo, un conocimiento profundo de la extracción mineral que no se aprende en manuales, sino en la experiencia del cuerpo y la escucha atenta del cerro. Allí, el conocimiento se transmite de generación en generación a través del sudor, la observación aguda y el respeto absoluto por la tierra que pisan.

Don Juan Valladares me decía: “La palabra *pirquinero* viene de trabajar en piques, de allí se inició la palabra pirquinero y ahí quedamos que somos pirquineros” (JV, 2001), mientras ajustaba su martillo con movimientos precisos, con esa maestría silenciosa de quien no solo trabaja los metales, sino también el tiempo, la memoria y la historia de un oficio que se resiste a desaparecer.

Los piques guardan secretos que solo estos hombres saben descifrar. Un cerro, que para muchos puede parecer inerte o sin alma, para el pirquinero es un cuerpo vivo: respira, se estremece y en sus profundidades esconde vetas que corren como venas invisibles bajo la dureza de la roca. A veces ofrece, otras veces se resiste. Su riqueza no se entrega a cualquiera, solo a quienes han aprendido a comprender su lenguaje. Y aprender ese lenguaje no es tarea rápida ni fácil: es la primera enseñanza del oficio, la más dura y también la más íntima.

El cateo ha sido la base de esta minería que conversa con los cerros. Rodulfo Amando Philippi, en 1860, lo describía así: “Un buen ‘cateador’ no solo poseía un conocimiento práctico y detallado de los cerros, sino también dominio de las técnicas de prospección, los métodos de extracción y los derroteros secretos que conducen a vetas aún inexploradas; por ello, hacendados y mercaderes buscaban asociarse con él en la gestión minera” (Philippi, 1860, p. 42).

Más de siglo y medio después, su retrato sigue vigente: el cateo exige un saber íntimo del terreno y un instinto afinado para leer las señales mínimas de la roca; al mismo tiempo, desborda lo puramente técnico y se vuelve acto de perseverancia, resistencia y vínculo simbólico con las minas, sostén de la pirquinería a lo largo de los siglos.

Para la mayoría de los pirquineros, el cateo marca el inicio de su oficio. Se perfecciona con la experiencia y con la transmisión familiar de un conocimiento que pasa de generación en generación mediante relatos, gestos y jornadas compartidas en terreno. Más que una simple búsqueda de minerales, representa un lenguaje forjado en el contacto continuo con la tierra, una lectura del paisaje que solo el ojo curtido del pirquinero alcanza a descifrar.

El cateador no solo busca indicios superficiales: su experiencia lo lleva a revisar cada grieta del terreno, a sentir el peso de los metales en las manos y a percibir los cambios de temperatura que emanan de la roca. Catear implica una evaluación visual inicial que se confirma con el *puruñado*, la molienda fina que revela la ley del mineral cuando el oro —si lo hay— queda atrapado en la puruña. Cada paso en este proceso acumula saberes adquiridos mediante ensayo y error, una técnica de reconocimiento que se ha consolidado a lo largo de generaciones dedicadas a la pirquinería; en esa labor, la mirada se afina con el tiempo y el tacto se vuelve tan valioso como la vista.

“Nosotros no buscamos oro a ciegas. La tierra nos da pistas, el cerro nos habla. Uno aprende a ver el mineral en los colores del suelo, en la textura de las rocas, en el brillo del cuarzo cuando lo golpea el sol” (JV, 2001).

El proceso de cateo comienza con la observación minuciosa de la superficie: los pirquineros recorren cerros y quebradas guiados por su instinto y por los rastros que la geología deja al descubierto. El cateo es esa exploración inicial en la que se examinan las rocas y el entorno natural buscando indicios sutiles que anticipen la presencia de oro. Como señalaba don Aliro, esta práctica está cargada de símbolos: “El viento te da pistas, cómo se mueve la tierra a tus pies, el color del mineral; son detalles pequeños pero decisivos” (AO, 2001).

Esta observación preliminar es crucial para estimar la riqueza potencial antes de iniciar el laborioso proceso de extracción. Algunos cateadores

vuelven a minas abandonadas, observan desmontes y analizan la calidad de la veta: toman muestras y las puruñan para medir la ley del mineral que aflora en piques o socavones. El cateador experimentado sabe que la riqueza no siempre se manifiesta de inmediato: muchas veces una veta angosta y discreta vale más que otra más ancha y vistosa.

Lorenzo Vega, con esa paciencia de quien ha descifrado mil vetas a fuerza de golpe y mirada, desgrana su sabiduría: “Cuando uno catea el metal se ve a simple vista (...) aquí hay cualquier cantidad de vetas al sol, que se ve al sol y es conocido el metal, porque es cuarzo. Sobre todo el cuarzo cerrado, el cuarzo calizo o cuarzo bien blanco o cuarzo medio rosado, porque donde hay cuarzo, hay oro” (LV, 2001). Pero el cerro guarda sus misterios: “De repente hace bien negrito el metal y medio poroso, de repente hace el cuarzo liso y de repente sale oro, aunque aparece donde es muy duro el oro, no concentra mucho; sale más oro si el metal es más blando, más poroso” (LV, 2001).

Este saber no es fruto de la teoría ni de la especulación: es un conocimiento sedimentado en la experiencia, en la repetición incansable de actos cotidianos. Cada caminata es una lección; cada roca levantada, una pregunta; cada puruña, una respuesta.

El ensayo y error es fundamental en esta etapa. Desde tiempos inmemoriales, el cateo ha sido la única forma efectiva de evaluar la riqueza de un yacimiento sin maquinaria avanzada. Esta práctica permite a los pirquineros descubrir puntos de explotación evaluando los afloramientos visibles en la superficie del cerro, observando el brillo del sol en las vetas y analizando el espesor de la roca. En ocasiones, la superficie de las minas no muestra una buena ley de mineral, pero con técnicas de desatierro, los mineros pueden acceder a capas más profundas, donde la riqueza del metal es mayor. Cada piedra extraída, cada golpe del barreno sobre la veta buscada, cada muestra de mineral seleccionada y analizada es parte del proceso de verificación de la calidad de la veta. Este método permite observar con precisión la presencia de oro y confirmar si el esfuerzo invertido en la exploración del cerro dará frutos. Es el momento en que la paciencia y la destreza del pirquinero se enfrentan a la realidad, en que cada partícula de oro atrapada en la puruña es el testimonio tangible de la perseverancia y el conocimiento acumulado del cateador.

Uno tiene que aprender a conocer bien el mineral, diferenciar con precisión el bueno del malo. No basta con reconocer el cuarzo, hay que saber molerlo, limpiarlo y prepararlo de manera adecuada para obtener una buena ley. Una roca puede parecer simple y blanca, pero al limpiarla adecuadamente se revela su verdadera ley. Este aprendizaje es continuo, cada día se aprende algo nuevo del cerro (MG, 2001).

Al rememorar el cateo, don Aliro me explicaba cómo se traduce este conocimiento del cateador: “Uno se acostumbra a leer el cerro, a reconocer los cambios en el terreno. Si la roca es dura, el metal está pegado; si es porosa, puede haber buen contenido de oro. Pero hay que probar, no basta con mirar” (AO, 2001).

Catear es, entonces, mucho más que buscar: es aprender a conversar con el cerro. Es saber esperar sin desesperar ante el silencio de la roca. En esa humildad frente a la vastedad mineral reside la grandeza silenciosa del pirquinero.

El arte de leer el cerro implica reconocer los signos de vida en un paisaje que, para otros, sería puro desierto. El cuarzo es la pista más segura: su brillo, su color, su disposición en la roca, son señales que los pirquineros interpretan como los navegantes interpretan las estrellas. Marcelo González lo explica: “Hay que saber conocer el metal que es bueno, que es malo. Saberlo moler, saber sacarlo limpio (...) entonces, si usted limpia más el metal, más ley da. Se conoce por el color; una piedra bruta es una piedra blanca nomás, entonces es fácil aprender a conocer el metal” (MG, 2001).

Cuando el instinto, la experiencia y la paciencia se conjugan, llega el momento del puruñado. “El puruñado no miente” (JSE, 2001), afirma José Santos Escobar, recordando que en la puruña —ese cuenco de goma negra o cacho de toro pulido— se desnuda la verdad del trabajo.

Como señala Juan Araya, “a veces la roca parece mala, pero en la puruña queda el oro atrapado, y ahí está la sorpresa” (JA, 2017). La tierra, esquiva y generosa, responde a su manera: sin promesas, pero también sin engaños.

El cerro no regala nada. Cada fragmento extraído es una victoria sobre la resistencia mineral. Valladares relata: “Apirear el metal, circar la piedra mala, todo tenía que apirearlo uno a la espalda (...) a pura espalda sacaba todo

el mineral. No se usaba el huinche, no se usaban las carretillas” (JV, 2000). José Santos Escobar complementa: “Aún se trabaja con torno (...), otros trabajan a mano con martillo y apireando, porque todavía hay gente que apirea, y según el capacho se hacían cincuenta kilos, cuarenta y cinco kilos, dependiendo de dónde dieran la vuelta al interior de la mina” (JSE, 2001).

Cada ascenso con un capacho es un acto de fe. No solo pesa la carga física, sino también la persistencia de creer que algo valioso late aún en el cerro. Las vetas, como la vida misma, juegan al escondite. Lorenzo Vega explica:

Se va haciendo trabajo en la veta, se va circando la veta de la piedra, cuando las vetas son angostitas se va a la piedra y se pierde la veta, y cuando son anchas se le va por el puro metal no más y el palo. La veta es variada: hay vetas anchas, hay vetas angostitas, hay vetas que miden un dedo (LV, 2001).

Al sacrificio físico que implica cada barreta en la veta se suma un laberinto normativo y la dificultad creciente de acceder a pertenencias que hoy figuran bajo el dominio de grandes compañías, junto con el cierre de los caminos de acceso a las pertenencias mineras. En Atacama ya es cada vez más frecuente esta práctica, ejercida tanto por empresas agrícolas como por empresas mineras a gran escala. Esta situación no les permite llegar ni tampoco explotar, sosteniéndolos en una línea fina de vulnerabilidad y desprotección, sin respuestas estatales claras, donde la única vía posible es la judicialización o una larga agonía de pago de patentes para no perder sus minas y, con ello, la esperanza de explotar lo que saben que es suyo, muchas veces heredado de sus padres o abuelos. Esas pertenencias, emplazadas en ricos mantos minerales, transforman a los pirquineros en sujetos vistos como extraños y molestos y, aún más, cuando las empresas obtienen permisos para operar sobre esos mismos territorios, se vuelve a producir la invisibilización de la cultura pirquinera. Nuevamente, la pirquinería queda sometida a un proceso de invisibilización por el propio sistema y, cuando quienes catean son además pirquineros indígenas, la situación es la misma: un gran vacío y una vulneración persistente de sus derechos humanos. Sin embargo, el cateador persevera. Como dice, con la sobriedad

precisa, Marcelo González: “Si no sacamos mineral, ¿con qué vamos a vivir?, nosotros no metemos una tarjeta a fin de mes para recibir sueldo. El cerro nos paga cuando quiere, cuando nos deja” (MG, 2001).

SABERES APRENDIDOS QUE SE REPRESENTAN EN EL CATEO

En las serranías de Atacama, la tradición del cateo sigue viva. No como una reliquia inmóvil, sino como un latido persistente, como el oro mismo que, esquivo y silencioso, se esconde en las entrañas del cerro. Cada puruñado es una confesión entre el hombre y la tierra; cada veta, una historia escrita sin palabras que solo puede leerse con los ojos de la experiencia. Y cada pirquinero, con su mirada entrenada y su respeto por el cerro, es un guardián de secretos que ningún libro alcanza a contener del todo.

El cateo, en su sencillez aparente, encierra una red profunda de saberes técnicos y simbólicos. No basta con mirar la veta, hay que saber leerla como si fuera un texto vivo, interpretar las tonalidades del cuarzo, percibir la porosidad de los minerales, entender el crujido sordo de una veta golpeada, reconocer el olor seco que despide la roca cuando encierra algo más que polvo. Es un arte que no se enseña en manuales ni se aprende con fórmulas. Se transmite en el andar callado, en la mirada atenta, en la caminata paciente y persistente, en el peso gastado de las herramientas que han pasado por las manos de varias generaciones. Es una sabiduría forjada en el cuerpo, que nace de la insistencia y del silencio compartido con el cerro.

Desde la infancia, muchos aprenden a leer los cerros como otros aprenden a leer libros. No se trata solo de mirar, sino también de acompañar, de escuchar y de absorber. Los jóvenes van junto al mayor, recorren los cerros y minas sin hablar mucho, aprendiendo a interpretar el lenguaje del mineral, la intuición que indica dónde puede esconderse la veta, la paciencia necesaria para esperar el momento exacto en que golpear. No hay prisa en el buen cateo. Cada paso, cada golpe, cada pausa responden a una lectura cuidadosa de lo que la tierra murmura.

La vida del cateador es también una convivencia permanente con la incertidumbre. Cada jornada puede terminar con las manos vacías o con la esperanza renovada por una veta prometedora. Pero su vida no se mide

por el oro hallado ni por los resultados inmediatos. Se mide por la fidelidad constante a un llamado más profundo: el llamado del cerro y sus minas, ese vínculo que no se rompe, aunque no siempre responda.

El oro no es solo riqueza. Es símbolo de perseverancia, de conocimiento, de respeto por el oficio. Cada gramo extraído lleva consigo la memoria del esfuerzo silencioso, la paciencia que no se apura y el saber que ha sido transmitido de generación en generación sin necesidad de palabras.

El cateo también es un acto de memoria. Muchas veces se vuelven a pisar las huellas de los antiguos: se revisitan minas abandonadas, se escarban desmontes olvidados y se sigue el rastro de los cateadores que vinieron antes. Porque la tierra, como la historia, guarda señales que solo se revelan a quienes saben recordar caminando.

“Uno recuerda dónde han trabajado los viejos, dónde hubo una buena veta en el pasado. Si la mina dio buen metal antes, vale la pena desaterrarla, seguir su rastro” (FM, 2000), comentaba don Fidel Molina.

La modernización de la minería ha traído cambios en la forma de catear. Hoy, algunos pirquineros utilizan motocicletas todoterreno para recorrer grandes extensiones de terreno en menos tiempo. Sin embargo, las restricciones y normativas han hecho más difícil la labor (AR, 2016).

Antes uno podía ir a cualquier parte, buscar y sacar lo que encontraba. Ahora todo está cerrado, con restricciones, con normas que nos dificultan el trabajo. Nos llaman cateadores de minas, pero seguimos siendo lo mismo: pirquineros buscando oro, persiguiendo la veta como lo hicieron nuestros abuelos. La diferencia es que antes el cerro era libre, ahora hay que pelear hasta por entrar a trabajar (JA, 2016).

No es la promesa de grandes riquezas la que los mueve. Es la fidelidad a un modo de ser en el mundo. Ser cateador es afirmar, día tras día, bajo el sol inclemente, que aún vale la pena caminar los cerros, buscar señales mínimas, confiar en la conversación silenciosa con el cerro.

“Donde hubo oro, oro hay”, escuché más de una vez. Y donde hay un cateador dispuesto a caminar, a escuchar, a puruñar la tierra con respeto y paciencia, allí sigue latiendo también la esperanza.

Las palabras de los pirquineros reflejan la importancia de la intuición y el aprendizaje empírico: “Nosotros no buscamos oro a ciegas. La tierra nos da pistas, el cerro nos habla” (JV, 2001).

El cateo condensa la relación simbólica entre el hombre y las serranías: el cerro deja de ser mero relieve y se convierte en territorio de significados, de esfuerzo, de lucha y de esperanza. Desde los primeros tiempos de la minería, los cateadores han sido pioneros que, a fuerza de abrir senderos en los cordones montañosos, aprendieron a leer las vetas que apenas afloran a la superficie. Ese saber —heredado en conversación y práctica cotidiana— se perfecciona con cada generación: hoy permite a los pirquineros distinguir variaciones mínimas de color, textura y espesor, y establecer patrones seguros a partir de señales como el cuarzo cerrado, calizo, blanco o rosado. Pues, donde hay cuarzo, hay oro, repiten, subrayando que la agudeza de la observación es tan crucial como el golpe del martillo.

Las minas, entonces, no son solo yacimientos: son interlocutores que emiten señales que solo un ojo entrenado logra descifrar. Mediante las técnicas de su oficio, los pirquineros forjan con ese entorno un diálogo profundo, interpretando rocas, sus vetas y formaciones como si fuesen un código milenario. La sabiduría del cateador no reside únicamente en la destreza técnica, sino también en la capacidad de comprender lo que el mineral “dice” en cada grieta, en cada veta expuesta, en cada roca fragmentada.

Ese vínculo íntimo con la tierra mantiene viva la tradición del pirquinero: trasciende la mera extracción de metal y se vuelve una forma de vida arraigada en la historia y en la memoria de quienes han dedicado su existencia a descifrar, día tras día, los secretos de la sierra Jesús María y de muchas otras más.

PURUÑAR EL ORO: EL MINUCIOSO ARTE DEL PIRQUINERO

Puruñar es uno de los pilares del oficio pirquinero, la prueba definitiva que separa la esperanza de la certeza, el método artesanal por excelencia para reconocer y medir la calidad del oro en la veta. En ese movimiento pausado y preciso, el pirquinero separa y cuantifica el oro en una muestra de mineral,

un gesto aprendido en la observación atenta y en la repetición incansable de quienes han forjado su destino en las serranías. No hay balanza más justa ni cálculo más exacto que el que dicta la puruña en manos experimentadas: si el oro se revela generoso, el trabajo continúa; si no, es momento de seguir buscando, con la esperanza intacta y la certeza de que el metal está ahí, esperando ser encontrado.



Puruñado en pala es una forma tradicional de ensayo. Se coloca una muestra de llampo con agua y, mediante movimientos cortos, se desloma el material hasta que el oro queda en el centro. Luego, el contenido pasa a la puruña para precisar la ley del mineral.

Dentro del mundo de los pirquineros, la puruña es más que una herramienta; es un símbolo de conocimiento y experiencia transmitido de generación en generación. En su forma tradicional, se construye a partir de un cuerno de toro, preferiblemente oscuro, ya que su color negro permite ver con mayor claridad el oro acumulado en el fondo. Un cuerno blanco, en cambio, dificultaría esta observación. Su fabricación implica cortar, pulir y darle la curvatura adecuada, un proceso que los mineros realizan con precisión, sabiendo que cada detalle influye en la eficacia de su instrumento. Con el tiempo, algunos pirquineros han optado por fabricar sus puruñas con goma de neumáticos de moto. Este material no se mancha y permite continuar el proceso sin perder la visibilidad de los minerales depositados en su interior. Sea de cacho o de goma, la puruña es indispensable. Algunos también practican la “puruña con ensaye en pala”, técnica tradicional cuyo resultado luego se traslada a la puruña. En todas materialidades del instrumento de medición prevalece la verdad del mineral: aquella que dictará si la veta es lo suficientemente rica como para ser explotada o si ha llegado el momento de seguir buscando en otro cerro, otra quebrada, otro golpe de suerte.

La construcción y dominio de la puruña es parte del conocimiento del oficio, como bien lo describe Juan Valladares:

La puruña se hace de un cacho de toro. Se buscan cachos de toros que sean bien negritos, entonces uno la corta y después la pule bien pulidita, y tiene que ser negra, no blanca, porque en lo blanco el oro no se ve; tiene que ser negro, entonces ahí uno le echa el agua y va ensayando. También tengo una de cámara, o sea, de rueda de moto, es igual, pero con la diferencia que esa no se mancha nunca porque es goma y pasa negrita nomás, y así se va puruñando y de ahí separando. El cobre se ve a la vista, el cobre lo palla a la pura vista (JV, 2001).

El puruñado comienza cuando se identifica una veta prometedora a través del cateo. Aunque en algunos casos el oro es visible a simple vista —como en los llamados *chispeados* o *claveteados*—, la puruña sigue siendo necesaria para calcular con precisión la ley del mineral. Una vez extraído, se separa una muestra específica para ensayar su contenido. Esta muestra, conocida

como *pila para ensaye*, se muele hasta obtener un polvo extremadamente fino llamado *llampo*. A esta muestra, que suele equivaler a lo que cabe en una tapa de cerveza (aproximadamente cinco gramos), se le añade agua y comienza el proceso de *deslamado*, momento crucial en el análisis del material.

El deslamado consiste en descartar las impurezas y partículas ligeras que no tienen valor, lo que permite que solo el oro, por su mayor peso, se asiente en el fondo de la puruña. Este proceso se realiza con movimientos suaves pero precisos, en lo que los pirquineros llaman *aconchar el oro*: el metal se desplaza lentamente hasta la parte trasera de la puruña, donde su brillo característico lo delata. Saber leer ese brillo es lo que diferencia a un buen pirquinero de uno inexperto, pues no solo se trata de encontrar oro, sino también de interpretar si su cantidad y calidad justifican el esfuerzo de la explotación.

No obstante, los pirquineros saben que la textura del oro puede presentar variaciones que afectan su comportamiento en el ensayo. Cuando el oro es “grasiento”, por ejemplo, el agua no siempre es suficiente para realizar la prueba. En esos casos se utiliza orina en lugar de agua, ya que permite que el oro se aconche y quede más visible en la puruña. Como explica Lorenzo Vega: “El que trabaja el oro tiene que andar con la puruña, tiene que saber ensayar con agua. Si el metal es medio grasiento se ensaya con orín, pues con el orín el oro se aconcha, es decir, queda atrás y se logra ver” (LV, 2001).

Pero no solo la técnica influye en el éxito del puruñado; el entorno también juega un papel crucial. Los mineros saben que la luz del sol puede ser tanto un aliado como un obstáculo. La mejor hora para puruñar es cuando el sol está en el noroeste o en el este, pues así se evita la intensa radiación del mediodía, que puede generar reflejos indeseados en la puruña, especialmente si está hecha de cacho. Este conocimiento no es casualidad, sino parte del *saber de la tierra*, un conjunto de prácticas y observaciones que los mineros han perfeccionado a lo largo de generaciones. Puruñar no es solo agitar la puruña; es un ejercicio de paciencia, intuición y experiencia en el que cada detalle cuenta, desde la dirección del sol hasta la inclinación de la mano que sostiene la herramienta.

El resultado del puruñado define el destino de la operación minera. Si, tras el proceso de deslamado, el oro aparece y se confirma en la puruña, los pirquineros saben que han encontrado una veta rica y continuarán con la extracción. Si no, deben tomar la difícil decisión de abandonar el yacimiento y seguir buscando en otro lugar. Es en ese momento cuando la puruña se convierte en juez y testigo de la fortuna del pirquinero, aquel que, con paciencia y destreza, ha aprendido a leer en la puruña lo que el cerro esconde.

Estos relatos expresan la importancia del puruñado en la práctica minera:

El puruñado no miente. Ahí uno sabe si la tierra paga o no paga (JSE, 2001).

Uno puede caminar todo un día, juntar piedra tras piedra, pero solo en la puruña sabemos si el cateo valió la pena. La puruña es la prueba final, porque ahí el oro no miente, ahí se sabe si el esfuerzo valió la pena o si hay que seguir buscando en otro lado. Muchas veces uno cree que la veta es buena, pero al puruñar se da cuenta de que no alcanza, y ahí hay que decidir si vale la pena insistir o si es mejor buscar otro cerro, otra mina, otra quebrada, otro golpe de suerte. A veces pasa que el oro se ve a simple vista, y uno se entusiasma, pero al puruñar ves que no tiene suficiente ley y hay que moverse. Otras veces la piedra parece mala, pero en la puruña queda el oro atrapado, y ahí está la sorpresa (JA, 2017).

Además de una técnica, el puruñado es una habilidad perfeccionada hace siglos, es el medio a través del cual el pirquinero evalúa la riqueza de una veta, determinando si vale la pena insistir o si es mejor seguir buscando. La puruña, sea de cacho o de goma neumática, es más que una herramienta: es el símbolo del conocimiento, la paciencia y la esperanza que sostienen la vida en las serranías. En su fondo descansa la verdad del mineral, la certeza de que el esfuerzo ha valido la pena o la señal de que es momento de seguir caminando, siempre con la esperanza intacta de que el oro sigue esperando en alguna veta oculta, en algún rincón de la sierra Jesús María, donde solo los ojos entrenados de un pirquinero sabrán reconocerlo.



Allí donde aparece el disfrute no solo llega el esfuerzo; llega la mirada entrenada, la espera silenciosa, la sabiduría que se encarna en el cuerpo y sabe cuándo el cerro tiene algo que decir.

LABOREOS, TÉCNICAS DE EXPLOTACIÓN Y MOLIENDA DEL MINERAL

LOS SABERES DEL LABOREO

En la memoria viva de los pirquineros subsisten matices que separan a quienes simplemente extraen mineral de aquellos que encarnan el saber profundo de la mina. Entre estos últimos emerge la figura del *pirquinero completo*: un ideal de ser y de saber que se entreteje en cada gesto cotidiano y en cada jornada de trabajo en la sierra.

Escuché esa expresión por primera vez de labios de Juan Valladares y, desde entonces, en las charlas compartidas con él y con otros pirquineros de la sierra Jesús María, el concepto cobró cuerpo: distinguir entre *ser pirquinero* y *llegar a ser un pirquinero completo*, como aquel que no solo trabaja el mineral, sino que encarna un conocimiento profundo, situado y transmitido en la experiencia viva.

Para ser verdaderamente pirquinero, decía don Juan Valladares, es necesario saber reconocer el *disfrute*, es decir, catear en los cerros, leer sus señales, identificar la veta escondida y saber trabajarla hasta alcanzar el disfrute. Un pirquinero completo debe además componer sus propias herramientas, manejar la bigornia y el martillo barrenador, y realizar las perforaciones con la inclinación y la dirección precisas, abriendo camino hacia el corazón mineral del cerro. Debe conocer el arte de cargar tiros, colocar los explosivos, *circar*, *apirear*, sacar la piedra con el capacho, *puruñar*, escoger los minerales, moler el metal en el maray, trabajar en los trapiches, y hasta saber preparar su comida en la soledad de la mina.

El relato de Juan Valladares describe técnicas y nos abre el mundo de símbolos, significados, donde cada labor forma parte de un saber complejo, un tejido de conocimientos recreados y transmitidos en la práctica cotidiana. En las laderas y los socavones, estos saberes se hacen cuerpo, se transforman en una densidad de significados que se transmiten sin manuales, en el ritmo de los días y en la memoria compartida entre pirquineros. La cultura pirquinera se construye así, desde la práctica y la palabra, desde el hacer y el transmitir.

Don Juan, con su serenidad elocuente, advertía que ser pirquinero completo exige algo más que dominar la veta de oro: hay que comprender el sentido de cada tarea en la mina. Se detenía a explicar el arte de apirear: llenar un *capacho* —canasto resistente de cuero, lata o plástico— con la roca recién arrancada del filón y cargarla sobre la espalda, sin distinguir entre piedra rica y estéril. Porque en la pirquinería, como en la vida, no se escoge solo lo que brilla: se recoge todo y se honra todo. En ese gesto humilde y perseverante se revela la verdadera sabiduría del cerro y de quienes lo trabajan. En la sierra Jesús María —me comentaba don Juan Valladares—, el mineral se saca con herramientas, como el huinche; aun así, se continúa empujando la carretilla y, cuando toca, se apirea el metal en capacho desde el fondo del pirquén. Antes era casi lo mismo, pero todo salía a puro esfuerzo: no había huinche ni carretillas, sino que el mineral se cargaba en la espalda. En las galerías sacaban los carros por las líneas, mientras que en los piques y chiflones todo se hacía “a pura espalda”. “Actualmente no hay apirotes, ahora están la carretilla y el alacrán, y para correr el pique tenemos el huinche, pero si yo me voy a una parte, por ejemplo, allá arriba del cerro y no puedo subir el huinche, no puedo subir compresor, tengo que barrenar a mano, ponerme el capacho” (JV, 2001).

José Santos refuerza esta memoria laboral: “Aún se trabaja con torno, (...) otros trabajan a mano con martillo y apireando”; me explicaba que el capacho soportaba entre cuarenta y cinco y cincuenta kilos, dependiendo de los viajes al interior de la mina. “Se realizaban cerca de treinta a cincuenta desplazamientos, usando la hondura del piso y utilizando las escaleras para salir y bajar del pique” (JSE, 2001).

Al llegar al socavón o pirquén, el pirquinero se adentra en un mundo aparte, donde la luz natural cede ante la penumbra y el silencio se vuelve más profundo. La lámpara de carburo y la linterna en su casco proyectan un haz de luz que baila sobre las paredes irregulares, revelando texturas y sombras que solo él puede descifrar. “Entrar en la mina es como sumergirse en las entrañas de la tierra, allí abajo el tiempo es diferente, y uno aprende a escuchar hasta el más mínimo sonido” (JSE, 2001).

En las entrañas de un pirquén, la lámpara de carburo se convierte en símbolo de comunión, su luz parpadeante y cálida muestra las paredes

y túneles de la mina, revelando vetas y advirtiendo también sus peligros. “La lámpara es como el ánimo: si se apaga, estás a oscuras, sin rumbo” (JV, 2001).

Los utensilios —lámpara de carburo, combo y barreno— poseen un valor simbólico: prolongan la voluntad del pirquinero y le permiten dialogar con la penumbra. La jornada arranca con el barreno y el combo, herramientas simples pero esenciales; cada golpe resuena en el vientre del cerro y marca un compás que enlaza al hombre con la roca. “Es un lenguaje sin palabras; cada impacto te revela si la roca es dura, si hay humedad o si la veta está cerca” (JSE, 2001).

El esfuerzo físico es extremo. El pirquinero avanza palmo a palmo, horadando la roca con paciencia obstinada. El polvo se le adhiere a la piel y la ropa húmeda alterna el calor del trabajo con el frío cortante del interior, mientras el aire se espesa. Lejos de desalentarse, el minero halla orgullo en esa exigencia. “El cansancio es la medida de nuestro oficio; si al final del día no terminas rendido, es que no trabajaste lo suficiente” (LV, 2001).

El trabajo comienza antes, con la elección del *beneficio*. Identificarlo depende del ojo experto del pirquinero y de su conocimiento del terreno. Aprendido desde la infancia y afinado cada jornada, ese saber le permite leer grietas, percibir sutilezas de temperatura, oler el mineral oculto y seguir la veta por esquiva que sea. La precariedad de recursos y la rudeza del clima han forjado en él una “sabiduría productiva” que se refleja en la optimización de herramientas, en el dominio del entorno y en una práctica extractiva precisa.

Jim Casanova me explicaba que “las vetas varían: anchas o angostas, algunas tan finas como un dedo y, aun así, prometedoras” (JC, 2015). Una vez que se encuentra la veta, manos y herramientas entran en acción, pues el pirquinero ya sabe dónde golpear. A menudo prefiere reabrir galerías antiguas para ahorrar tiempo y recursos, lo que exige desatierro o mejoras de acceso. Para operar una concesión activa se necesita un contrato de arriendo firmado con el titular del yacimiento; allí se pacta una regalía que oscila entre el 1 % y el 30 %, pero que actualmente promedia el 10 %, que corresponde a la remesa entregada en planta, pues es Enami la que se encarga de pagar al dueño de la pertenencia minera. Esa cifra puede variar, pues está basada en un “trato de caballeros”; el pago final, sin embargo, fluctúa con la ley del mineral y, cuando esta baja, puede no cubrir la regalía mínima (JC, 2015).

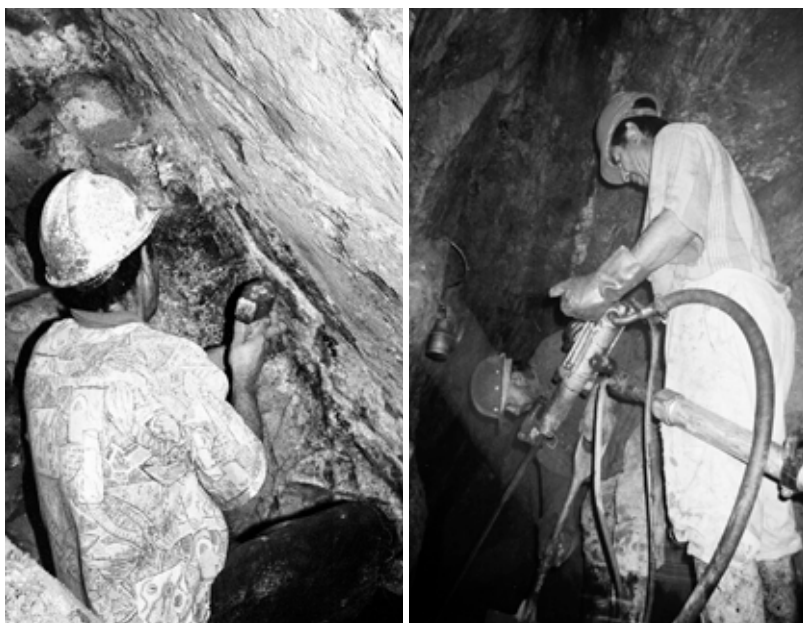
También existe la explotación informal de minas abandonadas. En esos casos, el pirquinero trabaja por su cuenta: asume el riesgo y aprovecha cualquier acceso viable, sobre todo cuando se desconoce al propietario o el ingreso a la veta está colapsado.

La producción es tan cambiante como la roca misma. Hay semanas que rinden sesenta, setenta o noventa gramos de oro y otras en las que la misma cantidad no se alcanza ni en un mes. Durante una de mis visitas de campo a los pirquenes, los mineros me mostraron veinte sacos —unos 857 kg de material— que apenas prometían catorce gramos. No obstante, continúan: saben que la veta puede “cerrarse, brocear” o “echarse a perder”, pero también que, con paciencia, la roca se abre y vuelve a entregar.

EXPLOTACIÓN Y BARRENADO DE LA VETA

Para explotar una veta todo depende del barrenado, operación que puede realizarse de forma manual o neumática según los recursos y la geografía de la mina. En los cerros más remotos, donde instalar compresores es inviable, el barrenado manual sigue predominando: es más lento y cansador, pero ofrece un control fino sobre la dirección y la profundidad del tiro. La roca dura no cede fácilmente y el golpe del barreno compone una música que solo el pirquinero entiende; los golpes son tan rítmicos que, a veces, el silencio entre uno y otro resulta más revelador que el estruendo mismo. Don José Santos me comentó: “Es como escuchar el eco de tu propio destino, esperas que el golpe te diga dónde estás, si estás cerca del oro o no” (JSE, 2001).

El barrenado manual es un arte. El pirquinero debe saber dónde y cómo perforar para seguir la veta sin desviarse, maximizando la extracción. “Cada golpe del barreno es una conversación con la roca —insiste don José Santos—; debes saber escuchar lo que la roca te dice” (JSE, 2001). Cuando la mina dispone de compresores y el terreno lo permite, el barrenado neumático —impulsado por aire comprimido— acelera la perforación; aun así, muchos siguen confiando en la sensibilidad del barreno manual. Los pirquineros deben perforar con precisión para preparar los tiros donde se colocará el explosivo. Cualquier error en esta etapa podría resultar en la pérdida de mineral valioso o, peor aún, en un accidente que ponga en peligro la vida de sus compañeros.



A la izquierda, el perforación manual avanza a pulso, golpe a golpe, con barreno y combo; a la derecha, el barreno neumático reduce el esfuerzo, pero no reemplaza la precisión ni el saber acumulado que decide dónde alojar la carga y cómo abrir la veta sin hacerla ceder.

PREPARACIÓN DE LOS TIROS

La preparación de los tiros y su posterior detonación constituye una de las fases más delicadas del laboreo, pues exige tanto vigor corporal como exactitud técnica. Todo comienza con la explotación manual, método primario que descansa exclusivamente en la fuerza humana: aquí no median compresores ni jumbos, solo el binomio tradicional compuesto por barreno y martillo barrenador. El perforador —especialista que conoce la respiración de la roca— apoya el barreno sobre la veta, calibra el ángulo según la geometría del túnel y, con el combo, golpea el extremo posterior; cada impacto se acompaña de un cuarto de giro que profundiza el orificio milímetro a milímetro. Esa secuencia se repite hasta alcanzar la hondura deseada. Este proceso también se desarrolla con perforación neumática, la cual aliviana

el trabajo, reduciendo el esfuerzo y tiempo para realizar los tiros. La verdadera complejidad no radica solo en horadar la roca, sino también en decidir dónde y cómo alojar la carga: si el explosivo queda mal orientado, la detonación resulta estéril y el esfuerzo —todo sudor y precisión— se desperdicia. Por eso, el perforador mide con la vista, con el oído y, sobre todo, con la experiencia, la distancia exacta entre un tiro y otro, la inclinación que abrirá la veta y el volumen de roca que podrá liberarse sin colapsar la galería.

La disposición y orientación de los tiros dependen de varios factores, como la naturaleza del terreno, que puede ser más duro o blando, y el rendimiento requerido, es decir, la cantidad de mineral que se espera extraer. Cada tiro debe colocarse en una ubicación específica y con un ángulo y una profundidad determinados para asegurar que, al fracturarse la roca, se libere la mayor cantidad de mineral posible con el menor esfuerzo. Esto requiere un conocimiento detallado de la geología del área y de la veta que se está explotando. Después de realizar los tiros, se procede a fracturar la roca, lo que puede hacerse mediante explosivos u otros métodos, dependiendo de las condiciones del terreno.

EL LABORIOSO TRABAJO DEL PERFORO

En la mina, el perforo o perforador primero despliega su conocimiento situado. Antes de levantar el combo, escucha y observa detenidamente: “Primero escuchas a la roca; si suena apretada, el tiro lo haces corto para que abra; si suena hueca, lo pones de costado para que no reviente la veta” (JSE, 2001). Con su herramienta marca cruces o señas diminutas: en vetas angostitas las cruces se arriman cada veinte dedos; si la roca retumba compacta, espacia un palmo completo. Apoya el barreno sobre el primer punto y deja caer el combo; tras cada impacto gira el acero un cuarto de vuelta para que corte parejo. Al observar su despliegue técnico es imposible no ver como una de sus herramientas infaltables, la lámpara de carburo, tiembla con la fuerza del barreno en uso, así como el polvo de sílice sube como un vaho blanco y del barreno avanza, milímetro a milímetro, hasta los cincuenta o sesenta centímetros que la experiencia impone. “Hay que saberle buscar la debilidad al cerro para que el tiro tenga botá; si no, la carga se devuelve” (JV, 2001).

Llega la parte delicada. Al fondo de cada orificio se desliza la prima —dinamita con fulminante y mecha— y, sobre ella, el anfo se apisona con la varilla de quillay. “La botá es todo; si la dinamita no queda apretada para adelante, revienta para atrás y la veta queda tapada” (LV, 2001). Según la forma del laboreo se utilizan dos direcciones clásicas para trabajar la veta. Don José Santos lo describe así:

Se barrena de diferentes maneras: hay tiro al agua, hay chiflana y según el trabajo que uno lleve. Si uno va corriendo un pique, es lógico que todos los tiros sean hacia abajo; a eso le decimos tiro al agua. Pero si se va siguiendo un frontón, un túnel, ahí se trabaja pura chiflana, porque uno va dando vuelta el cerro y no puede barrenar de frente; tiene que barrenar de abajo hacia arriba, así debe ir el golpe. Al agua no: son distintas las maneras de los trabajos que uno va haciendo (JSE, 2001).

A medida que se avanza en el tiro, pequeñas porciones de la veta van cediendo, formando poco a poco un orificio que se abre manualmente en la pared del avance de la mina. Este tiro alcanza entre cincuenta y sesenta centímetros de profundidad, y es allí donde comienza el trabajo con los explosivos. Primero va la “prima”: un fulminante unido a la guía de mecha que se introduce en un cartucho de dinamita, el cual se coloca cuidadosamente al fondo del tiro. Luego, el resto de la perforación se rellena meticulosamente con “anfo” o “nitrato”, asegurando que la carga quede bien compactada y lista para la detonación.

Juan Valladares recuerda la evolución de estas prácticas:

Antes se barrenaba y se cargaba pólvora negra. Había que ser muy práctico: si saltaba una chispa, aquello estallaba. Mientras se llenaba el tiro, se taqueaba con martillo; después se ponía un taco de piedra y tierra húmeda, bien apretado. No era como ahora. Hoy el taqueador es de caña: se pone un cartucho de papel y el explosivo hace el mismo trabajo. Con la pólvora había que dejar todo tan ajustado que costaba ver dónde terminaba la carga. Era peligroso: la mecha podía prender o una chispa del cuarzo podía encenderla. Hubo muchos accidentes: gente que quedó sorda, perdió

dientes o la vista porque la pólvora le estalló en la cara. Más tarde llegó la dinamita con fulminante; antes era pura pólvora (JV, 2001).



Con el tiro recién perforado se ajusta la dinamita con su prima y el nitrato, se taquea con cuidado para que la carga quede firme; en la imagen se observa el encendido de la mecha.

Una vez que todos los tiros están cargados, llega el momento de encender las mechas, un paso delicado y peligroso que requiere experiencia. Los pirquineros, conscientes del riesgo, se retiran a una distancia segura. El encendido de las mechas es un momento de gran tensión, y los mineros permanecen atentos al conteo de las detonaciones.

“El silencio después de una explosión puede ser mortal”, comenta un pirquinero con la voz cargada de experiencia. Si un tiro no detona, puede quedar esperando explotar en cualquier momento. Este riesgo, conocido como *tiro mudo*, es uno de los peligros más temidos en la pirquinería, ya que obliga a los mineros a regresar con extrema cautela para desactivar el explosivo o detonarlo de manera controlada.

Cuando el humo finalmente se disipa, la pared ofrece su veredicto: tal vez la camisa de cuarzo se ha abierto mostrando un hilo dorado, o quizás apenas se agrietó, lo que obliga a repetir el proceso nuevamente. “Si la botá fue limpia, el pirquinero siente que el corazón late como si el cerro hablara” (JSE, 2001), porque un tiro bien puesto no solo fractura la roca: inaugura la esperanza de la jornada siguiente, la que seguirá a fuerza de capacho, huinche o carretilla, y la obstinación diaria de arrancarle al desierto su destello de oro.

Posteriormente se recoge el mineral y se mide el rendimiento, que se refiere al tonelaje o la cantidad de mineral extraído en relación con el número de tiros y el tamaño del túnel. Un buen rendimiento indica que se ha maximizado la eficiencia de la operación, pues se ha extraído la mayor cantidad de mineral con la menor cantidad de tiros y mantenido la seguridad del túnel. Este proceso, aunque complejo, es esencial para el éxito de la minería, ya que cada detalle cuenta para asegurar que la extracción sea tanto productiva como segura.

Solo cuando esa maestría se cumple, la voladura fractura el mineral con limpieza y deja al descubierto el cuerpo rico en metal, que justifica tantas horas de martillo, polvo y espera.

Este proceso está marcado por el sacrificio. A pesar de tener una técnica, esta no implica desprenderse de la estrechez y la profundidad que complican cada maniobra. En la oscuridad, la lámpara de carburo ilumina un suelo irregular mientras el oxígeno disminuye; se tallan chimeneas para ventilar y se cuelgan escaleras de cimbra cuyo crujido recuerda el peligro. Barrenar, circular y retirar escombros exige fuerza y extrema precaución: un descuido puede costar la vida. “El cansancio es la medida de nuestro trabajo. Si al final del día no estás agotado, es que no has trabajado lo suficiente” (JA, 2017).

La jornada se vive como un trance. El calor que emana del cerro, el peso del metal embrionario en las manos y el polvo que se adhiere a cada pliegue

de la ropa forman parte de una realidad que solo quien ha estado en un pirquén comprende. No es solo desgaste físico; la incertidumbre golpea el ánimo, pero la posibilidad de que el próximo golpe revele el brillo del oro mantiene al pirquinero en pie. Algunos días no hay recompensa y el pirquinero vuelve con las manos vacías; aun así, el fracaso no detiene la marcha.

CIRCAR LA VETA: SEGUIR EL RASTRO DEL ORO

Con la veta expuesta, el proceso que continúa es circar para dejar limpia la veta eliminando el estéril, es decir, quebrando y extrayendo primeramente la zona sin metal y luego la veta mineral; esto significa seguir el rastro del oro dentro de la roca. Este trabajo requiere una mezcla de paciencia y habilidad. La veta puede cambiar de dirección o profundidad en cualquier momento, y el pirquinero debe estar constantemente atento para adaptarse a estos cambios. “Circar la veta es como seguir el rastro de un animal en el bosque; debes ser sigiloso, cuidadoso, y no perder de vista tu objetivo” (JV, 2001).

El relato de los propios pirquineros refleja con claridad el acabado conocimiento que poseen del paisaje minero y su explotación, pues llegar al disfrute implica un conocimiento del mineral en la veta, dónde se angostan, se ponen buenas, malas o se brocean. A veces los recursos pueden no ser suficientes para seguir adelante, pero es imperativo hacerlo para continuar extrayendo metal.

Por eso siguen invirtiendo, siguiendo la veta con esperanza, esperando ese momento crucial —conocido como llegar al ojo— en que aparece el oro en forma de pepitas o claveteado, lo que significa que la calidad del mineral mejora y se vuelve más rentable. Sin embargo, todo depende de la veta, que puede variar significativamente: un disparo puede contener una buena cantidad de metal, mientras que otro puede tener muy poco oro. La naturaleza de las vetas es variable; a veces se estrechan, otras se ensanchan, y en ocasiones pueden ser tan delgadas como dos dedos de la mano. Cuando una veta se estrecha demasiado, simplemente se desmorona en polvo y es necesario extraer más roca. Además, las vetas pueden contener oro o simplemente brocear.

Lorenzo Vega comenta que si en un disparo de dinamita aparece un buen metal, al siguiente disparo tiene poco oro. Cuando se angosta, se polvorea

más la zona; además, en “uno va viendo en la veta, si tiene broceo se ‘apiedra’, uno ya con mirarlo conoce si se le ha compuesto o se ha echado a perder. A veces la veta puede venir ancha, angostita, y hay veces que llega a ensancharse más y aparece el oro bueno; hay pintas de diversas formas” (LV, 2001).

La veta que posee oro demanda un conocimiento para saber manejarla en las variadas formas que se presenta. Por ello, circular la veta es una de las tareas más complejas y laboriosas de la minería artesanal. Requiere no solo fuerza física, sino también una gran capacidad de observación y un conocimiento profundo de la geología del terreno. Los pirquineros deben estar preparados para enfrentar cualquier cambio en la dirección de la veta, ajustar su estrategia y aplicar su conocimiento para seguirla.

Una vez que el mineral ha sido extraído de la veta, debe ser transportado a la superficie para su procesamiento. Este transporte, que puede parecer un simple paso final, en realidad es una operación logística compleja que requiere planificación y coordinación.



La pata de cabra opera con huinche para elevar el balde desde el pirquén. El material se descarga en la canaleta, donde se revisa y clasifica: lo de mayor ley se destina a las canchas y el resto se aparta para nueva revisión o descarte.

En muchos pirquenes y socavones el mineral se transporta a través de túneles utilizando carretillas. Estas carretillas, que a menudo se mueven a mano o con la ayuda de vías improvisadas, deben ser cuidadosamente manejadas para evitar derrames o accidentes. El peso del mineral, combinado con las condiciones a menudo precarias de los túneles, hace que este proceso sea físicamente agotador y peligroso.

Luego de la explosión, el metal se saca a la superficie. En algunos casos se hace de manera artesanal a través del “apireo”, especialmente en pirquenes profundos en donde por acceder a través de túneles no se pueden utilizar estos sistemas semimecanizados. El apir se coloca el capacho al hombro, una mochila que inicialmente fue de cuero de animal, pero que actualmente puede ser de metal o plástico. En este utensilio van sacando el metal de las minas y lo van dejando en canchas.

En minas con mejor acceso a la superficie, los pirquineros pueden utilizar ascensores o sistemas de poleas para transportar el mineral a la superficie, denominadas huinche y pata de cabra. Estos sistemas, aunque más eficientes, también requieren un mantenimiento constante para asegurar que su funcionamiento sea seguro. La instalación y operación de estos equipos añade un nivel adicional de complejidad al proceso de extracción, pero también puede aumentar significativamente la cantidad de mineral que puede ser procesado en un día.

En las canchas, el metal es seleccionado o realizado; si no se apirea, se saca a través de carretilla o alacrán —en los socavones— y si este es un pique, se saca el metal a través del huinche y la pata de cabra. Si no poseen huinche, se usa el torno para extraer el metal contenido en baldes desde el interior de la mina, ambos procesos absolutamente artesanales. Allí se utilizan herramientas bien definidas para cada tipo de mina, como el minero Lorenzo Pinto, explica:

El capacho uno lo lleva en algo que se pueda asentar, y al llegar afuera hay algunos que lo tiran hacia atrás, pero eso ya no se ocupa, ahora se usa la carretilla —en los socavones—, en los piques se usa el huinche, así se hace la marina; antes también era lo mismo, pero se hacía la marina a la espalda, uno tenía que botar por la espalda todo el capacho (LP, 2001).

En esta toma de relatos, muchos agregan un aspecto precario que no impide la persistencia en el laboreo: si un minero tuviera un huinche y se lo embargan por deudas, pone el torno y se pone a trabajar de la misma forma histórica, no le cortan nunca las manos, si lo sacan de la mina o pique, se va a otra parte para continuar trabajando.

Al igual que en el cateo de búsquedas de vetas, posterior al dinamitado de la veta comienza la aplicación estratégica de puruñar, realizar y pallar. La estrategia exige conocimientos acertados sobre la calidad del metal a fin de justificar la inversión; de lo contrario, la actividad se torna inviable económicamente. Por tanto, es imprescindible tener “buen ojo”.

Los mineros del lugar expresan que hay que alivianar los costos. En primer lugar, el mineral hay que trabajarlo con pulcritud, realizarlo (realice del material) para no estar dejando el mineral “malo o piedra en las pilas de material”. A ese material de descarte se le llama “desmonte”, para lo cual se debe tener buen ojo, que es el conocimiento básico que todo minero debe tener y que es parte su experiencia y aprendizaje, y que se aplica tanto en el oro como en el cobre.

Una vez dinamitada la veta y “realizado” el mineral, el pirquinero debe pallarlo: separar la carga en pequeños montículos (pallas) de acuerdo con la ley que intuye en cada fragmento. Para ello hay que puruñar el oro con destreza, cribando pieza a pieza hasta conformar las tres categorías empíricas que orientan el trabajo: pinte, despinte y cola de mono (FM, 2001).

José Santos Escobar describe el proceso con la sabiduría de quien lo repite a diario:

Después de dinamitar empieza el trabajo de todos los días. Hay que aliviar los costos: primero se “realiza” el mineral, para no estar echando piedra mala que solo se amontona. Ese es el conocimiento básico que debe tener todo minero —de cobre, de oro o de plata—: saber pallarlo para conseguir una buena ley y un buen rendimiento. El oro hay que puruñarlo; el cobre no, el cobre se reconoce por el color. Así se van haciendo las pallas: pinta, despinta, cola de mono, dos o tres montones según la veta. Lo mismo pasa con el oro, solo que ahí uno no le ve el color, trabaja a pura puruña. En una mina puede salir una palla que dé doscientos gramos por tonelada, otra de cien y otra de veinte: en la práctica es lo mismo (JSE, 2001).

Mientras el cobre delata su presencia a simple vista, el oro exige tacto y experiencia: todo debe puruñarse antes de que la roca se convierta en un costo inútil o en una veta prometedora.

Es fundamenta detallar, en este proceso, que el mineral extraído de la mina, con la ayuda de la pata de cabra y el huinche aliviana el trabajo. Sin embargo, existe un número importante de pirquineros a quienes, dadas las condiciones de ubicación de las minas, se les hace imposible utilizar un huinche y deben extraer el mineral con un capacho a la espalda.

En particular, la única herramienta tecnológica que han incorporado en las últimas décadas es la perforación neumática, compuesta por un compresor y una perforadora de pequeño tamaño, además del huinche, equipo para levantar y transportar la carga. Estos pequeños pero significativos cambios han mejorado la calidad de trabajo y de vida de los mineros artesanales, reemplazando la perforación manual de martillo y broca, y la extracción vertical que se realiza con un torno (AM, 2011). Cabe señalar que un tiro hecho a mano demora media mañana aproximadamente en su instalación y un tiro con perforadora solamente unos minutos. Durante el proceso se utiliza tan solo un método de explotación, que consiste en reconocer el mineral por “la corrida” de la estructura —la veta— para luego levantarse con chimeneas —orificios que salen del interior de la mina, hasta la superficie—, de muy baja potencia, unos 5-30 cm. Ahora, para extraer el mineral de la mina una vez tronado generalmente se usan piques con apoyo de huinches y/o tornos, los que son muy poco utilizados el día de hoy. Otra alternativa es usar socavones horizontales, para lo que se deben trabajar con carretillas. Las actividades básicas y de cualquier trabajo minero, por pequeño o grande que sea, son perforaciones, tronaduras, extracciones de mineral, selección en cancha del mineral bueno del estéril, molienda y el amalgamado en los trapiches (AM, 2011).



En el sistema Knelson, la pulpa que proviene del trapiche ingresa al cono de la centrífuga, donde el giro separa el oro del resto del material por su peso. Lo liviano se evacua; el oro, en especial el más fino, queda retenido. El pirquinero observa el proceso en silencio, atento a que el polvo no se escape, reconociendo en cada grano atrapado una respuesta del cerro y la continuidad del trabajo bajo tierra.

MOLIENDA Y TRATAMIENTO DEL ORO

DETALLES DE LA MOLIENDA Y TRATAMIENTO DEL MINERAL AURÍFERO

Una vez culminado el trabajo de extracción y la selección primaria, el mineral se embala en sacos de entre cincuenta y setenta kilos. Esa cifra no es casual: responde a la resistencia del costal, a la capacidad de carga de un solo hombre y, sobre todo, a la logística propia del pirquinero, quien a veces transporta un saco y otras arriesga el cuerpo acarreado dos o tres, según el vigor, la distancia al trapiche y la urgencia de capitalizar su esfuerzo. Los sacos descienden en camionetas —hoy cada vez más escasas en los asentamientos de pirquineros— y, en ocasiones extremas, sobre la espalda, por senderos que apenas insinúan un trazo en la piedra.

Hoy las plantas trapicheras —que hace una década trabajaban holgadamente— reciben más intensamente el material de los pirquineros y mineros artesanales. Las plantas trapicheras que aún respiran en Atacama se han transformado en un oasis congestionado: las colas de sacos se alargan porque más de la mitad de los trapiches cerró tras 2023, cuando los costos de mantenimiento superaron los retornos y las exigencias de ley se endurecieron (Servicio Nacional de Geología y Minería, 2024). Sin embargo, el trapiche mantiene su rol histórico de caja chica: allí el oro se paga casi de inmediato, sin la tramitación extensa, que muchos mineros consideran opaca. Para quienes arriendan pertenencias, la venta a Enami sigue siendo obligatoria, porque la estatal retiene el mineral y liquida el valor a nombre del titular de la concesión, descontando la regalía pactada. Así se configura un equilibrio tenso: rapidez contra formalidad, liquidez contra seguridad jurídica.

Ese tránsito no es lineal. El pirquinero descarga su “meta” en el trapiche, cobra lo suficiente para sostener la vida diaria y, si precisa la liquidación oficial, suma su carga a la de otros y la envía a Paipote. Allí llega el otro reloj: la contramuestra, el informe de ley y un pago que puede tardar dos meses. La incertidumbre se acentúa porque el oro metálico —la pella lustrosa que unos pocos alcanzan a fundir— suele ser subvalorado en laboratorio. “Uno entrega y nunca ve lo que midieron; ¿a dónde se fue ese oro?”,

resume Armando Arias. En ese lapso nace una sospecha que no es técnica sino cultural: la convicción de que el sistema formal no comprende la lógica del pirquino, idea compartida que sostienen los entrevistados Armando Arias y Jim Casanova.

Aun así, la pella no ha dejado de brillar. El conocimiento artesanal —ese “saber mirar la veta” heredado de abuelos que puruñaban antes de que existieran las básculas digitales— dota a los pirquineros de una flexibilidad que ninguna contingencia técnica ha logrado extinguir. La adaptabilidad se despliega en prácticas concretas: combinar cargas para pagar fletes, fundir colectivamente el oro grueso, guardar azogue para procesarlo en molinos chicos y evitar el castigo ambiental. Esa red de estrategias reafirma una diferencia de fondo: la pirquinería no es “pequeña” ni “mediana” minería; es un modo de vida donde la moral del cerro, el profundo saber artesanal y la urgencia de comer mañana pesan más que los balances trimestrales. Mientras la modernización de la Fundación Hernán Videla Lira acumula cronogramas inciertos y la burocracia estatal multiplica formularios, el trapiche sigue girando porque, a falta de certezas, el pirquinero confía en la inmediatez del pago y en la palabra del compañero que firma la guía de despacho.

En esa fricción entre sistemas —trapiche y Enami, rapidez y formalidad— late una cultura que se resiste a desaparecer. La rueda de acero no solo muele: confirma, vuelta tras vuelta, una forma de habitar el desierto y de negociar, cada día y cada gramo, la dignidad que el oro promete y la vida cotidiana exige.

EL CORAZÓN DE LA PLANTA: EL TRAPICHE

En el galpón de molienda giran dos ruedas monumentales sobre una artesa circular donde agua y roca se mezclan. Cada vuelta pulveriza el metal, libera las partículas auríferas y produce una pulpa terrosa. Desde ese punto se bifurcan dos rutas tecnológicas, ninguna exclusiva, ambas con defensores y detractores.

—Amalgamación con mercurio (azogue). Tras la molienda en el trapiche, el mineral se procesa sobre láminas que captan el mercurio o en un pequeño

molino al que se añade el material extraído del trapiche; en ambos casos se incorpora mercurio para que “abraze” el oro. El metal noble se fusiona con el mercurio formando una amalgama brillante. Esta pasta, denominada azoque, se recoge en un paño grueso que se retuerce hasta escurrir el mercurio sobrante. El azogue se expone luego a la llama: el mercurio se volatiliza y el oro emerge rojizo y pesado, listo para los mercados compradores, denominado pella.

— Concentración gravitacional. Con centrífugas Knelson, ICON u otros equipos, el oro se separa por densidad y no por afinidad química. La técnica evita el uso de mercurio, pero muchos mineros creen que “se escapan” las partículas finas que el azogue atraparía. Esa percepción de merma explica que la amalgamación sobreviva incluso bajo regulaciones más estrictas.

Todas las etapas, desde el chancado primario hasta la molienda fina, persiguen un único fin: moler el mineral hasta liberar la partícula de oro, de modo que los reactivos de flotación —verdaderos “imanes” físicos— puedan atraparla. Se trata de un proceso puramente mecánico: en ningún momento el oro se disuelve ni ocurre reacción química alguna. En la práctica diaria, los mineros llegan al trapiche y recuperan su oro más grueso; el resto —partículas aún más finas— avanza (cuando existe la infraestructura) hacia la molienda y luego a la flotación, donde se forman los concentrados auríferos.

En este entramado de actores y de maneras de entender la materia, aflora la persistencia adaptativa de la sabiduría situada. El trapiche —crisol de agua, piedra y ruido que late como un corazón mecánico en medio del desierto— guarda desde hace un siglo las pequeñas alegrías del pirquinero: paga al instante y regala el respiro que permite seguir cateando al día siguiente. Su hermano menor, el molino, también late en la memoria colectiva. “En el tambor chico se despierta lo que el trapiche deja dormido; históricamente los pirquineros reviven y seguirán reviviendo el oro grueso y, con él, la esperanza de la cuadrilla” (JC, 2025), explica Jim Casanova, hombre de todos los oficios del cerro: pirquinero, transportista, mecánico, conocedor de cada engranaje como si fuese una extensión de su propio cuerpo. No sorprende, entonces, que las ilusiones sigan volcadas en esas máquinas: en lo artesanal siempre habita la capacidad de fajarse contra la adversidad. Mientras

el papeleo de Paipote se alarga y la fundición modernizada promete plazos que aún no llegan, el golpe metálico del molino —pequeño y testarudo— sostiene la dignidad del oro metálico: gramo a gramo, barreno a barreno, chispa tan terca como el espíritu pirquinero que se niega a rendirse.

En teoría, el circuito podría recorrerse completo, pero en la práctica el pirquinero elige. En el trapiche cobra el oro grueso y, en la misma planta, obtiene el concentrado por flotación. El objetivo sigue siendo liberar la partícula aurífera sin alterar su naturaleza: ningún disolvente, solo separación. Luego, el plantero transporta el concentrado a Enami. Si contiene mercurio, para evitar un castigo severo se seca previamente en hornos de leña y recién entonces cruza la puerta de la planta.

Aun cuando el pirquinero abandone la escena tras la amalgamación o la venta del concentrado, su mineral sigue viajando: lo refina la planta o Enami, según los contratos y niveles de confianza. El ciclo revela una coreografía de dependencias:

- El pirquinero necesita la liquidez inmediata del trapiche para sostener la vida diaria.
- La planta necesita el concentrado para extraer el oro fino y rentabilizar sus reactivos.
- Enami necesita el concentrado libre de mercurio para cumplir normas ambientales y, al mismo tiempo, legitimar la producción en los registros estatales.

El itinerario —desde el metal arrancado de la veta hasta el concentrado que se oreja al sol— exhibe la dimensión técnico-productiva de la cultura pirquinera. Cada eslabón exige observación, ensayo y ajuste, y confirma la capacidad de transformar sin romper el vínculo simbólico con el cerro. El pirquinero descarta lo que no sirve y potencia lo que resuelve hasta cristalizar un cuerpo tecnológico que refleja sus valores: libertad para decidir cómo y cuándo trabajar; solidaridad para compartir transporte, agua o explosivo; respeto al cerro, entidad que otorga y retiene.

Así, la comunidad afina sus métodos y los alinea con una visión del mundo donde técnica y ética se confunden: la rueda del trapiche no solo muele,

además confirma una forma de habitar el desierto, de medir el tiempo y de negociar —cada día y cada gramo— la dignidad que el oro promete y que la vida cotidiana, implacable, exige.

HERRAMIENTAS DESDE EL CUERPO TÉCNICO Y MEMORIA COMPARTIDA

El trabajo pirquinero no se reduce al esfuerzo físico. Es, ante todo, una forma de conocimiento situada, una práctica densa de significados, ritmos y técnicas que entrelazan cuerpo, memoria y territorio. En cada herramienta empleada el pirquinero expresa este saber no como objeto funcional, sino más bien como parte de una trama simbólica viva que estructura la vida cotidiana de quienes habitan el cerro. Como afirma Juan Valladares, “el minero a cada herramienta le tiene su nombre” (JV, 2001). Esta frase, sencilla pero precisa, expresa una familiaridad práctica y un lenguaje propio que constituye identidad, pertenencia y comunidad.

Este vocabulario, más allá de facilitar la comunicación durante el trabajo, fortalece los lazos entre los mineros, generando una comunidad unida por la experiencia y la comprensión mutua. Para quien está fuera de este mundo, esas palabras pueden parecer crípticas, pero para los mineros representan más que simples utensilios: son símbolos de la vida diaria, de las pruebas que enfrentan y las conquistas que logran al extraer la riqueza de la tierra. Este lenguaje crea pertenencia y camaradería, uniendo a quienes comparten las mismas dificultades y también sus alegrías.

Las herramientas se fabrican, se adaptan, se reconfiguran según el cuerpo, el terreno, la veta. No son intercambiables ni se entienden fuera del contexto en que se usan. La broca no se define solo por su filo, sino también por el tipo de veta que enfrenta, el brazo que la sostiene, la respiración que acompaña el golpe. Así, las palas, rastrillos, barremos, brocas, soplador, el émbolo, el acuñador, las mangueras, el harnero, el pato o la carretilla no son simplemente nombres: son los instrumentos de conocimiento para el desarrollo de estos saberes encarnados, tecnologías situadas, sistemas simbólicos.

Dentro de esas denominaciones aparece un elemento que a primera vista podría parecer simple, pero que en el mundo del pirquinero se ramifica en una familia completa, por ejemplo, las palas, que tienen variadas

formas y funciones. Cada una tiene una función específica, asociada a la etapa del trabajo y a la textura del terreno. “Pala de reja, pala de punta, pala cuadrada... son varias y siempre se usan; la pala de reja es para sacar lo más grueso nomás, es la que tiene varias uñas y dientes largos, cada una la ocupamos según lo que hay que sacar” (JV, 2001). Es la herramienta que se usa al inicio, cuando el material todavía está toscamente adherido. Más adelante, cuando el terreno ya está algo removido, se utiliza la pala de punta. “Ya no es molido, más molido ya... ahí viene a trabajar la pala de punta” (JV, 2001), explica Juan. Luego, en contextos más llanos o cuando se trabaja en cancha, aparece la pala guanera o cuadrada. También están las palas chicas, de mango corto, pensadas para labores más detalladas o cuando se trabaja en zonas estrechas, muchas veces usadas por el barretero.

A esta constelación se suman otras herramientas que marcan la transición hacia un trabajo más profundo. La picota, por ejemplo, se convierte en indispensable para ablandar el terreno antes de introducir cualquier otra herramienta: “La picota es para ablandar el terreno” (JV, 2001), continúa Juan, con la naturalidad de quien lo ha repetido mil veces. Luego, en la explotación manual, entra en escena el barreno. Para realizar los tiros, el pirquinero no utiliza maquinaria ni procesos automáticos: se trabaja golpe a golpe con el martillo o macho, y entre cada golpe se va sacando el barro acumulado con una cucharita minera. “Ahí se le va agotando la tierrita, el barrito... se agarra con agua y con una cucharita minera, que es larga y tiene una cucharita en la punta” (LG, 2017). Cuando el barreno no logra liberar todo el material, se recurre a la cuña. “Queda piedra suelta, y eso se bota con la cuña para poder barrenar después” (AA, 2025). En cada etapa la precisión es un conocimiento fino y en la pirquinería no se improvisa, se afina con la experiencia.

Pero las herramientas no están solamente en las manos, sino también en los cuerpos. Cuando no hay acceso a huinche o torno, cuando no se dispone de caminos auxiliares, se puede usar estos mecanismos o herramientas, pero muchas veces no hay caminos, entonces el cuerpo del minero se convierte en sistema de transporte y lo que en otros lugares haría una polea, aquí lo hace el cuerpo, el equilibrio y el tiempo.

En todo este proceso aparecen verbos que no se aprenden en libros técnicos: *acuña*, *barrenar*, *circar*. *Acuña* no es solo liberar la veta con la cuña; es preparar

el terreno, abrir paso. Barrenar es más que perforar; es anticipar una tronadura, hacer espacio para el explosivo, detonar. Circar la veta, por su parte, es limpiar el mineral, separar la roca, dejarlo listo para su extracción y evitar accidentes, ya que en esta etapa de limpia la veta de la roca suelta en condiciones que quede con “ley comercial”, como se dice en terreno. “Después de que acuña, ahí viene la perforación ya con la barrenadura, que llamamos nosotros” (JA, 2017), remata Juan. En esa frase aparece una secuencia de trabajo y un linaje, el pirquinero, que trabaja a mano, que conoce el ritmo del cerro y que ha desarrollado una forma de leer el mineral a través del cuerpo.



El acceso a los espacios subterráneos del pirquén se realiza mediante escaleras que el pirquinero aprende a recorrer con el cuerpo. En la imagen de la izquierda se observa una escalera de cimbra y, junto a ella, una adaptación artesanal en fierro y madera. Ambas sostienen el tránsito cotidiano entre niveles y hacen posible la continuidad del trabajo bajo tierra.

Muchos de estos instrumentos no se compran, sino que se fabrican o adaptan a partir de materiales reutilizados. Son herramientas que no se encuentran en las tiendas, sino que surgen del ingenio y la necesidad. Así, se construyen

harneros con malla reciclada, sopladores con tubos y botellas, carretillas diseñadas para planos inclinados. Esta forma de apropiarse de lo disponible y rediseñar la técnica con lo que se tiene no solo demuestra autonomía y capacidad de reinención, sino también un modo de controlar y conocer el recurso que se explota. En esta adaptación técnica se manifiesta la fuerza de una sabiduría situada.

Las herramientas de los pirquineros no pueden comprenderse como simples objetos de la mina. Son signos densos, cargados de sentido, cuya lectura nos permite entrever un modo de vida. Pertenecen a ese tejido que Geertz llamó “la urdimbre del significado” (1989, p. 20), esa trama en la que el ser humano está suspendido y que solo puede comprenderse desde adentro. Por eso, el martillo no es solo el macho: es el golpe justo que el cuerpo ha aprendido a encarnar. Y la pala no es simplemente una herramienta de carga: es la prolongación del gesto de quien conoce la veta y la respeta.

En el trabajo de campo lo que se revela es más que una lista de objetos, es una gramática del trabajo, una forma de conocimiento técnico que se transmite oralmente, que se ejerce con el cuerpo entero y que se adapta al entorno con una fineza que rara vez se reconoce desde afuera. Las herramientas del pirquinero no son piezas intercambiables: son saberes, son nombres, son parte del oficio. Cada una responde a un momento determinado, a una textura del terreno, a una estrategia de extracción.

Este repertorio técnico tiene también una lógica estética y simbólica. Las herramientas se oxidan, se doblan, se rajan, pero siguen. No se desechan: se reparan. Esa reparación no es solo funcional, es una forma de memoria. El metal lleva el registro de los cuerpos que lo sostuvieron, del esfuerzo que lo forjó, del saber que lo hizo útil una y otra vez. En ese sentido, las herramientas del pirquinero no son parte de un catálogo: son una biografía colectiva escrita en acero, madera y alambre.

CARTOGRAFÍA ÍNTIMA DEL LABOREO

Cuando conversamos de las herramientas con don Armando, la conversación se abre como un cuaderno antiguo, lleno de anotaciones grabadas en la memoria del cuerpo. Habla con la calma de quien ha pasado más años bajo

los cerros que a la luz del día, con esa generosidad silenciosa que distingue a muchos de los hombres que han hecho de la minería su modo de estar en el mundo. No pretende enseñar, pero enseña; no busca representar a nadie, pero sus palabras traen consigo formas de vivir que solo pueden decirse así: a través del gesto, del nombre preciso, del relato que se comparte sin apuro. Con ese tono sereno y atento, va nombrando herramientas, las palas, un émbolo artesanal, brocas, la picota, las cuñas. En su manera de referirse a cada herramienta revela la experiencia de quien ha convivido con ellas por décadas, de quien conoce cada objeto por su peso, por su función, por su historia.

En un gesto pausado, con palabras precisas, Armando va desgranando los nombres y funciones de sus herramientas como quien despliega un archivo vivo de saber técnico y cultural. Parte hablándome de la pala, en sus diversos tamaños. La menciona primero no porque tenga un lugar jerárquico entre las herramientas, sino porque está a la mano, visible, presente en los labores. Cuando le pregunto por el resto, responde:

Las brocas, el émbolo chiquitito con el que trabajamos nosotros [artesanal], el acuñador, las brocas chicas, las mangueras, el soplador que se conecta a la manguera para soplar los tiros, porque a veces se llenan con agua o con polvo y no entra la mecha en el orificio donde se coloca la dinamita, y si, se sopla bien, con eso ya se puede seguir, y ese sería el kit de perforación (ArA, 2025).

Así lo dice Armando, mientras recorre con la voz y la memoria el inventario íntimo de su mina; cada elemento está vinculado a una función, a un momento preciso del trabajo y también a un saber transmitido. Es una cartografía técnica y situada que ubica cada herramienta en el ciclo completo del laboreo, tejida entre la práctica, la pericia y la experiencia.

En las canchas, cuando el mineral exige mayor precisión, aparecen el harnero y la gallina. “Cuando sale chucuya, se utiliza el harnero chiquitito” (ArA, 2025). El harnero —una estructura de madera con malla u otro material como el metal al que se le hacen orificios— permite tamizar con cuidado, y la gallina remueve el material para hacerlo pasar con fluidez. A su lado, el pato (una especie de rastrillo) ayuda a distribuir el mineral, mientras que la carretilla transporta cargas en espacios estrechos.

Una herramienta que se repite es “el alacrán”, la carretilla con freno frontal que permite controlar el desplazamiento en planos inclinados. Solo quienes han empujado una carretilla cargada por una pendiente comprenden la importancia de ese detalle técnico: un freno puede ser la diferencia entre continuar o desbarrancarse.

Luego, con la misma tranquilidad con que nombra las cosas que ha usado toda la vida, enumera también los martillos: “Luego están los machos —martillos— de cinco, siete, diez, doce hasta dieciocho libras. Se eligen según el tipo de labor, como la profundidad de la veta y la fuerza requerida. Cada uno para lo suyo: unos para machar la colpa, los grandes; para precisión son los chicos” (ArA, 2025). A esos se suman el barreno, las cuñas, macho, soplador, cuchara. Cada herramienta tiene su momento, su roca y su veta, no es azar: es sabiduría situada. Se elige según la veta, según la inclinación del pique, según el tipo de roca y también según la experiencia de quien la sostiene. Incluso la seguridad se organiza bajo esa misma lógica compartida: no se impone, se practica. La escalera de patilla que trepa por la chimenea, la camilla colgada o el letrero oxidado de advertencia no son meros elementos funcionales, sino señales de una moral del cerro, de un cuidado mutuo aprendido en silencio.

Armando dice que se las piden porque las instituciones, como Sernageomin u otros organismos de fiscalización, lo exigen como parte de las normas de seguridad. Ellos las colocan, las mantienen visibles y accesibles, pero el cuidado no empieza ni termina allí. Los pirquineros tienen sus propios códigos, previos a toda regulación escrita, que definen cuándo detenerse, cómo ayudar a otro, qué advertir o cómo bajar con más cautela. Las señales institucionales conviven con una ética más antigua, tejida en el hacer compartido, en la experiencia transmitida y en la memoria del cerro. La camilla, el letrero o la escalera son importantes, pero saben que ninguna de ellas basta por sí sola para marcar la diferencia entre salir bien o no salir de la mina, pero igual la instalan. Lo hacen porque valoran todo lo que pueda proteger, aunque el cuidado verdadero haya empezado mucho antes: en la manera de cavar, en la prudencia con que se baja, en el respeto por la veta y por el otro. No está escrito en ninguna parte, pero todos lo saben. “Nosotros, los artesanales, nos cuidamos” (ArA, 2025), dice Armando, y no lo dice con solemnidad, sino con la certeza de lo vivido.

En sus relatos asoma también la lámpara de carburo, que convive con linternas modernas. Esa coexistencia no les resulta extraña, es parte del modo en que ocurre el trabajo. “Una lámpara de carburo dura más, pero hay que saber usarla. La linterna es más rápida, pero se gasta” (ArA, 2025), comenta, como quien diferencia no entre lo viejo y lo nuevo, sino entre saber usar y solo tener.

LA VETA MESA...

Hay relatos que no se escriben: se sacan a pulso; no se extraen del papel, sino del cuerpo, como se sigue una veta en lo oscuro: con paciencia, con oído, con atención a lo que no siempre se deja ver. Así habla Armando, así hablan los pirquineros, sin pretensión ni alarde, con palabras breves que contienen una vida entera. No explica su oficio desde afuera: lo deja respirar, como quien abre una veta sin romperla, dejando que se muestre sola. En sus frases, en sus pausas, en su forma de nombrar lo vivido aparece algo más que técnica: aparece un modo de estar en la mina y los cerros, una moral tejida en la experiencia, una cultura que se revela a través de él, pero que pertenece a muchos más —a todos los que aún bajan, trabajan, esperan— y que hoy siguen sosteniéndola con su cuerpo y con su temple.

“El oro está en la veta mesa” (ArA, 2025), me dice, y lo repite con una tranquilidad que no necesita convencer. Lo afirma como quien dice algo ya sabido por el cuerpo, por la experiencia, por los años. Y entonces empieza a explicarme, pero no como quien enseña desde arriba: me cuenta como quien confía. “La veta mesa es flaquita, no da mucho al principio. A veces veinte centímetros, cuarenta si tienes suerte. Pero no la soltamos más. Porque uno sabe que esa te lleva al crucero. Ahí sí. Ahí es donde la veta se ensancha y se junta con la parada. Y ahí se hace el oro”.

Ahí. Esa palabra —*ahí*— no señala un lugar físico. Es un momento, un saber del tiempo, una promesa contenida. Armando no está hablando solo de roca. Está hablando de fidelidad, de insistencia, de esa paciencia que solo tienen los que han aprendido que la tierra no se apura, que el oro no se arranca, que hay que seguir la veta como se sigue una historia: con atención y sin cortar camino.

Cuando se habla de seguir la veta, no es metáfora. “Uno la sigue a muerte —dice Armando— porque se va a pillar un crucero. Un crucero es cuando la *veta mesa* llega a la *veta parada*: se juntan, empalman, y ahí se hace el oro... *el crucero*”. La veta mesa puede medir veinte, treinta, hasta cincuenta centímetros; la parada a veces no da ni medio metro, pero juntarse es su destino. “Son como dos hermanos que se abrazan y luego se vuelven a separar”, explica. Para alcanzarla, circan primero por la caja alta o por la caja baja, dos tiros, tres tiros, observan la roca, la escuchan. Con el acuñador sacan la costra y, si la veta se endurece, tiran otro disparo: circar, quebrar, limpiar. Pueden avanzar hasta dos metros así, a mano, midiendo con la vista y el cuerpo. Después, colocan los tiros fuertes, limpian la veta y siguen. Si el crucero se corta, la siguen igual, porque tarde o temprano vuelve a empalmar; el oro siempre queda al medio.

“Uno la sigue como quien sigue algo que va a pasar, porque pasa, siempre pasa. Tarde o temprano, si la sigues bien, llegas al crucero. Ahí se hace el oro. Ahí te das cuenta que no te equivocaste.”

Cuando Armando habla así, no está solo. En su voz resuenan quienes, antes que él, me hablaron del derrotero de la fortuna, del ojo bueno, de los rastros del mineral. Al escucharlo, vuelven a mí todas esas entrevistas y relatos que me fueron confiados con esa calma que nace cuando se comparte el saber desde la confianza, no desde la urgencia. Su relato no es el de un solo hombre: es el eco vivo de una cultura que ha aprendido a leer el cerro, las minas, sin necesidad de medidores ni sensores, porque el cuerpo es el sensor. La escucha es la herramienta. El oído, el tacto, el ritmo del trabajo son sus instrumentos. Es el temple del pirquinero, ese que rebasa los bordes porque los deshace: un compendio encarnado del saber minero artesanal.

Y no es romanticismo. Es técnica. De la fina. De la que no admite error.

“Cuando uno le da a la veta mesa, hay que ver por dónde se va. A veces se va por la caja alta, a veces por la baja, ya que el oro siempre está al medio. Entonces uno le da con cuidado, con dos tiros la vas circando, circando, uno la va escuchando, mirando” (ArA, 2025).

Pero todo eso —escuchar, circar, decidir por dónde seguir— requiere más que fuerza: requiere temple. Ese temple que es paciente, silencioso,

sin alardes. Un temple que nace del cuerpo entrenado, del respeto por la veta, y que permite, incluso en el filo del riesgo, seguir trabajando.

Cuando ocurre el momento de la detonación,

uno cuenta los tiros. Uno, dos, tres... seis, ¿cuántos salen, los ocho?, y salen siete. Uno espera quince minutos, y después los quince minutos entra, y si está el tiro, no ha reventado, hay que sacar el tiro con mucho cuidado, y eso es más que ser experto. Nosotros somos más que eso. Porque arriesgamos que, si tú te pasas a llevar el tiro, te explota. Entonces lo hacemos con cuidado y con nuestra experiencia, sabemos cómo (ArA, 2025).

Hay muchas maneras de sacar un tiro mudo, como le dicen. A veces se moja, a veces se limpia con el agua por ejemplo: “Uno pesca una botella, le hace un hoyito adelante, y tú más o menos lo aprietas, y le sale con fuerza. Entonces uno va limpiando, lo va limpiando... y lo saca” (ArA, 2025).

Si no resulta, se aplican otras técnicas para volver a cargar la mecha. “Pelamos la cabecita del fósforo y lo volvemos a cargar. Porque perder un tiro es perder horas, días, a veces semanas de trabajo” (ArA, 2025). Y entonces, cada gesto se vuelve creación, técnica viva, adaptación.

Pero ese conocimiento, que debería ser reconocido como patrimonio técnico profundo, muchas veces es mirado con sospecha. “Nos miran como si fuéramos peligrosos —dice Armando seriamente— porque sabemos dominar explosivos”. Lo dice con la claridad de quien conoce su lugar: al margen del sistema, pero sosteniéndolo.

Saben medir la mecha, calcular el tiempo, ajustar el disparo. “Colocas diez metros de mecha y eso explota una hora después. Puedes prenderla, acostarte, salir del pique... y después explota, eso es nuestro conocimiento, pero lo ven como amenaza” (ArA, 2025). Porque cuando el saber no obedece, el poder lo vigila. Y mientras más se adapta el pirquinero, más se lo fiscaliza. Como si su experticia fuera un riesgo. Como si su libertad les incomodara.

Este universo técnico no puede entenderse como una colección de objetos, es un sistema simbólico encarnado, es sabiduría situada. Cada herramienta carga una historia, un gesto, un cuerpo. No hay separación entre técnica y cultura, porque cuando falta maquinaria no se detiene el trabajo:

se improvisa, se adapta, se reconfigura el saber. Se hace minería con alambre, con fierro viejo, con fósforo, con la memoria del brazo que ha golpeado mil veces el mismo cerro.

En la palabra de Armando están también los que ya no están, los que dejaron su sudor en la roca y su huella en la veta más angosta, porque incluso allí —en esa hebra diminuta de mineral— supieron ver algo más grande: la esperanza. Porque incluso en el filo de lo invisible, el pirquinero insiste. Porque sabe, sin que nadie se lo diga, que en esa veta puede estar el derrotero de la fortuna, el crucero. Y no se trata solo de oro. Se trata de dignidad. De libertad. De sostener la vida con las propias manos, a pesar de todo.

Lo que aquí se documenta no es un inventario, es una forma de vida que persiste en su hacer, que resiste a desaparecer, que se hereda sin fórmulas. Una cultura que sigue viva porque está inscrita en la materia, en el gesto y en el cuerpo, y en cada herramienta que, al ser usada, se transforma también en símbolo de un mundo más amplio: el de quienes trabajan la tierra con sus manos, con su ingenio, con su memoria.

REPARACIÓN DE HERRAMIENTAS

La reparación de herramientas es una competencia inherente al oficio del pirquinero, que le permite seguir avanzando en sus labores; sin ellas, el trabajo se vuelve infructuoso, más lento o derechamente más caro si debiera depender de un externo. Resulta significativo que, en la Sierra Jesús María, estén disponibles libremente los implementos necesarios para repararlas de manera artesanal. Su uso solo requiere de los conocimientos y saberes que el pirquinero ha acumulado, para aprovecharlos en forma óptima y recomponer sus propias herramientas.

Algunos, como Juan Valladares, comentan que estos conocimientos se traducen en mecanismos prácticos. La cadena de mecanismos aplicados contempla el temple del metal, la reconstitución y el manejo de la bigornia, el yunque, la fragua, el fuelle y las pinzas. Me explicaban que el pirquinero está obligado a reparar sus propias herramientas cada vez que es necesario, por lo que también debe manejar la fragua. En estas tareas se vale de utensilios como la bigornia —una suerte de yunque que sirve como

base para martillar las herramientas tras pasar por la fragua—, los fuelles y las pinzas o tenazas. La última etapa —que ratifica el alto grado de independencia y conocimiento que caracteriza el oficio— corresponde al refinamiento y venta del metal.

El temple del fierro es una de las técnicas más críticas en la reparación de herramientas, ya que determina la durabilidad y resistencia del metal bajo las condiciones extremas de la minería. Este proceso comienza en la fragua, una estructura de ladrillo o piedra que contiene el fuego alimentado por carbón coque. El coque es elegido por su capacidad para alcanzar y mantener altas temperaturas, esenciales para modificar la estructura interna del fierro.

El proceso de calentamiento es delicado y requiere un ojo entrenado. El fierro se coloca en la fragua hasta que adquiere un color rojo vivo. Este color es crucial, ya que indica que ha alcanzado la temperatura de recristalización, generalmente entre ochocientos y mil grados Celsius. Un buen pirquinero sabe juzgar el momento exacto en que el fierro está listo para ser templado, basándose en la experiencia y en la observación precisa del color del metal.

Inmediatamente después de ser retirado de la fragua, el fierro se sumerge en un medio de enfriamiento, que puede ser agua fría o aceite. Jim Casanova explica acabadamente que la elección del medio de enfriamiento varía según el tipo de herramienta y la dureza deseada. El agua produce un temple más duro pero también más frágil, mientras que el aceite proporciona una dureza moderada con mayor resistencia a la fractura (JC, 2025). El contacto del metal caliente con el líquido crea un vapor que envuelve la herramienta, enfriándola rápidamente y alterando su estructura molecular. Es en este momento cuando se define la calidad del temple: el fierro adquiere un tono oscuro, casi negro, que indica un endurecimiento exitoso.

La reparación no termina con el temple. Las herramientas deben ser afiladas y moldeadas para asegurar su eficacia en la mina. El afilado se realiza tradicionalmente en una piedra de esmeril, girada manualmente o mediante un sistema de pedales. El objetivo es mantener un filo agudo en herramientas como las cuñas y los barrenos, que les permita penetrar la roca sin deformarse. Este afilado se realiza en varias fases, comenzando

con un desgaste grueso para eliminar imperfecciones y continuar con un afinado más fino que da lugar a un borde preciso. La experiencia del minero es clave para determinar el ángulo exacto del filo, lo cual influye directamente en la capacidad de la herramienta para cortar o perforar la roca.

Las brocas, que son herramientas especializadas para perforar, requieren un cuidado particular. En la antigüedad, las brocas eran hechas de acero al carbono y se afilaban a mano. Cada broca debía ser cuidadosamente evaluada antes de ser utilizada. Si mostraba signos de desgaste, se calentaba en la fragua y se martilleaba para restaurar su forma. Posteriormente, se afilaba en la piedra de esmeril hasta que recuperaba su capacidad de penetración.

Además del trabajo con el fierro y el acero, los pirquineros manejan otras herramientas, como las barretas y las cuñas. Estas se utilizan para despejar bloques de roca suelta que puedan ser peligrosos en la mina. Las cuñas, en particular, deben tener puntas agudas y una estructura que soporte el impacto constante del martillo. Al igual que con las brocas, el proceso de reparación implica el temple y el afilado, asegurando que puedan cumplir su función sin riesgo de fracturarse.

Este conocimiento también incluye el mantenimiento de las fraguas y otros equipos esenciales. La fragua debe ser revisada y restaurada regularmente. El carbón debe ser almacenado en condiciones secas para mantener su eficacia y los fuelles que alimentan el fuego con aire deben estar en buen estado para asegurar una combustión eficiente.

La secuencia de acciones prácticas incluye las técnicas de reparación de herramientas, que no son meras tareas de mantenimiento, sino prácticas culturales que han sido perfeccionadas a lo largo de generaciones, cada paso cargado de precisión y conocimiento acumulado.

Cada herramienta reparada lleva consigo las marcas del trabajo del pirquinero, quien las conoce como extensiones de su propio cuerpo. Mantenerlas en perfectas condiciones es no solo una necesidad, sino también un arte. En un oficio donde el éxito depende tanto de la habilidad manual como de la destreza técnica; saber reparar herramientas es lo que permite al pirquinero enfrentar la dureza de la mina con confianza. Es un conocimiento transmitido de generación en generación, que encapsula la esencia misma de la minería artesanal.

REFLEXIONES: SABERES QUE SE ENCARNAN, CULTURA QUE SE RESISTE

Cada gesto, cada herramienta, cada forma de nombrar y de hacer está cargada de significado. La cultura pirquinera, en este sentido, no es un fondo pasivo que rodea la mina, sino el entramado de significados que hacen que el oficio exista.

Cuando un pirquinero apirea un capacho de cincuenta kilos sin ayuda de maquinaria no solo transporta mineral, sino que también afirma un modo de vida. Cuando puruña con un cacho negro bajo la luz del sol nortino, lee el oro como quien descifra una señal codificada. Cuando afila su broca con temple y precisión, encarna una pericia que no es ajena a su cuerpo: vive en sus manos. Esa es la sabiduría situada, un conocimiento que no se adquiere sumando datos, sino que primero se siente y luego se comprende. Un saber que se transmite en el hacer cotidiano, en el error corregido, en la conversación con los otros y con el cerro.

En este tejido simbólico, la figura del pirquinero emerge no solo como un experto en técnica, sino como un modelo de vida. No se trata simplemente de quien domina todas las etapas del proceso extractivo, sino de quien encarna los valores fundamentales del oficio: autonomía, perseverancia, honestidad, humildad, resistencia y libertad. Es un hombre —o una mujer— que no delega su saber, que se repara a sí mismo, que elige por dónde barrenar y cómo cuidar sus herramientas. Que sabe leer el cerro, pero también aceptar sus tiempos, su silencio, su negativa o su regalo.

Desde el marco reflexivo que plantea Rosana Guber, podemos entender que estos saberes no son meramente prácticos ni técnicos, sino que constituyen una forma de vida reflexiva (Guber, 2011, p. 155). En otras palabras, el pirquinero no actúa por repetición, sino porque ha pensado con su cuerpo, con su historia y con su memoria cada una de sus decisiones. Sus conocimientos no se abstraen en teorías; se sedimentan en la experiencia, en las cicatrices, en la mirada que distingue el oro del engaño.

A través de los relatos recopilados se puede observar cómo esta cultura se transmite sin manuales, sin escuelas formales, pero con una claridad pedagógica profunda. El saber se comparte en las minas en la observación silenciosa, en la corrección amable del error del otro. Muchas veces, quien enseña

no es un padre, sino un compañero de mina, un tío lejano o incluso el cerro mismo. Se aprende escuchando el eco del golpe, reconociendo la debilidad de la veta o comprendiendo que el oro no siempre se ve, pero se siente.

Este sistema simbólico está tensionado por condiciones materiales complejas o carentes, por ciclos de incertidumbre económica, por la explotación legal e informal, por el riesgo constante. Y, sin embargo, resiste. El pirquinero continúa trabajando, aun sin herramientas, aun sin regalías, aun sin garantías. Porque en ese gesto hay algo más que técnica: hay sentido, hay arraigo, hay dignidad.

Como me lo repitieron una y otra vez —Juan, Lorenzo, José, Aliro, Rubén, Raúl, Marcelo, Luis, Maguiro, Pedro, Carmelo y tantos más presentes en sus voces, que me guiaron por los senderos y me invitaron a descender al pirquén—: “A uno nunca le cortan las manos”.

Esa frase condensa el principio cardinal de la cultura pirquinera: la autonomía radical. El pirquinero puede quedar sin torno, sin huinche, sin compresor, incluso sin mina, pero jamás se queda sin oficio, porque el oficio no reside en la herramienta por sí sola; vive en el cuerpo, en ese saber sempiterno.

En tiempos en que el conocimiento técnico suele desligarse de su contexto vital, la minería artesanal —y, en particular, la cultura pirquinera de la sierra Jesús María— ofrece una lección de dignidad, libertad y resistencia. Nos recuerda que ningún saber puede desgajarse de los cerros que lo engendran ni del cuerpo que lo encarna. Revela que hay oficios que desbordan cualquier frontera y que ciertos conocimientos se labran en la roca y se pronuncian en silencio.

En este capítulo se podría decir que se ha descrito un proceso de explotación. Podríamos dejarlo ahí, en la superficie de los verbos. Pero basta caminar un tramo junto a quienes barrenan a mano, sentir cómo el golpe de la barreta se repite hasta doler en el propio brazo, verlos puruñar al amanecer mientras el cerro todavía guarda frío, observar cómo ajustan, una y otra vez, sus herramientas en la fragua, para que esa idea se vuelva insuficiente. Allí, en la aparente simpleza de la rutina, se hace evidente que es imposible mirar solo la explotación. En cada gesto se enreda cálculo y memoria, cansancio y esperanza: se va tejiendo un entramado simbólico

que no se enuncia en voz alta, pero que se aprende con el cuerpo y se deposita en la piel como una sabiduría situada que acompaña cada decisión bajo tierra y en la superficie.

La pirquinería no cabe en la etiqueta de “pequeña minería” ni se deja encerrar en la palabra trabajo. Es, a la vez, trabajo y manera de estar en el mundo; es forma de habitar el cerro y de habitarse a sí mismos. En la manera de leer una veta —apoyando la mano en la roca, afinando el oído para escuchar el eco, desconfiando o confiando en el brillo— se enlazan quienes estuvieron antes con quienes hoy siguen insistiendo en las mismas sierras. Cuidar una pertenencia heredada, pagar una patente que ahoga, volver a empezar después de cada broceo, no son solo actos técnicos: son modos de sostener un legado que se transmite como historia, como consejo, como advertencia, como ejemplo. Lo artesanal no aparece aquí como un adorno pintoresco, sino como la posibilidad de inventar y adaptar, de sostener la vida en un paisaje que muchas veces les es hostil y que, sin embargo, siguen reconociendo como propio.

Por eso, contar esta vida no es un simple relato técnico ni una curiosidad lateral: es un acto de justicia. Nombrar a los pirquineros, seguir sus pasos, detenernos en lo que otros llaman “detalle” es reconocer que, en esos detalles, se juegan su orgullo, su temple y una forma de libertad que no se deja medir en contratos ni horarios. Al escribir sobre ellos, aunque sea por un momento, se abre una grieta en el silencio que los ha rodeado durante décadas, y el cerro —a través de sus manos, de su esfuerzo y de su fe— encuentra también un modo de ser oído.

No es fácil ver lo que no se quiere ver, ni aquello que durante décadas se ha mantenido fuera de cuadro: esa esperanza, esa fe y ese entendimiento del mundo que sobrepasa lo que muchos alcanzan a notar en el cotidiano. Por eso, contar esta vida no es un apéndice ni una anécdota: es un acto de justicia. Nombrar a los pirquineros, seguir sus pasos, detenernos en lo que otros desprecian como “detalle”, es reconocer que, en esos detalles, se afirma una libertad que no se parece a la de los papeles ni a la de los relojes. Es una libertad que se sostiene en lugares a los que muy pocos se atreven a entrar y que, aun así, insiste en no dejarse borrar. Escribir sobre ellos es, al mismo tiempo, gesto de respeto y de reconocimiento: dejar constancia

de que aquí están, de que han estado siempre, y de que su mundo merece ser mirado con la misma seriedad con que ellos miran al cerro cuando se preparan, una vez más, para entrar.

Hemos escuchado su voz, su silencio, su fatiga y su porfía. Y, al hacerlo, se puede ver una vez más que la vida del pirquinero no solo es dura; es, sobre todo, digna de ser contada y contarla es, también, un acto de justicia.



Sentado en la quietud del cerro, su mirada honda guarda el devenir pirquinero: espera atenta, y silencio que persiste cuando todo parece ceder.

LA VIDA DEL PIRQUINERO

UMBRALES

Hay paisajes que no se dejan mirar desde lejos. Para verlos, hay que caminar, respirar su polvo, dejar que el silencio se instale sin apuro. La vida del pirquinero es uno de esos paisajes. No se explica, no se define, no se resume, se vive, se intuye. Se atraviesa con respeto y, sobre todo, se escucha. Escuchar no como acto pasivo, sino como una forma profunda de relación. Escuchar con los pies, con el cuerpo entero, con el recuerdo y la presencia al mismo tiempo.

Aquí no se trata solo de trabajo. Tampoco de una ocupación marginal, como suelen llamarla los sistemas que clasifican sin comprender. La pirquinería es una cultura. Un modo de habitar el tiempo y los cerros, con códigos propios, conocimientos profundos de las técnicas artesanales y con sentidos tejidos a lo largo de generaciones. Una cultura densa, silenciosa y resistente que no se declara, pero que se vive en cada gesto. Por eso, este texto no busca explicar desde afuera. Busca acompañar desde dentro. Relatar lo que se toca, lo que se intuye, lo que a veces ni siquiera se puede decir con palabras.

Para entrar en la vida del pirquinero hay que desarmar las categorías. Soltar, aunque sea por un momento, la lógica que divide, que separa, que mide y ordena. En la sierra todo se mezcla: el valor no camina solo, va tomado de la mano del miedo; la fe se confunde con la costumbre; el esfuerzo se vuelve paisaje y el silencio también es lenguaje.

En el interior del cerro, ese silencio es profundamente simbólico. Como me explicaban en sus cotidianos dentro del pirquén, siempre se insistía en que había que tener paciencia. “En la mina hay que trabajar con paciencia y con respeto —me decían—, de lo contrario, puede brocear: la mina se enoja, se cierra, te protege o castiga”.

Con el cerro se establece una relación íntima que solo puede comprenderse en el roce diario, en esa conversación muda que se repite una y otra vez sin necesidad de palabras.

Los relatos que siguen no son capítulos cerrados. Son entradas posibles a ese universo. Cada sección es un intento por asomarse a un fragmento

del todo. Como vetas, algunas se abren desde los valores que sostienen el alma pirquinera; otras, desde la piel del cuerpo que perfora y carga; otras, desde la convivencia subterránea y el vínculo entre compañeros; otras, desde la técnica aprendida, heredada, modificada. Ninguna de ellas está completa sin las otras. Ninguna pretende decirlo todo, pero juntas se acercan al corazón de esa vida.

No es fácil narrar lo que no se deja ver. Mucho de lo vivido allí, bajo tierra, resiste el lenguaje. Hay frases que nacen solo en la profundidad, donde se respira el mismo polvo, se comparte el mismo miedo y se confía la vida en manos de los pirquineros. Algunos fragmentos que leerán a continuación llevan también mi propia huella. No porque yo importe más que quienes me hablaron, sino porque el relato etnográfico es, ante todo, un encuentro, y una no sale ilesa de esos encuentros. Queda la respiración detenida, como cuando el cerro cruje. Queda la memoria abierta, como una veta recién circada, y queda también la necesidad de seguir descendiendo; porque todavía hay más por escuchar.

VALORES QUE SOSTIENEN LA VIDA DEL PIRQUINERO

Hay vidas que no caben en ninguna categoría. Vidas que no se contienen en los bordes de un oficio porque los desbordan silenciosamente no por rebeldía, sino por densidad. La del pirquinero es una de esas vidas. No puede medirse en jornadas ni clasificarse mediante estadísticas, pues es una forma de estar en el mundo que no responde a lógicas funcionales.

En la sierra el tiempo no avanza como en otros lugares: se curva, se detiene, respira. Bajo tierra, en el pique, el silencio no es ausencia sino sustancia, interrumpido apenas por el eco de los pasos y el golpeteo sordo del martillo; en ese ritmo pausado, denso y contenido, cada movimiento cobra sentido. No se trata únicamente de extraer mineral: cada gesto, cada espera, cada mirada al cerro está cargada de un saber profundo que no se ajusta a la educación como la mayoría la entiende. Es un conocimiento que se transmite con el cuerpo, con las miradas, con la palabra justa y con un lenguaje corporal cuyo fondo es el silencio: un silencio atento a todo, que escucha y enseña desde el propio cuerpo. En ese silencio se aprende

no solo cómo extraer, sino cómo comprender más allá de lo visible, en este devenir pirquinero que no entiende de temporalidades lineales y que se hace sabiduría en el hacer.

El tiempo allí no es lineal, es circular. Vuelto sobre sí mismo, se vive entre pausas, repeticiones, memoria y percepción. Esta circularidad no es estática ni conformista. Es una forma activa de habitar: cada gesto vuelve, pero nunca idéntico, se repite con variación, como una respiración. Lo que parece rutina es, en realidad, aprendizaje acumulado. Es saber encarnado, afinado por el cuerpo, compartido sin necesidad de palabras. Un tiempo vivido desde la experiencia corporal, comunitaria y técnica, no desde relojes externos. Como señaló Geertz, “el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido” (1989, p. 20). En la mina, ese entramado no se articula en conceptos, sino en prácticas que se afinan en el silencio.

He estado allí no para ponerme en el centro, sino para dejar que ellos hablen a través del relato. El silencio no me pertenece, pero lo he sentido. Lo que aprendí no me fue dicho directamente, sino transmitido en los gestos de quienes bajan al pique con respeto, que esperan sin apuro, que confían en el cerro como quien confía en alguien querido. El trabajo se vuelve relación. La veta, posibilidad. Y la conversación con el cerro, aunque muda, está cargada de significado.

Los pirquineros no se nombran como tales por simple oficio, sino porque han hecho de esa vida un modo ético y simbólico de estar. No hay romanticismo en sus palabras, sino lucidez. La dureza del trabajo convive con la belleza de encontrar una veta, con el acto de compartir un pan en la bocamina, con la humildad de saber que el cerro no se domina. A veces concede, a veces se retira. Y ese pacto —ese vínculo invisible— es también cultura. Es dignidad tejida en el polvo, en la paciencia, en la persistencia silenciosa de quienes han hecho del sacrificio una forma de esperanza.

No es solo una manera de trabajar: es una forma de estar en el mundo, de relacionarse con él, con el tiempo y con los otros. Es una cultura entera, labrada a fuerza de silencio, sol y oscuridad. Una identidad que se reafirma en cada jornada bajo tierra, en cada paso por la sierra, en cada promesa no dicha pero compartida. Ese conocimiento que nace de la práctica concreta, que se construye entre varios y se inscribe en el cuerpo y en la memoria, puede leerse

como una sabiduría situada: una comprensión que surge desde dentro, desde el contexto vivido, desde un cuerpo que hace, recuerda y vuelve a hacer.

Esta sabiduría no se define por la ausencia de tecnología, sino por el modo en que el trabajo y la decisión se sostienen desde una lógica artesanal. Es decir, lo artesanal no excluye herramientas semimecanizadas; más bien, se refiere a una forma de relación con el cerro, donde el cuerpo del pirquinero sigue siendo la herramienta principal de lectura y de interpretación. El uso de un huinche, una perforadora o un compresor no anula este saber si quienes los utilizan lo hacen desde la atención, desde la escucha, desde la memoria encarnada que les permite “sentir” cuándo seguir, cuándo parar, cuándo el cerro “habla”.

Lo que pone en riesgo esta sabiduría no es la herramienta en sí, sino el desplazamiento del cuerpo como centro del saber. Cuando la lógica del trabajo se rige por la velocidad externa, por la maximización extractiva o por la dependencia exclusiva de la máquina, se interrumpe la transmisión sensible. Como dijo Juan Araya: “Con estas perforadoras modernas el cerro ya no se escucha” (JA, 2017).

Por eso, hablar de sabiduría situada en este contexto es también hablar de un equilibrio delicado: el que permite que ciertas herramientas amplíen la capacidad del trabajo sin romper el vínculo con el territorio. El cerro no es un recurso que se explota; es una presencia que se interpreta y, para eso, el saber no puede desplazarse del cuerpo. Aunque se modernice la técnica, mientras el conocimiento se siga gestando en la práctica, mientras se respete el ritmo propio del cerro, la sabiduría persiste. La técnica cambia, pero el vínculo permanece.

Así, lo que define esta sabiduría no es solo la herramienta que se usa, sino también la forma en que se sigue comprendiendo el trabajo, adaptándose a las condiciones que se presentan: no como un acto de control, sino como una forma de interpretar el mundo, de sostener la vida y de resistir desde el hacer³.

³ Como señala Guber, “el conocimiento social que se produce en las relaciones prácticas no es simplemente observable, sino que está encarnado en modos de hacer, decir y sentir que remiten a órdenes de sentido colectivos, aprendidos en la experiencia” (2021, p. 102). Este tipo de saber —como el del pirquinero— no se comunica como información abstracta, sino que se vive, se transmite en la práctica y se comprende solo desde adentro. Por eso, la sabiduría situada no es una técnica ni un repertorio, sino una forma de interpretar y sostener el mundo.

El pirquinero no trabaja solo con sus manos: su cuerpo entero se convierte en instrumento de lectura. Escucha el crujido de una piedra suelta, respira el olor del mineral, observa las vetas con una mirada que ha sido formada por años de experiencia. Su relación con el cerro no es técnica, es íntima. Como en aquella escena en que don José Santos, que me mostraba cómo detectar una veta por el color tenue de una grieta que parecía invisible para mí, pero evidente para él. En ese momento, comprendí que interpretar las minas no era un acto de lectura aislada, sino una forma de conocimiento incorporado, silencioso, transmitido entre generaciones y entre quienes trabajan juntos. Esta interpretación no se aprende ni se hereda como receta; se cultiva en la práctica compartida, en la observación y en la espera paciente. Es ahí donde los valores que configuran la cultura pirquinera —el respeto, la libertad, la fe— encuentran su raíz más profunda: en una relación de reciprocidad con la mina donde cada gesto importa y cada decisión se toma con una conciencia ética densa, situada y compartida. Lo escucha, lo huele, lo observa. Lee sus señales, se detiene ante su silencio, responde a sus vetas. Su conocimiento es sensible, profundamente situado, tejido con años de experiencia, intuición y memoria. Este saber no surge del azar ni de la técnica industrial, sino de una convivencia intensa con las rocas, metales y vetas, donde el cerro es agente, interlocutor y, a veces, adversario. No se trata de decir que “no solo trabaja”, sino de reconocer que su trabajo es interpretación profunda de un mundo vivo. Como dijo Darío Gálvez, en una frase que condensa su vínculo con el cerro: “Hoy me habló bajito, pero me dijo dónde mirar” (DG, 2000). Esa expresión no necesita repetirse porque ya expresa de manera sensible y poderosa una forma de confianza tejida desde el silencio.

Esa relación con el cerro es un vínculo que sostiene valores fundamentales como el respeto, el sacrificio, la fe y la libertad. No se trata solamente de saber cómo se comporta el cerro, sino de reconocer en él un interlocutor. Ese vínculo refuerza el respeto como una ética situada que se construye en la acción concreta, la fe como una convicción forjada en la práctica diaria más que en la creencia explícita y la libertad como una elección reiterada que se confirma en cada jornada. Son formas de sentido que no se predicán, sino que se activan y se sostienen en la interacción constante

con la mina y con los otros. En lugar de ser una relación utilitaria, es una forma de cuidado mutuo, donde el cerro también pone condiciones. A través de esta escucha, el pirquinero reafirma sus valores y su forma de estar en el mundo, lo que convierte cada jornada no en mera búsqueda de riqueza, sino en una práctica cargada de sentido. Lo que otros nombran precariedad, el pirquinero lo vive como libertad, y es que la libertad es uno de los valores más visibles y malinterpretados de su mundo. “Aquí uno es libre, no hay patrón, no hay quien mande” (JV, 2000), decía Juan Valladares. Esa libertad, sin embargo, tiene un precio. Cuesta cuerpo, cuesta sudor, cuesta incertidumbre. Como afirmaba José Santos Escobar: “Soy pobre pero libre. No le debo a nadie” (JSE, 2001). Elegir cuándo bajar, cómo trabajar y cuándo volver implica también asumir los riesgos con dignidad. La libertad en el cerro no es un derecho concedido, sino una práctica cotidiana que implica decisión y responsabilidad. Como lo expresó don Fidel Molina: “Aquí uno se manda solo. Nadie te dice qué hacer; pero eso también es una responsabilidad” (FM, 2000).

La libertad se vive en la soledad del pique, pero también en la alianza silenciosa con los otros que bajan. Ese ejercicio de libertad está profundamente ligado al sacrificio. No como castigo, sino como consecuencia lógica de una elección vital. “Uno entrega su cuerpo al cerro, y el cerro a veces responde y otras no; pero igual uno vuelve” (DG, 2000), explicó Darío Gálvez. La entrega diaria no es romántica, es concreta: implica exposición, dolor físico, desgaste progresivo. Es el costo asumido de una decisión existencial. Este sacrificio se sostiene en una forma de fe práctica: la perseverancia. A diferencia de una fe abstracta o doctrinaria, esta se manifiesta en la acción persistente, en seguir golpeando la roca y extrayendo el metal cuando el cansancio aprieta, en bajar nuevamente al pique a pesar del vacío de días sin hallazgo. Es una fe tejida con cuerpo, sudor y silencio, donde cada jornada es una apuesta sin certezas. Como recordaba Juan Valladares: “Aquí gana el que aguanta. El que insiste, ese encuentra” (JV, 2001). Esa frase, repetida por varios, no nace del optimismo ingenuo, sino de una experiencia tejida en la fatiga diaria. Habla de una perseverancia encarnada que se construye en la práctica compartida, donde el cuerpo aprende a esperar sin rendirse y el silencio se convierte en parte del trabajo.

Esta fe no se impone ni se enseña: se transmite en el gesto persistente del compañero, en la mirada que no se rinde, en el silencio compartido que sostiene el ánimo. Como él mismo decía en otro momento:

La veta no aparece fácil. A veces el cerro guarda silencio largo, como si pusiera a prueba la convicción, y justo cuando la fatiga roza el abandono, aparece una veta. Es entonces cuando se comprende que la perseverancia no es solo insistencia, sino una forma de relación con el tiempo del cerro. Por eso hay que tenerle paciencia al cerro, no desesperarse (JA, 2016).

Esa paciencia no es resignación: es sabiduría tejida en el cansancio y en el cuerpo. Es saber que la veta puede estar a centímetros y que solo quien insiste con humildad la alcanza. Carmelo Pinto lo decía sin alardes: “Cuando uno se desespera, el pique se cierra” (CP, 2000). Esa frase se convirtió en advertencia y enseñanza. La ansiedad, la prisa, la codicia, todas son mal recibidas en el cerro. Por eso, la perseverancia del pirquinero se convierte en una ética del cuidado y del tiempo, en una manera concreta de vivir la fe. No es una fe declarativa, sino una forma de sostener el sentido, de seguir golpeando la roca, insistir en el punto cuando nada aparece, de levantarse al día siguiente sin promesa de hallazgo. Esa fe práctica —esa forma de no abandonar— se vuelve experiencia colectiva. Se refuerza en el que vuelve al pique contigo, en el que no se rinde, en el que comparte el silencio. Allí se gesta una forma de confianza en el cerro, en el compañero y en el oficio. Y esa confianza no se predica, se demuestra. Es un lenguaje sin palabras que organiza la vida, que orienta la decisión diaria de volver. En este mundo, la resistencia se vuelve una forma de fe, y esa fe, en una manera de compartir destino.

Esta perseverancia está atravesada por la esperanza. No se trata de un sentimiento vago o una emoción pasajera. Es una certeza íntima, cultivada en la repetición de la espera, en la costumbre de no rendirse. “Uno viene porque cree que va a encontrar. Si no creyera, no vendría” (JA, 2016), decía nuevamente Juan Araya. Y en ese testimonio se revela que la esperanza no es una ilusión ingenua, sino una forma concreta de sostenerse. En la vida pirquinera, la esperanza no habita en el futuro idealizado, sino en el próximo metro de veta, en la próxima jornada que quizás cambie todo. Es un impulso

invisible que permite al cuerpo levantarse tras la frustración, que mueve las manos a pesar de la fatiga, que acompaña en los silencios más largos.

Marcelo González la nombraba con palabras sencillas pero certeras: “Hay que tenerle fe al cerro”. En otra conversación decía con convicción: “Todo minero tiene la esperanza de que le salga bien. Porque minero que no tiene esperanza, mejor que no sea minero; hay que tratar de trabajar con fe, con ánimo y fe” (MG, 2001). La esperanza, entonces, no es solo un recurso interior, sino un criterio para existir como pirquinero. Esta frase refuerza cómo la esperanza se convierte en medida de pertenencia: no se puede sostener este oficio si no se cultiva esa convicción cotidiana de que el cerro puede dar. Esa fe no tiene iglesia ni ritual oficial, pero sí una liturgia de gestos cotidianos que la hacen carne: mirar al cerro con respeto, volver al pique sin garantías, dejar un metalito en agradecimiento, encomendarse a la Virgen de la Candelaria o San Lorenzo, como también a algún familiar o persona que representa protección. La esperanza se enraíza en ese saber que, aun cuando el cerro guarde silencio por semanas, puede regalar una veta en cualquier momento, y, en ese sentido, la esperanza se convierte en la forma más persistente de la libertad: la que no clama, pero insiste. La que no promete, pero sostiene. Y en esa perseverancia, en esa constancia silenciosa, se revela otro valor inseparable: el respeto.

Este respeto al cerro es una dimensión ética central. No es respeto simbólico solamente: es respeto vital. “Uno no juega con el pique. Uno le habla con respeto, porque si no, te pasa la cuenta” (CP, 2000), afirmaba Carmelo Pinto. Marcelo González lo expresaba de manera similar: “El cerro castiga al codicioso” (MG, 2001). Esa ética no escrita rige cada gesto. Entrar al pique requiere silencio, gesto pausado, mente clara. Quien irrumpe con soberbia es corregido por el cerro.

Ese respeto también se manifiesta en los gestos cotidianos que garantizan la seguridad y la vida en el cerro. El cuidado de las herramientas, la atención al entorno y el trato con el compañero no son meros detalles técnicos, sino expresiones de una ética relacional. Como decía Carmelo Pinto: “Uno cuida la barreta porque también cuida la vida. Si se suelta, se mata” (CP, 2001). Aquí, cada gesto tiene memoria y cada herramienta lleva la huella de quien la utiliza. Así, el respeto se transforma en una práctica integral que enlaza

lo técnico, lo simbólico y lo humano, abriendo paso a la solidaridad como su continuidad natural. Porque quien respeta al cerro, respeta también al que baja con él.

De ese respeto denso y compartido emerge otra dimensión ética fundamental: la solidaridad. No es simplemente un valor añadido, sino una prolongación natural de la conciencia compartida que el cerro exige y enseña, pues la vida en el cerro se sostiene colectivamente. Nadie deja de ver al otro en sus rutinas y si algo cambia ellos no se quedan sin confirmar que el otro está bien. No hay competencia: hay interdependencia.

La solidaridad se practica en el gesto pequeño: en compartir agua, en revisar que la cuerda esté bien asegurada, en cargar juntos el mineral cuando alguien está cansado. Son actos no solo de apoyo físico, sino de una ética del cuidado que se manifiesta sin necesidad de palabras. Cada uno de estos gestos encarna una responsabilidad mutua, una conciencia de que la vida en el cerro depende del otro. No es altruismo ocasional: es reciprocidad constante. Esta solidaridad, en su expresión más elemental, sostiene el conjunto de valores que definen la cultura pirquinera. En ella se entrelazan el respeto, la confianza, la lealtad y la memoria. Porque en el cerro, saberse acompañado no solo es tranquilizador, es una garantía de vida. Como afirmaba Marcelo González: “Uno sabe que, si te pasa algo, el otro te va a sacar aunque no tenga fuerzas; porque aquí nadie queda abajo” (MG, 2001). Es en ese tipo de acciones donde se construye un sentido de comunidad que va más allá del trabajo: se transforma en una manera de estar juntos, de resistir juntos, de vivir con otros.

La familia, en tanto espacio de formación inicial, transmite los valores de respeto, sacrificio y esperanza desde los primeros años. Lo hace a través de gestos, relatos, cuidados y silencios. Pero el foco aquí no es desarrollar esa dimensión, sino señalar que esos valores —que luego se encarnan en el cerro— encuentran en la familia un primer terreno fértil. El resto de esta transmisión será desarrollada en el capítulo siguiente, donde exploraremos en profundidad cómo se heredan saberes, técnicas y sensibilidades desde lo cotidiano.

Los valores no están separados ni actúan por separado: forman una trama viva. No son principios aislados, sino fuerzas simbólicas que dialogan entre

sí, que se refuerzan mutuamente y configuran una manera irreductible de habitar el mundo. La libertad, por ejemplo, no podría sostenerse sin el sacrificio del cuerpo, que elige trabajar sin patrón. Ese sacrificio encuentra sentido solo cuando se convierte en perseverancia compartida. La perseverancia, a su vez, no se sostiene sin una fe práctica que la impulse. Y esa fe, encarnada en jornadas duras y silenciosas, se vuelve esperanza cuando, a pesar de todo, el pirquinero regresa al cerro con la certeza de que algo puede cambiar. Todo esto se regula con respeto al cerro, al otro y a uno mismo, y encuentra su sostén más firme en la solidaridad que hace posible seguir. Esta red de valores es la base del sistema simbólico pirquinero: un universo donde lo ético, lo técnico y lo afectivo no están escindidos, sino profundamente trenzados. Cada decisión —cuándo entrar al pique, cómo tratar al compañero, cómo interpretar una señal del cerro— se halla atravesada por este entrelazamiento. Así, la cultura pirquinera no se predica, se practica: es una ética vivida y heredada que se vuelve forma de estar en el mundo, de resistir con dignidad, de interpretar el tiempo, la tierra y el destino.

Estos valores no son añadidos ni ornamentos morales: son el entramado que configura el modo de vida pirquinero. Sobre esa base se decide cómo trabajar, cómo resistir, cómo cuidar al otro. En cada gesto, en cada silencio compartido, en cada elección diaria se expresa esta red simbólica que sostiene una cultura viva, que no necesita permiso para existir porque mientras haya cerro, y mientras haya quien se atreva a escucharlo, habrá pirquineros. Y, con ellos, esta forma digna y compleja de habitar el mundo.

EL HOMBRE LIBRE: ENCARNACIÓN DE UNA CULTURA

El pirquinero es un hombre sembrado en las serranías, como una raíz profunda que no solo se aferra a la tierra que lo formó, sino que también la escucha, la respira y la interpreta con el cuerpo entero. Su andar no es errático, sino preciso, como quien conoce cada grieta del subsuelo, cada respiración del cerro que lo llama por su nombre. No solo desciende a la mina: se adentra en sus entrañas como quien vuelve a una casa sin techo, como quien responde al llamado sordo y profundo del origen. Habita la sombra, el polvo y la tensión con la familiaridad de quien ha hecho de la penumbra un territorio propio.

Allí, en el ritual del golpe que repite lo heredado, en la elección minuciosa de la mecha, en el modo de apirear con el capacho al hombro, en la forma de traducir con la oreja el rumor de la veta, se inscribe algo más que técnica: se manifiesta una cultura vivida, sentida, recreada. En la profundidad donde el aire se aprieta y la piedra respira con dificultad, el pirquinero no solo extrae: decodifica un lenguaje mineral que ha aprendido con el cuerpo entero. En ese gesto silente y firme no solo persigue oro: afirma, con cada palada, un modo de vida que se resiste a desaparecer.

Camina con el capacho al hombro, apireando al ritmo que dicta el cerro, sin prisa ni calendario. Donde la luz es un titubeo y la tierra se traga los sonidos, se enciende la certeza íntima de su libertad. No es un minero más: es un pirquinero que encarna la libertad como forma de existencia. Uno que ha elegido persistir cuando todo empuja a desistir, que resiste en el margen, sin aplausos ni seguros. Su autonomía no se redacta en papeles: se esculpe en roca, se alienta en el pique, se palpa en la jornada. Es un hombre forjado en la porfía, cuya decisión diaria de bajar es un acto íntimo y colectivo de resistencia. Como plantean Lino e Silva y Wardle, “la libertad no es una categoría abstracta, sino una práctica encarnada en la vida cotidiana, ejercida con riesgo y dignidad” (2017, p. 1).

En este sentido, el pirquinero representa una figura de resistencia cultural que afirma su derecho a existir según sus propios códigos. Esa resistencia se expresa en actos concretos: decidir cuándo picar, cuándo descansar, cuándo compartir. “Aquí uno sabe cuándo seguir y cuándo parar. Es el cuerpo el que manda, no el reloj”, decía Juan Valladares en la entrada del pique (JV, 2001). Esa libertad tejida en lo cotidiano no es solo subsistencia: es dignidad hecha práctica.

Desde la oscuridad tibia del pique, donde el silencio tiene peso y la esperanza se torna veta imaginada, el pirquinero se vuelve lector de lo invisible. No ve la roca: la presiente, la descifra. “Cuando la veta va a dar, uno lo huele, lo siente, como si otra mano estuviera picando más allá” (JA, 2017), contaba Juan Araya. Son murmullos, tensiones, respiros de la tierra. El sonido se vuelve guía; el color, advertencia; el olor, lenguaje. No hay un único signo, sino una constelación sensible que se aprende mirando al padre, escuchando al abuelo, caminando al lado del compañero. Ese saber

se susurra, se transmite sin decir, se inscribe en la piel. Es un conocimiento hecho de callos, de intuición afinada, de persistencia aprendida.

Ser pirquinero no es solo trabajar mina o pirquén; es sostener una cultura viva que respira en cada práctica, en cada gesto de cuidado, en cada palabra no dicha. Como decía don José Santos: “Uno se va al pique porque eso somos. Así vivimos. Así nos criamos y así queremos seguir” (JSE, 2001). No se trata solo de buscar sustento: se trata de defender una forma de ser que no acepta moldes, que no quiere patrón ni control. Que vive desde el derecho de decidir con dignidad.

La libertad que encarna el pirquinero no es soledad: es vínculo. “Aquí uno puede trabajar solo, pero nunca está solo. Siempre hay alguien que sabe dónde estás” (JV, 2001), decía Juan Valladares. En la sierra, esa libertad se entrelaza con la vida del otro, se revela en el acto de compartir el pan en medio del pique, en la cuerda tendida sin pedirla, en la señal que indica que todo va bien bajo tierra. “Cuando uno escucha un golpe diferente, corre a mirar. Si un compañero se atrasa en salir, ya sabemos que algo pasó” (MG, 2001), recordaba Marcelo González. Esta solidaridad no es un gesto ocasional, sino una práctica ritualizada. Es parte del entramado simbólico que estructura su cultura: cuidar al otro es también afirmarse como parte de un colectivo que resiste. Esa ética vivida, transmitida en gestos, silencios y vigiliadas compartidas, es una de las formas más profundas de libertad colectiva.

Este modo de vida no es solo elección: es herencia, que se recibe de un legado que honra con sus actos. “Mi papá me llevaba a mirar. Después me enseñó a hacer el tiro, a poner la mecha. Y ahora yo hago lo mismo con mi hijo” (LP, 2000), contaba Lorenzo Pinto. La libertad también es transmisión encarnada, es pedagogía de la experiencia, es continuidad no escrita que se vive y se recrea cada día.

La incertidumbre es parte del oficio. No hay promesa de oro ni pago seguro, pero hay otra certeza: la de vivir según un sentido propio. “Nosotros somos pirquineros, no mineros artesanales” (JA, 2016), decía Juan Araya. Esa afirmación no es una mera precisión terminológica, sino un acto de resistencia simbólica, una reafirmación identitaria frente a categorías impuestas desde fuera. Implica defender un conocimiento técnico-artesanal propio, una cultura material e inmaterial que no se deja reducir a definiciones

externas. Ser nombrado por otros es ser contenido en una lógica que no les pertenece; autodefinirse como pirquinero es reclamar el derecho a existir con sus propios códigos

El sacrificio es parte del camino. No se vive como castigo ni se experimenta con resignación, sino como una ofrenda densa, un gesto íntimo que nace del compromiso profundo con una forma de vida. José Santos lo sintetiza con una claridad que atraviesa generaciones: “Aquí se trabaja con fe, porque, si no crees, mejor no bajas. Todo minero tiene la esperanza de que el trabajo salga bien, porque minero que no tiene esperanza, mejor que no lo sea; hay que tratar de trabajar con ánimo y con fe en la vida y la búsqueda de la veta” (JSE, 2001). En sus palabras se condensan siglos de sabiduría situada: la certeza de que bajar al cerro no es solo una acción física, sino un acto simbólico que requiere entrega total, cuerpo, emoción, silencio, fe y sentido.

Esa fe no es abstracta ni exige discursos o credos. Es, más bien, una fuerza encarnada que sostiene la voluntad cuando todo lo visible se desvanece. Es lo que empuja a volver al pique cuando la veta ha callado por semanas, cuando el cuerpo duele, cuando la noche llega sin respuestas. Es una apuesta cotidiana, silenciosa, sin garantía de retorno, y, sin embargo, se baja igual. “Cuando uno baja, no sabe si va a volver; pero igual baja, porque allá abajo vive el alma de uno” (CP, 2001), afirmaba con la voz grave y la mirada serena. Allí, en ese descenso sin promesa, habita el núcleo más firme de su libertad: la decisión consciente de persistir en su modo de estar en el mundo.

El sacrificio, entonces, no es renuncia: es afirmación. Es dar algo que tiene valor —el tiempo, el cuerpo, el descanso— por otra cosa que no se puede calcular: la coherencia con el propio sentido de vida. Es una forma de libertad que no se canta, sino que se practica en lo más cotidiano. Esa libertad encarnada se reafirma en el silencio del pique, en la soledad compartida, en la tensión del disparo, en el gesto exacto del capacho sobre el hombro. La fe se vuelve invisible pero tangible, como el polvo que no se ve, pero se respira.

En este mundo, la esperanza no es un adorno ni una ilusión pasiva: es estructura de existencia. Se convierte en la condición sin la cual no hay persistencia posible. No es una espera ingenua, sino un saber cultivado en la penumbra, en la repetición, en la memoria transmitida de quienes alguna

vez encontraron una veta donde todo parecía estéril. La esperanza es lo que permite que el sacrificio no sea vacío, que el dolor no sea absurdo, que el tiempo invertido no se pierda.

Y esa esperanza solo es sostenible porque se entrelaza con el respeto al cerro, con la confianza en el compañero, con la certeza de que lo que se está haciendo no es solo trabajo, sino vida con sentido. Sacrificio, fe, esperanza y libertad no se entienden por separado: son hilos trenzados en la jornada del pirquinero, en su ética vivida, en su forma de resistir sin ruido, pero con firmeza; aquí hay dignidad concreta, construida palada a palada, día a día, año tras año.

La cultura pirquinera es un sistema simbólico vivo, encarnado en herramientas, gestos, decisiones y silencios que se cargan de significado. Como lo plantea Geertz, la cultura es “un sistema históricamente transmitido de concepciones expresadas en formas simbólicas mediante las cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y actitudes hacia la vida” (2003, p. 89). En el mundo pirquinero, estas formas simbólicas se manifiestan en el uso del combo, en el ritual del disparo, en el modo en que se sopla la puruña, en el silencio que antecede al disparo. La roca, el metal, no es solo materia: es un interlocutor denso, una superficie cargada de sentidos que se interpretan con la mirada, con el oído, con la piel. El pique, entonces, no es solo un espacio físico: es una gramática del subsuelo donde cada técnica es también un acto de lectura. Como decía don Lolo: “Uno le habla al cerro y él responde. A veces con veta, a veces con silencio, pero siempre responde” (LP, 2001). Comprender este mundo es descifrar ese lenguaje.

La etnografía permite comprender esos signos desde dentro, desde la experiencia vivida que se entreteje en el trabajo de campo, en la escucha atenta y en la reflexividad situada, que implica habitar el mundo del otro sin perder la conciencia de la propia mirada (Guber, 2001, p. 67). En mi tránsito por la sierra Jesús María comprendí que esos signos —el rumor sordo de la veta, el silencio denso que anticipa el disparo, la mirada que reconoce la fatiga ajena— no pueden comprenderse desde fuera. Es necesario estar allí, caminar con ellos, descender con ellos, dejarse afectar por el cerro y su ritmo para comenzar a intuir el sentido profundo

de su mundo. Solo entonces el mundo pirquinero deja de ser imagen y se convierte en relato compartido, en comprensión sentida. El pirquinero, como sujeto, no solo actúa: encarna un modo de vida donde el trabajo, el tiempo, el cuerpo y el vínculo se entrelazan. Como decía don Carmelo Pinto: “Aquí uno trabaja como quiere, sin patrón, sin reloj. Es uno el que manda” (CP, 2001). Esa frase encierra no solo autonomía, sino también cultura, pertenencia, decisión.

En suma, el pirquinero es un hombre libre que persiste en su forma de vida como gesto de resistencia encarnada, como afirmación cotidiana de un legado que se hereda con orgullo y se recrea con dignidad. Su libertad, lejos de ser abstracta, se vuelve acto diario en el pique, vínculo con otros, escucha del cerro y permanencia en un modo de vida que resiste desde la memoria y la decisión. Esa libertad se materializa en cada gesto cotidiano: en la forma de barrenar, en la pausa para escuchar el cerro, en el silencio compartido con el compañero bajo tierra. Es una libertad con cuerpo y memoria, que se hace roca, polvo y aliento. Lorenzo Pinto me decía con elocuencia: “Uno sigue porque lo siente en la sangre, porque esto no es solo trabajo, es lo que somos” (LP, 2001). Persistir no es solo insistir: es dignificar, habitar con sentido un modo de vida transmitido y vivido con plenitud. No por nostalgia, sino por decisión. Por libertad.

LA VIDA BAJO TIERRA

Adentro del pique no hay luz natural, solo la lámpara y el reflejo tenue que se cuela por la entrada como una memoria remota del día. Todo lo demás es sombra y silencio. Un silencio espeso, rugoso, que apenas se interrumpe con el sonido metálico del barreno, el crujir de la roca que cede o los murmullos breves entre compañeros, si los hay. No hay necesidad de hablar mucho. Se comunican con gestos, con miradas, con esa sincronía que se aprende en los años de compartir el riesgo.

La tierra dentro del pique no es la misma que la de afuera. Tiene otro olor, otra textura, otro sonido. Es una tierra que murmura, que cruje, que se defiende. El pirquinero lo sabe. Por eso no entra de golpe ni mucho menos desafiante. Entra atento, casi en susurro, como quien visita a un anciano sabio

y riguroso. “Aquí uno entra con respeto, porque el cerro tiene memoria” (CP, 2001), dijo Carmelo Pinto mientras envolvía su almuerzo en su bolso, al pie del pique que tantas veces lo había probado.

Cada paso dentro del pique está cargado de atención. La respiración se vuelve pesada, mezclada con el aire denso, y los pulmones aprenden a dosificar el oxígeno. La vista se adapta a la penumbra y los pies se entrenan para detectar cada irregularidad. Es un aprendizaje del cuerpo. “Aquí no hay quien te enseñe con lápiz. Se aprende con la sangre, con los golpes, con las caídas” (JV, 2000), decía Juan Valladares con una sonrisa serena y la frente surcada por los años bajo tierra. Ese saber no está escrito, pero es profundo y riguroso, se graba en la espalda que se curva, en las manos agrietadas, en la paciencia silenciosa.

Cuando detonan los tiros, todo se transforma. El pique deja de ser solo un espacio de trabajo para convertirse en un lugar de tensión sagrada. Se prepara el tiro, se mide el ángulo, se colocan las mechas, se tapa con greda o tierra húmeda para que no reviente hacia atrás. Es un momento delicado. Si se hace mal, puede costar la vida. “Un solo error y se te viene todo encima. Aquí no hay ambulancia, aquí no hay segundas oportunidades”, advertía Darío Gálvez con voz firme mientras sacudía la tierra de su casco (DG, 2001).

Pero no es el miedo lo que sostiene al pirquinero. Es la fe. La fe en que cada tiro puede revelar el dorado, en que la veta está cerca, en que su intuición no le falla. Es una certeza tejida con la experiencia. “Cuando el golpe suena distinto, uno sabe que ahí puede haber algo. Es como un timbre”, explicó Marcelo González inclinado hacia la roca como quien escucha un secreto (MG, 2001). Ese “timbre” es un signo que no todos alcanzan a oír. Solo quienes han pasado años en el pique lo reconocen; ahí está la diferencia entre ver las rocas y las vetas por fuera y aprender a leer en ellas lo que el cerro está diciendo.

La jornada dentro del pique no tiene pausas fijas; se come cuando se puede, en un rincón donde el aire no arde, con los dedos llenos de polvo, compartiendo lo que se tiene. No hay solemnidad, pero sí respeto. El compañero no es solo otro trabajador: es el espejo de uno mismo. Su cuerpo está expuesto al mismo riesgo, su silencio dice lo mismo, su respiración

acompaña. “Uno no deja solo a nadie en el pique. Aunque no se diga, todos estamos pendientes” (JA, 2017), decía Juan Araya con voz grave y los ojos húmedos de tierra.

Ese compañerismo, esa solidaridad práctica sin retórica, es una de las columnas que sostienen la cultura pirquinera. No hay contratos, hay confianza; no hay manuales, hay costumbre. Rosana Guber plantea que el conocimiento no se produce desde el distanciamiento, sino desde la inmersión, la experiencia compartida, el habitar un mismo mundo con los otros (Guber, 2001, p. 67). En el pique, compartir ese mundo es una condición de existencia. Sin el otro, el trabajo se vuelve inviable. Sin el otro, el cerro pesa más.

El polvo del pique se adhiere al cuerpo como segunda piel. No se va con agua ni con jabón. Se mete en los poros, en las uñas, en la ropa. Es parte del paisaje del pirquinero, así como lo son las rocas sueltas, los rastros de disparo, los sonidos secos del barreno. Ese polvo, que para otros es desecho, para ellos es signo: habla del trabajo hecho, de la veta abierta, del esfuerzo acumulado. En ese sentido, todo en el pique tiene significado. Como explica Geertz, “la cultura consiste en estructuras de significación socialmente establecidas” (2003, p. 27). Y en el mundo pirquinero, esas estructuras están grabadas en cada objeto, en cada gesto, en cada silencio.

El pique, así, no es un simple lugar de trabajo. Es un territorio simbólico, un espacio de revelación y ocultamiento, de prueba y aprendizaje, de afirmación personal y comunitaria. Allí, el pirquinero se construye y se prueba a sí mismo. Día a día, barreno tras barreno, disparo tras disparo, consolida su forma de vida. No lo hace desde la grandilocuencia ni el mito, sino desde la constancia y la humildad. Desde la certeza de que el trabajo es parte de la identidad y que su valor no se mide en el oro encontrado, sino en la dignidad de seguir buscándolo.

El cuerpo del pirquinero se adapta. Se curva para caber en túneles estrechos, resiste el calor pegado a las paredes, aguanta la humedad que se mete en los huesos. Hay sacrificio, que se extiende al dolor físico. Hombros duros, muñecas gastadas, pulmones que han respirado polvo desde la infancia. Pero también hay sabiduría en ese cuerpo: una memoria que sabe dónde pisar, cómo sostener el combo, cuándo detenerse. “Aquí

todo se aprende con el cuerpo. Si no sabes usar el cuerpo, te matas” (JV, 2001), decía Juan Valladares.

Dentro del pique, el tiempo se estira. El pirquinero cava y escucha. Mira la roca como quien descifra un código antiguo. Sabe leer vetas delgadas, identificar el olor del oro, distinguir el canto de la roca buena del desmonte. No hay herramienta más precisa que sus propios sentidos: “Uno no necesita máquina para saber, con el ojo y con la oreja, uno entiende si está cerca o si es pura tierra suelta” (CP, 2001), explicaba Carmelo Pinto. Esa sensibilidad no es técnica mecánica: es conocimiento encarnado, transmitido, afinado por la necesidad y el respeto a la roca y sus metales, a las minas y pirquenes, al territorio que los aloja.

La espera es parte del oficio. Después de disparar, hay que sentarse y aguardar. A veces en silencio, a veces conversando bajito. Es un tiempo suspendido, lleno de incertidumbre. Si el tiro salió bien, se avanza. Si no, se repara. Si hay veta, se puruña. Si no, se sigue. El trabajo nunca garantiza el hallazgo, pero eso no impide que se trabaje porque el sentido está también en el hacer. “Uno le pega al cerro con fe, sabiendo que a veces te da y a veces no; pero si uno no le pega, seguro que no da” (DG, 2001), decía Darío Gálvez.

Y cuando se encuentra la veta, todo cambia. El cuerpo se tensa, la mirada se afina, el corazón se acelera. Pero también aparece el temor: ¿aguantará el pique?, ¿se vendrá abajo?, ¿alcanzará para pagar lo que se debe? El oro no trae solo esperanza: también trae peligro. Por eso, incluso en el hallazgo, hay medida, no se celebra de inmediato. Se prueba, se guarda, se comparte después. “Hay que ser cauto. Aquí el que se emociona, pierde. El cerro escucha, y si se le grita con codicia, esconde la veta como quien guarda un secreto” (MG, 2001), advertía Marcelo González.

La puruña es un momento clave. Allí se define si hay disfrute o no. El polvo fino que se junta con cuidado, que se puruña, que se separa, lleva la promesa de todo el esfuerzo. Es el fragmento más frágil y, a la vez, más cargado de sentido porque en ese polvo dorado se concentran semanas, meses o años de trabajo. No hay nada más simbólico. Geertz indica que los símbolos culturales adquieren su sentido en la medida en que están conectados con las formas de vida; no son abstracciones flotantes, sino vehículos

de significado que se entienden solo cuando se interpretan desde el entramado social que les da vida (2003, p. 93). A partir de esta idea se puede comprender que el llampo en la puruña no es solo mineral: es señal, es destino, es memoria.

La vida del pirquinero bajo tierra es, así, una coreografía compleja de gestos, valores, saberes y silencios. Un mundo donde el conocimiento técnico se funde con la intuición, donde el trabajo físico se convierte en expresión cultural y donde el riesgo se abraza como parte del camino.

EL CUERPO COMO INSCRIPCIÓN CULTURAL: DIÁLOGO, RIESGO Y MEMORIA EN LA VIDA BAJO TIERRA

El cuerpo del pirquinero no es solo fuerza ni técnica. Es memoria encarnada, es instrumento que escucha, interpreta y se deja transformar por el cerro. Agachado en un túnel estrecho, apireando con el capacho al hombro, siente cómo cada músculo se vuelve herramienta de trabajo y de atención. La roca no habla con palabras, pero tiene su lenguaje: el olor, la humedad, el sonido seco del combo, el crujido de la veta, el silencio repentino. El cuerpo, endurecido por años en el cerro, aprende a leer lo que otros ni siquiera perciben. “Uno le pega con el combo y si suena hueco, ahí puede haber algo; es como un eco distinto, te llama” (CP, 2000), decía don Carmelo mientras limpiaba su herramienta con un trapo que también cargaba historia.

Ese eco, esa vibración que recorre los huesos, no es solo una señal física. Es parte de una comunicación sensible. No se puede explicar, pero se siente. El cuerpo actúa como mediador entre la piedra y el deseo de hallazgo. Cada paso, cada disparo, cada puruñeo es una lectura. Como plantea Geertz, los símbolos organizan nuestra experiencia porque están ligados a las formas de vida (2003, p. 91). En el mundo pirquinero, el cuerpo es símbolo vivo: transmite saberes, guarda historias, lleva marcas.

El aprendizaje no viene de libros ni de cursos. Se hereda observando, cayéndose, repitiendo gestos. “Aquí no hay escuela. Se aprende mirando, cayéndose, escuchando al que sabe y dándole nomás. Así uno va entendiendo al cerro” (JA, 2017), decía Juan Araya. Es un aprendizaje hecho de confianza y dolor. Cuando avanzar y no detenerse a pesar del cansancio o retirarse.

La técnica pirquinera es artesanal y compleja. No se trata de herramientas modernas, sino de una sofisticación construida en la práctica. “Uno va leyendo el cerro. A veces la veta cambia de rumbo, se esconde. El que no tiene ojo, la pierde, y ahí queda la pega, botada”, contaba Marcelo González. Leer el cerro es una capacidad cultivada por generaciones, pulida en el andar cotidiano.

Rosana Guber ha dicho que el conocimiento etnográfico nace en la convivencia, en los gestos compartidos, en los silencios que también comunican (2001, p. 73). En el pique, el cuerpo se adapta, se curva, se endurece, pero también se afina. Aprende a distinguir entre lo superficial y lo profundo, entre lo que se puede tocar y lo que hay que evitar. “Uno sabe cuándo la tierra está blanda, ahí no hay que meterse mucho; si está firme, te da confianza. Es como un presentimiento, pero del cuerpo” (JV, 2001), decía Juan Valladares.

Este cuerpo que escucha y se adapta también es vulnerable. Está expuesto a la humedad, al calor, al encierro, pero no se debilita. Se moldea. “Uno se va haciendo a esto. Al principio te duele todo, pero después el cuerpo se acostumbra; y si no se acostumbra, no sirve para esto” (AO, 2001), decía Aliro Ortiz. La resistencia del cuerpo no es una exigencia externa: es compromiso. Es pertenencia.

Por eso, la relación con el cerro es corporal. No se le teme, pero se le respeta. Cada veta que aparece no es solo resultado del esfuerzo: es el fruto de un diálogo. “La veta no se entrega así nomás. Uno tiene que cortejarla, como quien busca la confianza de alguien que guarda sus secretos en lo hondo” (LP, 2001), decía Lorenzo Pinto recordando una jornada en que casi se le cae un planchón en la mina por no leer bien una señal. Convencer a la veta no es retórica: es técnica, intuición, paciencia, espiritualidad.

El cuerpo también guarda miedo. Los accidentes, las explosiones, los piques que se cierran, las ausencias. Cada cicatriz es memoria viva, un aprendizaje inscrito en la piel. Don José Santos contaba: “Yo tengo una marca aquí en la pierna por no medir bien la mecha. Me salvé de milagro; aquí uno no puede confiarse. Cualquier error te pasa la cuenta” (JSE, 2001). En el cerro, el cuerpo no se victimiza, aprende, se endurece y se vuelve sabio. Persevera; porque volver al pique cada día no es solo trabajo: es decisión, es dignidad.

Este saber del cuerpo se transmite. Muchos aprendieron mirando a sus padres. “Mi tata me llevaba al pique, al principio solo a mirar, después me pasaba herramientas, uno así se hace” (LP, 2001), contaba don Lolo. Así se hace, así se enseña, así se cuida. Es una pedagogía sin pizarras ni horarios, pero cargada de sentido, es la escuela del cuerpo.

El cuerpo transforma el cerro, pero el cerro también transforma al cuerpo. Deja marcas: en los músculos, en los pulmones, en la respiración, pero también en la mirada. “Uno mira distinto después de años aquí. Ya no ves solo piedras. Ves señales, ves posibilidades, ves historias” (JV, 2001), decía Juan Valladares. Esa mirada es testimonio de una transformación más profunda: la del cuerpo que se vuelve parte del paisaje no como objeto, sino como presencia.

Por eso, hablar del cuerpo pirquinero es hablar de una cultura viva. De un saber que no se explica, pero se transmite; de una forma de estar en el mundo donde el cuerpo interpreta, resiste, aprende. Y en esa roca que se parte, en ese golpe que se repite, en ese silencio que se respeta hay algo más que trabajo: hay identidad.

EL CERRO COMO INTERLOCUTOR: DIGNIDAD, RESISTENCIA Y LIBERTAD

La vida del pirquinero no es solo un modo de subsistencia ni una técnica minera heredada. Es una forma encarnada de interpretar el mundo. Cada gesto, cada acción, cada silencio se convierte en una inscripción profunda de sentido. El pirquinero no es solo quien extrae mineral: es quien resiste, y no resiste cualquier cosa, resiste el olvido, la invisibilización, la precariedad impuesta, la mirada indiferente. Resiste porque habita un mundo donde la dignidad no se mide por el oro hallado, sino por la lealtad al cerro y a su propia forma de vida.

José Santos Escobar lo decía sin dramatismo: “Aquí, uno se hace hombre por lo que el cerro te da y por lo que te quita. Es la vida misma que te enseña a estar preparado, a no esperar sin hacer nada, a seguir buscando, aunque no se vea el oro” (JSE, 2001). Esa afirmación condensa no solo una experiencia, sino una cosmovisión, la de quienes no esperan que las soluciones vengan de afuera, sino que enfrentan la incertidumbre como parte del camino.

El cerro no es un escenario neutro. Es un otro con voluntad. Un interlocutor que escucha, que responde o guarda silencio. Juan Araya, con largos años de trabajo en la sierra Jesús María, lo explicó con una claridad serena: “El cerro no te da nada si no lo respetas. Y el oro no es solo lo que sacas. Es también lo que aprendes. Es entender que cada día es una lucha, y esa lucha es lo que te hace seguir” (JA, 2016).

No se trata solo de metáforas. En la vida pirquinera, el cerro tiene agencia. Se lo escucha, se lo interpreta. La veta no aparece simplemente por técnica o suerte: se presenta a quienes saben esperar, a quienes se entregan con humildad y constancia, como dijo Darío Gálvez: “Uno le pega al cerro con fe, sabiendo que a veces te da y a veces no; pero si uno no le pega, seguro que no da” (DG, 2000).

En ese sentido, la sabiduría situada de los pirquineros es radical. Es un saber que nace de la experiencia y se afina en la práctica. Es conocimiento encarnado, sentido, compartido. Saber cuándo disparar, cuándo retroceder, cuándo callar. Saber cuándo el cerro está “abierto” o cuándo está “cerrado”. Saber que no siempre hay que insistir con fuerza, sino con respeto. Ese saber, aprendido a lo largo de años, se convierte en guía y también en refugio.

Como apuntó una vez Marcelo González con su tono pausado y directo: “Aquí uno no tiene jefe. El cerro es el único que manda. Y uno ve si entra o no” (MG, 2001). En esa frase está condensada la noción de libertad. No como ausencia de reglas, sino como autodeterminación. El pirquinero no responde a órdenes externas, sino a su relación íntima con el cerro. Esa libertad —aunque ruda, incierta, difícil— es la que lo sostiene. Es su orgullo. Es su forma de ser hombre libre.

La cultura pirquinera no se define por su marginación, sino por su coherencia. No hay contradicción entre la técnica y la espiritualidad, entre el esfuerzo físico y la interpretación simbólica. Todo está entrelazado. El pique es un espacio simbólico. La puruña, un acto ritual. El silencio, una forma de sabiduría. El riesgo, un recordatorio de que la vida vale por lo que se arriesga.

Esa coherencia vital se transmite entre generaciones. No siempre con palabras, pero sí con gestos, con cuerpos, con prácticas. Un hijo que ve

a su padre ajustar la mecha, cargar el combo, mirar el cerro como quien busca sentido. Un nieto que hereda el silencio respetuoso, la fe callada, la libertad austera. La transmisión del oficio no es una instrucción técnica: es una escuela del mundo. Una pedagogía de la resistencia.

Geertz escribió que “el análisis de la cultura es, en última instancia, una búsqueda de significados” (2003, p. 27). La vida del pirquinero es eso: una búsqueda, no solo de vetas ocultas, sino de sentido. Una forma de afirmarse en un mundo que muchas veces no los ve; pero ellos siguen. Vuelven al cerro, le hablan, lo escuchan, y en ese diálogo silencioso y tenaz construyen su sustento y su identidad.

Juan Valladares lo expresó con lucidez: “La mina te habla. Tienes que saber escucharla. Si tienes fe y sigues adelante, la tierra te va a dar lo que buscas” (JV, 2001). Ese “seguir adelante” es más que perseverancia: es forma de vida. Es resistencia encarnada. Es dignidad que no pide permiso.

En la pirquinería, cada paso, cada golpe de barreno, cada descarga de tierra es un acto de interpretación. Es el lenguaje de quienes hacen de su cuerpo un instrumento, de su saber una brújula y de su libertad una trinchera. Su experiencia es la de una vida sacrificada, una vida dura; pero también hay belleza. La belleza de la coherencia, del gesto exacto, del saber compartido, del vínculo con la tierra.

Porque, al final, la vida del pirquinero no se mide en gramos de oro. Se mide en la constancia de sus pasos, en la ética encarnada, en la libertad irreductible de quienes, incluso en la incertidumbre, no dejan de volver al cerro.

UNA VIDA QUE PERSISTE

La vida del pirquinero no es solamente una práctica económica: es una forma de interpretar el mundo, de habitarlo con sentido, de resistir desde la dignidad. Cada acción, cada silencio, cada caminata bajo el sol abrasador o en la sombra del pique está impregnada de un conocimiento profundo que no se aprende en manuales. Es un saber vivido, encarnado, transmitido en el cuerpo, en la mirada, en el gesto.

No se trata solo de trabajar: se trata de vivir con coherencia. Porque la cultura pirquinera no es un conjunto de costumbres sueltas, sino

un sistema simbólico que organiza la vida entera. Para Geertz, “los símbolos son vehículos de significado que permiten ‘ver’ y entender la cultura estudiada” (2003, p. 91), y en el mundo del pirquinero, esos símbolos —la veta, el combo, la puruña, el silencio— estructuran la experiencia, configuran identidad, construyen comunidad.

Es en ese entretejido de sentidos donde se reconoce una cultura de resistencia. Una cultura que ha sobrevivido a pesar del olvido institucional, de las precariedades del mercado, de la invisibilización sistemática. Porque en la pirquinería no se busca solo el oro: se busca el sentido. Y ese sentido se halla en el camino, en la perseverancia, en el deseo de libertad. “Aquí, uno se hace hombre por lo que el cerro te da y por lo que te quita” (JSE, 2001), decía José Santos Escobar con una sabiduría que brota de la experiencia. En sus palabras resonaba la certeza de que cada jornada es una prueba ética, emocional y espiritual.

El cerro, para el pirquinero, no es un simple recurso: es un interlocutor. Una presencia con memoria, con voluntad. Se le escucha, se le respeta, se le ofrece. Juan Araya, lo explicaba con sencillez profunda: “El cerro no te da nada si no lo respetas, y el oro no es solo lo que sacas, es también lo que aprendes” (JA, 2017). Esta relación entre conocimiento y respeto, entre extracción y reciprocidad, da forma a una ética no escrita, pero intensamente vivida: la moral del cerro.

Ese conocimiento no es técnico en el sentido convencional. Es conocimiento situado. Una forma de leer la tierra con el cuerpo, de escuchar la veta con el oído entrenado, de interpretar el polvo como signo. “Cada picota, cada martillo, cada dinamita se convierte en un instrumento de lectura”, decían. Y esa lectura no busca solo riqueza: busca orientación, sentido, orientación en un mundo que muchas veces ha marginado a quienes no se dejan domesticar por los relojes ni por los patrones.

La vida bajo tierra no es ajena al simbolismo. Allí, cada gesto es ritual. Cada disparo, cada puruña, cada pausa compartida es una forma de conocimiento, de afirmación de lo que son. “Uno se hace minero con la experiencia, pero sobre todo con el cuerpo. El cerro te enseña, te hace escuchar lo que no se dice” (JV, 2001). El cuerpo es la memoria de la cultura pirquinera. Un cuerpo que sabe, que transmite, que guarda la historia sin escribirla.

En ese mundo, el riesgo no paraliza. Se enfrenta con respeto y con solidaridad. Se sabe que “nadie se salva solo” y que un compañero caído es un llamado a la responsabilidad colectiva. No es caridad: es cuidado mutuo. Como decía don Lolo, “el cerro te avisa, si sabes escuchar” (LP, 2001). Y saber escuchar no es solo una habilidad técnica: es una disposición ética, un modo de estar con los otros y con la tierra.

Por eso, la vida del pirquinero es, sobre todo, una vida libre. No en el sentido liberal de la propiedad ni de la acumulación, sino en ese otro sentido más hondo y encarnado: el de ser dueño del propio tiempo, de las propias decisiones, del propio cuerpo. La libertad aquí no se grita, se vive. Se expresa en el ritmo singular de cada jornada, en la posibilidad de detenerse a mirar el cerro sin que nadie apure, en saber que uno baja al pique porque quiere y no porque se lo ordenan. “Aquí no hay patrón que te esté diciendo cómo hacer las cosas. Uno trabaja como sabe, a su propio ritmo” (LC, 2001), decía Luis Cortés, ajustando sus herramientas con la naturalidad de quien reafirma su autonomía con cada gesto silencioso. Esa frase no era una consigna, era una descripción fiel de su vida: el compás del cuerpo respetado, la experiencia como guía y la decisión como motor.

En esas caminatas largas hacia los piques, cuando la sierra se abría paso, fui escuchando relatos que no caben en ningún libro, pero que permanecen en la memoria como si hubieran sido tallados en la roca. Fue entonces cuando conocí a hombres como Juan Valladares, de manos curtidas por el barreno, que me enseñó sin saberlo que el sacrificio no es lo contrario de la libertad, sino su forma más digna. “Aquí no nos manda nadie. Cada golpe es nuestro, y cada veta que encontramos es un triunfo sobre la adversidad” (JV, 2001), me dijo, y en esa frase vibraba una certeza invencible: la libertad del pirquinero no es cómoda ni garantizada, sino forjada día a día entre polvo, esfuerzo y convicción. Una libertad que se sostiene no en la ausencia de límites, sino en la fuerza interior para habitar los propios, para elegir el riesgo, para abrazar la incertidumbre como parte del camino.

Y esa libertad, aunque frágil, aunque constantemente amenazada por las injusticias estructurales, es el valor supremo. Porque no es solo la posibilidad

de elegir, sino la capacidad de sostenerse cuando todo tambalea. De seguir buscando cuando la veta se esconde. De volver al cerro cada día con la esperanza terca de que algo —aunque no sea oro— los espera.

La cultura pirquinera, entonces, es una cultura con cuerpo, con memoria, con voluntad. Una cultura que no se dice en grandes discursos, pero que se graba en la piel, en la espalda encorvada, en las manos curtidas. Una cultura que enseña a mirar distinto, a valorar lo pequeño, a resistir sin estridencias. Una cultura que, como el oro fino oculto entre la tierra, no necesita brillar para existir: resiste con una luz propia, humilde pero inextinguible.



En la oscuridad del cerro, la lámpara de carburo revela lo que el ojo entrenado sabe leer: el color, su humedad, dureza, el peso que tira, la veta que no salta ni brilla en falso. Si la muestra acusa hilos dorados, y calor en la mirada, la totalidad de su conocimiento situado, el pirquinero la sigue. No se arriesga a perderla.

LA FAMILIA, UNA LÁMPARA ILUMINANDO EL PIRQUÉN

EL PIRQUINERO Y SUS SABERES ATADOS A LA INFANCIA

Cerro arriba, las caricias del alba aún no despejan la penumbra cuando las familias de los pirquineros ya comienzan a moverse en sus casas: se prepara el café, desempolva los aprietos y despide con un beso a quienes bajarán al pique antes de que el sol incendie las cumbres. Sin ese aliento silencioso, la jornada sería una prueba todavía más dura. Las familias no solo sustentan el cuerpo con alimentos y agua fresca; sostienen el ánimo cuando el cansancio aflige las manos y el corazón. Es su presencia amorosa la que recuerda, en cada cuesta, que el oficio —aunque interminable y extenuante— tiene un sentido que trasciende el metal.

Desde los primeros años de vida, los futuros pirquineros descubren que la tierra es maestra y guardiana. Acompañan a sus padres al cerro antes de que despunte el día; el aire helado anuncia la ruta hacia los piques y el crujir de las botas contra la grava se mezcla con el canto tenue de los cóndores que sobrevuelan las quebradas. Allí, entre el eco del pico golpeando la veta y el susurro del viento en los socavones, aprenden que el oro no es una presa fácil, sino el fruto de la paciencia y el sacrificio compartido bajo la vasta bóveda del cielo.

“Nosotros no aprendemos en libros; aprendemos con la vista y con las manos. Al principio solo miraba: mi papá me mostraba cómo se golpea la roca, cómo se siente el combo al tocar la veta” (JA, 2017), recuerda Juan Araya. Ese testimonio encarna la pedagogía del oficio: cada golpe lleva un mensaje codificado y, con el paso de los años, ese código se vuelve parte del cuerpo. Antes de sostener el martillo, el niño ha grabado en la piel la cadencia del golpe y en el oído el rumor áspero de la piedra viva.

La identidad pirquinera se teje en la infancia. Cada sierra, cada socavón que las generaciones anteriores habían labrado, se convierte en un mapa interior que orienta la existencia. “Empecé a trabajar en la mina a los nueve o diez años, acá en la sierra Jesús María; era lo natural: mi papá, mis tíos y mis abuelos, todos metidos en el cerro” (JA, 2017), confiesa de nuevo Juan Araya,

subrayando que el oficio no es un aprendizaje aislado, sino un legado familiar que se hereda con orgullo y responsabilidad.

Tras la fase de observación, los niños acceden a tareas simbólicas y útiles: llevan agua, sostienen la lámpara de carburo, cargan fragmentos de mineral en sus pequeñas manos. José Santos Escobar evoca esos primeros pasos: “De chicos no entrábamos de inmediato a la mina; primero mirábamos y escuchábamos. Aprendíamos a distinguir el sonido de la roca cuando la veta era buena, a sentir la tierra con las manos” (JSE, 2001). En ese silencio cargado de atención, cada gesto adquiere un valor ritual: la iniciación no se celebra con palabras, sino con la mirada expectante sobre la roca milenaria.

El viaje interior prosigue con el apireo y el barrenaje, actividades que enseñan a conocer el peso del capacho y el temblor primero de un tiro. Darío Gálvez relata cómo su padre lo ponía a prueba: “Me mandaban a apirear, a llevar la saca de mineral para afuera, y en el camino iba entendiendo cómo hablaban de la veta, cómo sabían cuándo un cerro tenía algo o cuándo no valía la pena insistir” (DG, 2001). Con cada carga no solo se fortalece el cuerpo; también se afianza la paciencia y la lectura del cerro como si fuera un texto vivo.

Cuando alcanzan la adolescencia, los jóvenes ya barrenan y cargan mechas. Un rito de paso definitivo se alcanza al aprender a colocar el tiro: “Cuando tenía catorce años ya barrenaba y metía la mecha; mi padre me dijo: ‘Hijo, si aprendes a cargar el tiro, ya eres minero’” (JV, 2001). Esa consigna simboliza la entrada plena en la comunidad minera, el reconocimiento tácito de los mayores y la asunción de un compromiso ineludible con la veta y sus peligros.

Aprender a sobrevivir es tan esencial como dominar la técnica. Desde niños les hablan de las “penaduras”, esos crujidos ominosos que preceden un derrumbe, y del latido profundo del cerro. Marcelo González advierte: “La mina es más que piedra; es algo que te puede castigar o bendecir” (MG, 2001). Esa advertencia no alienta el miedo, sino el respeto: la conciencia de que el cerro está vivo y de que cada acción requiere humildad.

La cultura pirquinera es una red de significados compartidos que están relacionados con su cotidiano en las minas, cotidiano que sostiene su cultura y modo de vida. En la pirquinería, ese entramado que se ha tejido se forja

con el roce de las manos, el eco de los machos y el calor del hogar. Cada nueva generación no hereda solo un oficio, sino una forma de habitar el mundo: un pacto tácito con la tierra, la historia y la familia. En las vetas que atraviesan la sierra Jesús María se enlazan sustento y esencia, pasado y futuro, en un ciclo perpetuo donde el esfuerzo colectivo se transforma en identidad viva.

Cada nueva generación de pirquineros hereda no solo un oficio, sino una forma de habitar el mundo, donde la minería se entiende como un compromiso con la historia, el territorio y la comunidad. La infancia de quienes crecen en torno al pirqueneo no es únicamente una etapa de aprendizaje práctico, sino un proceso de integración profunda en una tradición viva, sostenida por el trabajo, la oralidad y el respeto hacia el cerro. La transmisión de conocimientos, en este contexto, no solo forma habilidades técnicas, sino que fortalece un vínculo esencial entre los mineros, su memoria colectiva y las minas que dan sentido a sus cotidianos.

El testimonio y el andamiaje autobiográfico que expresan los pirquineros están íntimamente ligados al trabajo en las minas y al “ser” minero en este rincón del mundo. Allí, en un paisaje de socavones y piques, de silencios áridos y esfuerzos prolongados, se orienta la existencia y la sobrevivencia del pirquinero. Estos relatos no son simples anécdotas: son la columna vertebral de la identidad pirquinera, donde el trabajo cotidiano se entrelaza con la vida misma. Es en esos cerros, en esas vetas de oro, donde los pirquineros han construido no solo su sustento, sino también su esencia, en un ciclo persistente de esfuerzo y aprendizaje que se renueva con cada generación, uniendo el presente con el pasado y atando el futuro a la tierra que los vio nacer.

RELATOS DE EDADES, SILENCIOS Y GESTOS

En los senderos de polvo y silencio que dibujan la sierra Jesús María, el aprendizaje no comienza en la escuela ni con el primer golpe de martillo. Empieza antes, en la sombra del padre, en el eco del pique que despierta al cerro al alba, en el crujido de las botas sobre la grava. El oficio pirquinero no se enseña, se hereda. Se desliza como un rumor antiguo, como una certeza que se va grabando en la piel desde la infancia.

Antes de bajar al pique, el niño ya ha escuchado el lenguaje del cerro. No necesita palabras para entender que allí se aprende con el cuerpo, con el silencio y con la repetición. Cada paso tras su padre es una lección no dicha; cada mirada, un pacto no escrito. La infancia pirquinera no es un tránsito, es la raíz donde el oficio se siembra y la identidad comienza a latir.

Durante su crecimiento los niños están ligados a las serranías, y a medida que crecen, seis, siete, ocho o nueve años, se empieza a acompañar al padre. Se camina tras él, se observa, se escucha, se comienza a reconocer el metal jugando. Se memoriza. “Yo iba con mi papá. Él me decía: ‘Mira, esto suena así cuando está buena la veta’. Uno aprende con la oreja” (RG, 2017), cuenta Raúl Guggiana. Esta es la primera etapa: la del oído y el ojo. La del silencio activo.

A los trece años, algunos ya comienzan a cargar. “Ese fue el primer trabajo que hice. Llenar el capacho y echármelo en la espalda y salir para afuera” (JV, 2001), recuerda Juan Valladares. Ese primer gesto —cargar con peso el mineral sobre la espalda— es tanto un acto físico como un rito de paso silencioso. No hay ceremonia, pero hay reconocimiento. Ya se entra al cerro como quien entra a una casa sagrada. Ya se forma parte del tiempo del cerro.

A los catorce, ya se barrenan tiros. Ya se usan las herramientas más peli-grosas. Ya se tiene la confianza del padre o del tío. “A los catorce años ya barre-naba y metía la mecha. Mi padre me dijo: ‘Hijo, si aprendes a cargar el tiro, ya eres minero’” (JV, 2001), cuenta Juan Valladares. Y esa frase, repetida en más de un testimonio, marca el tránsito entre la niñez y la pertenencia.

A los diecisiete, algunos ya trabajan solos. Con un compañero o en cuadrilla. “A los diecisiete años yo fui pirquinero. Ya trabajaba solo o con un compañero” (CP, 2001), explica Carmelo Pinto. Para entonces, el joven ya sabe cómo golpear, cuándo detenerse, cómo hablarle al cerro sin romper el pacto. Ya no es aprendiz. Es parte del linaje.

Pero incluso antes de todo eso, incluso antes del capacho, están los pequeños gestos de integración familiar. Los que no se cuentan como trabajo, pero que significan pertenencia. Cocinar para los mineros, llevar agua, sostener una linterna en la entrada del pique. “Mi crianza fue así, podía hacerle de todo, para poder trabajar. Que el viejito, como nos mandaba a nosotros, decía: ‘Ya, vas a tener que ir a cocinar’” (DC, 2001), relata Dina Cortez.

El aprendizaje no es lineal. No se salta de una edad a otra, como en la escuela. Hay momentos en que se avanza por la fuerza, otros por la necesidad, otros por la confianza del padre. Hay silencios que enseñan más que las instrucciones. Hay gestos que inscriben sin palabras. Todo se guarda en el cuerpo, como un saber transmitido por roce, por cercanía, por repetición.

Y hay quienes comenzaron en otros caminos, como en el salitre, o en otros oficios previos, pero siempre con el cerro como horizonte. “Por ejemplo, aprendí a ser huinchero, chofer y otros trabajos más” (JV, 2001). Su camino fue otro, pero el cerro lo reclamó igual, porque la mina encuentra a los suyos, aunque se hayan alejado.

Así, el pirquinero no nace un día exacto. Se hace con el tiempo, con la repetición de gestos, con los silencios compartidos y con la memoria corporal de quienes lo rodean. Se hace con el martillo y con la olla, con la mirada del padre y el susurro de la madre, con el cansancio temprano y con la palabra justa en el momento de sentir el rito de pasaje.

LA ADULTEZ DE LOS HIJOS, LA FAMILIA DEL PIRQUINERO

El cansancio acumulado se refleja en los rostros curtidos, en los cuerpos fatigados y en los gestos hacia los hijos, que, aunque cargados de afecto y preocupación, carecen en ocasiones de la cercanía deseada. Esta distancia emocional, atribuida a la dureza del cerro, es compensada por el esfuerzo constante de ofrecerles un futuro mejor.

La familia se presenta como el refugio indispensable frente a la inestabilidad del oficio, en el que cada jornada se mide en altibajos y en la incertidumbre de un golpe de suerte que pueda cambiar el destino.

Luisa Araya Rodríguez rememora con intensidad:

Mi padre me ha entregado lecciones de vida, perseverancia y buena educación. Yo estudié, y él siempre me decía: “Estudien, estudien, eso nomás”. Es rústico, duro como el cerro. Le ha costado ser tierno, le ha costado ser amoroso. Quizás no te saludará con un beso o un abrazo, pero te da todo lo necesario, una buena alimentación. ¡Te das cuenta!, nunca me faltaron zapatos, nunca me faltó nada para el colegio (LA, 2001).

Estas palabras encarnan la paradoja del pirquinero, la dureza del entorno que se contrapone a la profunda vocación de proveer lo esencial, un compromiso ineludible que se traduce en el esfuerzo por asegurar que la familia nunca carezca de lo fundamental, pese a la escasez que impera en el cerro.

La voz de Aurora Cortés, con tono orgulloso y a la vez melancólico, añade otra capa a esta compleja realidad:

Cualquier trabajo es digno, y me siento orgullosa porque el trabajo de minero es muy sacrificado. Ellos no tienen las máquinas ni los recursos que poseen los grandes mineros; siempre ha trabajado a mano. Y cuando se accidenta, uno piensa: “¿Por qué no busca otra labor menos pesada?”, pero finalmente comprendes que nuestro trabajo en oficina es ligero en comparación con su esfuerzo. Entonces, hay que luchar nomás, no queda otra (AC, 2001).

Su testimonio refleja cómo la labor física, la sobrecarga y el desgaste se convierten en una prueba constante, y cómo, a pesar de ello, el sentido de pertenencia y el orgullo por el oficio se mantienen intactos, imbuyendo en la familia una dimensión casi mítica de resistencia.

Dina Rodríguez, por su parte, expone con voz serena y firme las dificultades económicas y la precariedad de este modo de vida:

Es una pega muy sacrificada, de mucho esfuerzo, muy mal pagada, porque no tienen sueldo fijo. Deben ganarse cada peso, y si una semana logran cubrir el sueldo de un mes, la siguiente quizás no logren obtener nada. Últimamente, todo está complicado, apenas les alcanza para sobrevivir.

Dina subraya que, pese a las adversidades económicas, la familia siempre ha sabido ajustarse a los altibajos del oficio: “A veces nos toca buena racha, pero son momentos fugaces. Hay que guardar, hay que ahorrar, porque la siguiente vez quizás no sea tan favorable” (DR, 2001).

En los hijos está presente el orgullo de ser descendientes de pirquineros, ser de la familia pirquinera, y son conscientes del sacrificio con que sus padres les han asegurado un futuro. Las hijas de Dina y Luis, Luisa y Aurora Araya, destacan con orgullo las lecciones de vida recibidas, especialmente la perseverancia

y el valor de una buena educación. Sin embargo, también señalan que el afecto del pirquinero se mantiene lejano, atribuyendo esta distancia a la vida entre piedras y a la dureza intrínseca del cerro.

Aurora menciona con claridad cómo, desde temprana edad, incluso los hijos más pequeños captan aspectos esenciales del trabajo minero, ejemplificado cuando su hijo describe el trapiche como el lugar “donde están las ruedas con agua” (AA, 2001). Esto muestra cómo, desde niños, ya internalizan elementos fundamentales del oficio familiar.

Luisa complementa explicando las dificultades para obsequiar a su padre en fechas especiales, ya que los regalos tradicionales, como corbatas o zapatos típicos de oficinistas, no reflejan la verdadera esencia de un pirquinero: “Ellos trabajan la naturaleza de la piedra, miran de otra manera y poseen un encanto por los cerros, amándolos como parte de su cuerpo” (LA, 2001).

Además, resalta que el cerro les enseña dureza y seriedad, cualidades que se manifiestan en la relación cotidiana con sus seres queridos: “De alguna forma, esa misma seriedad nos protege, nos muestra que la vida no es fácil, pero que con empeño se sale adelante” (LA, 2001).

Estas experiencias de vida, adquiridas al observar el esfuerzo del padre, son valoradas profundamente por los hijos, aunque no siempre comprendan totalmente el modo de vida de los pirquineros. La familia se convierte en la razón de su sacrificio, ahorro y privaciones constantes, sabiendo que los momentos de bonanza son breves y deben mantener siempre una prudente moderación económica.

Luisa recuerda de manera emotiva cómo en 1997 las lluvias afectaron drásticamente la vida de los mineros: “Se aterrorizaron al ver agua por todas partes, quedaron sin trabajo, fue realmente difícil. Así trabajan el cerro, con amor y dolor” (LA, 2001).

Esta dualidad entre esfuerzo y ocasional disfrute define profundamente la vida de estos hombres.

El sacrificio del pirquinero es constante en el discurso familiar, lo que lleva frecuentemente a que los hijos pidan a sus padres abandonar el oficio, buscando protegerlos del desgaste físico y emocional que implica. A pesar de estas peticiones, los pirquineros, impulsados por una esperanza tenaz, regresan una y otra vez al cerro que les dio vida y sustento.

Dina Rodríguez reconoce: “Muchas veces les decimos que ya no arriesguen más, que se cuiden, pero, para ellos, su vida está ahí, en la mina, y no se cansan de soñar con encontrar ese golpe de suerte que mejore todo en un instante” (DR, 2001).

Existen también casos, como el de Marcelo González, que ejemplifican una perspectiva diferente sobre la vida familiar del pirquinero. Marcelo explica con convicción por qué ha elegido no formar una familia mientras sigue siendo minero:

Nunca he deseado tener una compañera mientras sea minero; me prometí no comprometerme, no casarme hasta tener un ingreso fijo mensual. He visto el sufrimiento en familias con niños y mujeres, especialmente cuando los pirquineros, debido a las circunstancias difíciles y la precariedad, caen en excesos como el alcohol, afectando negativamente a todos (MG, 2001).

En una de nuestras conversaciones, Marcelo agregó que si bien no desea comprometerse, entiende perfectamente a quienes sí lo hacen, pues reconoce que “la familia es el pilar de muchos mineros, el impulso que los mantiene de pie” (MG, 2001).

La vida del pirquinero está profundamente entrelazada con su familia, definiendo así su identidad cultural y social. El sacrificio, la solidaridad y la valoración familiar son aspectos centrales de su existencia, demostrando en cada gesto cotidiano que la familia es una lámpara que ilumina el arduo camino cerro arriba.

Este vínculo no solo proporciona apoyo emocional y estabilidad en medio de las incertidumbres del oficio, sino que también se traduce en la continuidad de tradiciones y saberes transmitidos de generación en generación.

Los pirquineros, en su obstinada perseverancia, encuentran fortaleza en los valores familiares que los sostienen cuando las dificultades se hacen más evidentes, especialmente en tiempos de escasez. La resiliencia aprendida en el seno familiar se refleja claramente en su capacidad para enfrentar adversidades como accidentes, enfermedades laborales y crisis económicas que afectan constantemente su sustento.

Además, es a través del núcleo familiar que los pirquineros proyectan sus sueños y expectativas, aspirando a que sus hijos puedan tener oportunidades mejores y diferentes a las que ellos tuvieron.

En este sentido, la familia no solo es refugio y consuelo, sino también una inspiración y un motor constante que impulsa a cada minero a continuar adelante, mirando hacia el futuro con esperanza y determinación.



Bajo tierra, el pirquinero se sostiene en la roca y en su propio cuerpo. La luz que porta no ilumina el espacio completo: apenas alcanza para seguir, para estar. En esa pausa, entre herramientas y muros irregulares, se vuelve visible una forma de habitar el mundo donde la fortaleza no se declara y los vínculos no necesitan nombrarse, porque se afirman en el silencio compartido del trabajo.

MÁS ALLÁ DE LA FAMILIA DEL PIRQUINERO

Nada del orden social que sostiene la vida de los pirquineros se encuentra escrito en manuales ni en reglamentos. Surge, más bien, de una comprensión profunda, forjada en la práctica diaria del pique, en el esfuerzo compartido y en la soledad del pique. Es un orden nacido del cuerpo y de la experiencia, que se expresa menos en declaraciones que en actos. Y si bien puede parecer invisible desde fuera, está presente en cada decisión, en cada gesto solidario, en cada silencio que acompaña el trabajo cotidiano.

A partir de esa vida común —hecha de caminatas largas, madrugadas heladas, vetas esquivas y encuentros al paso— se configura una red social que no se impone desde arriba, sino que se construye desde abajo, desde la tierra misma. Los vínculos entre pirquineros se sostienen en valores profundamente encarnados: la libertad, la fe, la esperanza, la perseverancia, el sacrificio, el respeto al cerro y a los otros, la solidaridad sin ostentación, y una forma de dignidad que no admite jefes ni imposiciones externas. Esos valores no son ideas sueltas, sino pilares concretos que organizan su forma de habitar el mundo.

El pirquinero porta una tradición que se sostiene sobre valores superlativos: son hombres libres, son sus propios jefes, y su vida está envuelta en esperanza, fe, solidaridad y una fortaleza inquebrantable. Esta fortaleza, que podríamos llamar su “temple eterno”, le permite enfrentar las adversidades con una determinación que parece no desgastarse con el tiempo ni con las duras pruebas que presenta la vida en la mina. La familia, cuando la tienen, es un pilar fundamental, y la ayuda mutua entre compañeros pirquineros es una constante. Su vida cotidiana está profundamente ligada a lo que creen y sienten; sus acciones y decisiones diarias reflejan estas creencias y emociones.

A pesar de lo efímero de la veta, que a veces brocea y los obliga a abandonar el lugar, o de la necesidad de partir hacia otro cerro en busca de nuevas oportunidades, los pirquineros sostienen con firmeza su tradición, su modo de vida y su cultura pirquinera. Aunque las circunstancias los obliguen a moverse, no pierden de vista los valores que guían su existencia y se reconocen entre sí por ellos.

Las relaciones sociales de los pirquineros se manifiestan de manera constante en los diversos espacios en los que se desenvuelven, ya sea en las minas, en las plantas de procesamiento o en los campamentos temporales de la sierra Jesús María. Estos espacios son lugares de interacción comunitaria, donde las actividades del oficio y la vida cotidiana se entrelazan formando una red de relaciones que, aunque temporales debido a la naturaleza transitoria de la explotación minera, están cargadas de significados compartidos y experiencias comunes. Sin embargo, también pueden permanecer décadas en la misma sierra, ya sea en la misma mina o en otras.

A pesar del aislamiento físico y la rudeza del entorno, los pirquineros no habitan la soledad, sino que configuran colectividades densas que, si bien pueden tener la caducidad de la veta, dejan una huella indeleble en quienes las integran. Es una convivencia donde la fragilidad del oficio se compensa con la solidez del vínculo: durante ese tiempo suspendido en el cerro, se comparten sentidos y significados que se entranan profundamente en sus historias de vida, consolidando una identidad común que resiste la dispersión y perdura más allá del cierre de la faena. En este entramado, lo más valorado es no depender de nadie: “Lo mejor que tiene el pirquinero es que trabaja a voluntad, no lo manda nadie. Trabaja para sí mismo; si a uno le va bien, es para uno. Es la garantía de un pirquinero, no trabajar apatronado” (MG, 2001). Esa autonomía no es concesión ni privilegio: es el espacio donde se despliega la verdadera dignidad del pirquinero. Cada golpe de martillo, cada decisión tomada en la penumbra del socavón, reafirma que su vida le pertenece. Y en esa posesión de sí mismo, en esa capacidad de decidir sobre el propio trabajo, el propio mineral y el propio destino, reside su libertad más profunda: aquella que rechaza ser dominado, que se niega a ser mercancía, que se sostiene jornada tras jornada como acto de soberanía sobre la propia existencia, la dignidad de quienes se saben dueños de sus propias vidas.

SOLIDARIDAD EN LA SIERRA: VÍNCULOS MÁS ALLÁ DE LA FAMILIA

En la sierra Jesús María, al sur de Copiapó, la soledad del pirquinero nunca es absoluta. Aun cuando muchos trabajan en un pique solitario, lo hacen conscientes de que forman parte de un entramado humano que los sostiene día a

día. Las relaciones suprafamiliares —es decir, las que van más allá de los lazos parentales— emergen de la experiencia compartida en el cerro. No están codificadas por normas formales ni definidas por parentesco, sino tejidas a través de la convivencia en condiciones duras, la cooperación cotidiana y un sentido moral de apoyo mutuo nacido del riesgo compartido. En los campamentos mineros temporales, que se levantan como pequeños caseríos dispersos, se genera una vida comunitaria basada en reconocimientos y apoyos tácitos. En estos gestos cotidianos —un préstamo de gasolina, un dato sobre un filón, dejar sacos de metal fuera de su mina a los que están pasando el “mal ojito” para que los puedan moler, la ayuda para sacar el capacho de mineral— se revela una solidaridad profunda que permite “habitar el cerro” con sentido de pertenencia, a pesar de la precariedad extrema del oficio. Estas relaciones no se declaran; se practican día tras día, constituyendo una auténtica ética de la reciprocidad construida en la soledad del trabajo y ante el peligro constante. “Minero salva a minero” se repite entre ellos, enfatizando que son los propios pirquineros quienes acudirán en auxilio cuando lo necesiten, lo que se evidenció en lo que sucedió con el accidente de los 33 en la mina san José en 2010. Don Marcelo González relata en una entrevista cómo sobrevivió a un accidente gracias a ese compañerismo: “A mí me sacaron de abajo cuando me cayó el pique, y fue un vecino, no fue ninguna autoridad. Nosotros nos cuidamos entre nosotros porque nadie más va a venir” (MG, 2001). La fragilidad compartida cementa este principio de hoy por ti, mañana por mí: no se trata solo de ayudar al otro, sino de hacerlo sabiendo que uno mismo puede ser el próximo en necesitar auxilio. Así, cada pirquinero actúa con la conciencia permanente de que su propia vida puede depender del compañero.

Dentro de este mundo sin jefes ni contratos cada cual es independiente, pero, paradójicamente, interdependiente de los demás. “Aquí nadie es patrón de nadie, pero todos saben quién es quién” (RG, 2017), resume don Raúl Guggiana, destacando que el respeto y el reconocimiento se ganan por la forma de comportarse en el cerro: se comparte lo que se tiene, se cuida la seguridad del otro, se respeta el pique ajeno. Esa reputación suprafamiliar importa más que los apellidos o las credenciales. La autonomía del pirquinero —ser “su propio jefe”, como suelen decir con orgullo— convive con una

moral comunitaria donde el egoísmo y la codicia están mal vistos. “Uno allá arriba no puede ser egoísta. Si hay uno que tiene un poquito más, ayuda. Porque uno no sabe cuándo le va a tocar estar abajo” (JSE, 2001), explica don José Santos, señalando que esa enseñanza la aprendió de “los viejos”. En la práctica, esto significa que el éxito individual siempre está entrelazado con la suerte colectiva: quien encuentra una buena veta no la explota completamente solo, y quien tiene un poco más de comida o insumos los comparte, sabiendo que la rueda de la fortuna puede girar en cualquier momento.

Esta economía moral que se vive en la sierra recuerda la descripción clásica de los antropólogos sobre redes de reciprocidad en contextos de subsistencia, donde la solidaridad es parte de una estrategia de supervivencia colectiva. Este entramado suprafamiliar constituye un sistema de significados que configura la vida social pirquinera: un conjunto cultural de símbolos y prácticas que convierte al cerro y sus minas en espacios tanto materiales como morales. Siguiendo a Guber, los propios términos que emplean los pirquineros no se limitan a describir su mundo, sino que tienen un carácter performativo: cada relato de ayuda o acto de solidaridad contribuye a edificar la realidad que evoca (2004, p. 45). Así, al repetir y honrar códigos como “minero salva a minero”, la comunidad refuerza su cohesión, define su identidad y mantiene vivos los valores que la sostienen culturalmente.

En el día a día del trabajo, los mineros establecen diversas formas de asociación más allá de la familia nuclear. A veces operan totalmente solos, afirmando su autonomía en cada golpe en la veta y cada perforación hecha a pulso. En otras ocasiones se conforman pequeñas sociedades eventuales de dos o tres pirquineros para explotar juntos una veta o pirquén, compartir la carga del trabajo físico o turnarse en las labores. Estas cuadrillas de pirquineros o socios perduran solo mientras dura la explotación de una veta rentable, pero durante ese tiempo los lazos que se forjan pueden llegar a ser tan fuertes como los familiares. La coordinación estrecha que exige el trabajo en equipo refuerza la confianza entre ellos: “Si un socio falla, todos fallamos; por eso, la confianza es sagrada” (JV, 2001), advierte don Juan Valladares enfatizando que en la mina cada quien depende del otro para salir airoso. Operar un huinche manual para sacar baldes de roca desde las profundidades, por ejemplo, requiere sincronización total: la vida del que trabaja

abajo depende de la atención del que gira la manivela arriba o con huinche. Esta responsabilidad compartida deviene en una suerte de hermandad de oficio. Incluso sin hablar, los compañeros de faena aprenden a leerse el uno al otro: “Uno anda por esos piques y no sabe si sale, pero si el compañero está ahí, uno respira mejor. Uno escucha al otro en cómo golpea; si deja de golpear, ya sabe que algo pasa” (JSE, 2001). Este conocimiento corporal y sensible del otro solo se adquiere tras años de trabajo codo a codo en la oscuridad de la mina, desarrollando una comunicación casi táctil y una confianza absoluta.

Fuera del pique, en los campamentos y senderos de la sierra Jesús María, se extiende además una vigilancia ética colectiva: todos están pendientes de todos. Si alguien no llega al campamento al anochecer, se enciende la alarma comunitaria y espontáneamente se organiza una búsqueda. Si un pirquinero va a encender los tiros, avisa a los vecinos cercanos para que estén prevenidos. Cada minero sabe que su seguridad individual depende en parte de la atención colectiva, ya que en estos cerros aislados no hay supervisores externos ni primeros auxilios institucionales inmediatos. Con el tiempo, las cuadrillas de mineros han desarrollado protocolos tácitos de cuidado: por ejemplo, dejar una señal visible al ausentarse del pique, o gritar desde lejos al aproximarse a la boca de mina de otro para no asustarlo ni sorprenderlo en una tronadura. Aunque no existan reglamentos escritos, estas prácticas constituyen un código de convivencia transmitido oralmente por los antiguos.

En la memoria local abundan relatos de rescates heroicos realizados por colegas y vecinos, los que refuerzan el valor de la lealtad suprafamiliar. Son historias que se cuentan junto al fuego, bajo las estrellas, y que cumplen una función aleccionadora para los más jóvenes: enseñan quién es digno de confianza, qué comportamientos son inaceptables (por ejemplo, pegarle en la veta a otro —explotar a escondidas el filón ajeno—, acto duramente condenado) y cómo en el cerro “hoy por ti, mañana por mí” no es solo un dicho sino una realidad palpable. En últimas, la “familia minera” del cerro, nacida del compañerismo y la necesidad, sigue siendo el sostén más firme de cada pirquinero.

ENAMI: ALIADO ECONÓMICO Y PATRÓN SIMBÓLICO AUSENTE

Entre los actores externos que gravitan en la vida del pirquinero, la Empresa Nacional de Minería (Enami) ocupa un lugar central y ambivalente. Por un lado, es el comprador formal —casi obligatorio— de la producción: la entidad estatal que recibe el mineral, lo procesa y lo paga, convirtiéndolo en recursos económicos para el minero. Por otro lado, en el imaginario pirquinero Enami aparece casi como un “patrón” colectivo distante que tiene el poder de validar o invalidar el trabajo de semanas. Los mineros reconocen que sin Enami difícilmente podrían vender lo que extraen —“Si no fuera por la Enami, no habría nada”, se dice con resignación—, pero al mismo tiempo sienten que la empresa (y el Estado en general) no valora ni comprende realmente la minería artesanal o, mejor dicho, la pirquinería. Hablan de una “deuda histórica” del Estado con los pirquineros, de un olvido sistemático hacia su aporte a la riqueza minera del país. Muchos sostienen que Enami enfoca sus programas de apoyo en la pequeña minería más empresarializada o en los productores de mayor escala, dejando de lado al pirquinero. Existe la percepción de que Enami, aun siendo necesaria para su subsistencia económica, no entiende la lógica del pirquinero. “Enami ayuda, pero no sabe lo que es ser pirquinero. Nos piden papeles como si fuéramos empresa, y no entienden que uno trabaja con lo que tiene” (JA, 2017) reclama Juan Araya aludiendo a la burocracia de trámites y requisitos formales que la empresa exige y que resultan ajenos a la realidad del minero artesanal.

En décadas pasadas, según relatan, la relación con Enami era más directa y personalizada. Cuentan con nostalgia que antaño podían llevar pequeñas cantidades de mineral a oficinas o plantas locales de Enami, donde el material se pesaba e incluso se fundía frente a sus ojos. Por ejemplo, en los años 80 o 90 bastaba llegar con un par de sacos de roca rica en oro (“dos sacos buenos”) para hacer negocio en el día, sin mayores trámites. “Ahora, si no juntas diez toneladas, no hay trato” (JV, 2001), señalando cómo los pirquineros quedan excluidos del sistema.

Además, los procedimientos modernos implican que el pirquinero deba entregar su mineral prácticamente a ciegas: deja sus sacos en la planta y debe esperar días o semanas el informe técnico que le dirá cuántos gramos

de oro contenían y cuánto se le pagará. En ese lapso nace la incertidumbre e incluso la sospecha. Como afirmaban reiteradamente: “Uno entrega, pero no sabe lo que sale, a veces te dicen que el mineral no tenía nada, pero uno sabe lo que vio. Entonces, ¿a dónde se fue ese oro?” (RG, 2017). Esta frase revela la desconfianza que muchos sienten respecto del proceso de análisis de laboratorio en Enami —temen posibles errores o incluso fraudes en la determinación del contenido de oro— y, a la vez, el sentimiento de impotencia ante una institución que maneja los resultados de su trabajo sin la transparencia que ellos desearían.

No sorprende, entonces, que algunos pirquineros traten de bordear el sistema formal. Cuando el bolsillo aprieta o la desconfianza pesa, parte del oro circula por canales alternativos: compradores informales o tratos directos donde medie la confianza personal. Se estima que una fracción no menor de la producción aurífera de la pequeña minería se comercializa por vías extraoficiales (Cámara de Diputadas y Diputados. Comisión de Minería y Energía, 2023, 2024; Dirección de Presupuestos, 2017, 2022; Ministerio de Minería, 2018; Servicio Nacional de Geología y Minería, 2024; Servicio Nacional de Aduanas, 2019, 2024; Sociedad Nacional de Minería y Servicio Nacional de Geología y Minería, 2009; Subsecretaría de Minería, 2021). Estas ventas, sustentadas en la lealtad entre mineros y comerciantes locales, evidencian que el mercado no regulado puede verse como otra extensión de las redes suprafamiliares. En lugar de recurrir a la empresa estatal, algunos prefieren fiarse de conocidos y asumir los riesgos, ya que afirman su autonomía frente a un sistema que sienten adverso.

Con todo, a lo largo del tiempo Enami ha sido para los pirquineros una figura ambigua: necesaria para su economía, pero distante en su comprensión de la cultura del pirquineo. Mientras para la empresa cada lote son números y leyes mínimas que cumplir, para el pirquinero cada saco es el fruto de su sacrificio y lleva implícito su dignidad. Esta distancia administrativa y cultural refleja lo que perciben como la deuda no resuelta del Estado con ellos. Desde una mirada estructural, la relación tensa con Enami evidencia el desencuentro entre dos modelos: el del pirquinero artesanal, basado en la experiencia directa y la confianza personal, y el del aparato estatal, centrado en criterios técnicos, burocráticos y económicos.

SERNAGEOMIN Y LA SEGURIDAD MINERA: ENTRE LA NORMA Y LA PRÁCTICA

Otra relación suprafamiliar crucial, aunque de naturaleza distinta, es la que los pirquineros mantienen con el Servicio Nacional de Geología y Minería (Sernageomin) y, en general, con el aparato regulador del Estado en materia de seguridad minera. A diferencia de Enami —que interactúa con los pirquineros en el plano económico—, Sernageomin representa la presencia de la ley y la técnica formal en el cerro: es el organismo encargado de fiscalizar labores pirquineras, otorgar permisos de explotación, capacitar en seguridad y llevar registro de las minas. En teoría, cualquier pirquinero debería registrar su mina, obtener autorizaciones para operar y para usar explosivos, y presentar un plan de cierre. En la práctica, muchos trabajan al margen de estas exigencias, sea por desconfianza o porque consideran inviable cumplir con todos esos trámites, lo que genera una suerte de tolerancia informal. Sernageomin sabe que existen decenas de pirquenes o minas sin regular en distritos como Jesús María, pero solo interviene cuando ocurre un accidente grave o cuando se organizan operativos especiales de regularización. Desde la perspectiva de los pirquineros, la relación con Sernageomin suele ser distante y tensa. Algunos la perciben más como una amenaza de sanción que como una ayuda. Temen que una inspección pueda resultar en la clausura de su pique por no cumplir estándares pensados para minas mucho más grandes. “Vienen y nos piden mil cosas, planos, papeleos, ¿de dónde vamos a sacar eso?”, se queja un minero, enfatizando la brecha entre la normativa y su realidad cotidiana. Hay un sentir generalizado de que la burocracia minera no se adecua a la escala artesanal, es decir, lo mismo que critican de Enami se extiende a Sernageomin y otros organismos.

Dado que la ley exige que la manipulación y almacenamiento de explosivos esté controlada, los pirquineros solo pueden adquirir dinamita y detonantes por medio de un polvorín comunitario con permiso vigente que administra el Sindicato de Trabajadores Independientes Mineros y Pirquineros de la Provincia de Copiapó y en la sierra Jesús María su sindicato activo, los cuales deben contar con permisos de carabineros y del Sernageomin.

No obstante, los pirquineros reconocen la importancia de la seguridad —han visto suficientes tragedias en el cerro como para saberlo— y valoran

ciertas instancias de apoyo técnico cuando ocurren. Por ejemplo, a raíz de accidentes célebres (como el de la mina San José en 2010, que aunque ocurrió en una operación de la mediana minería sacudió a todo el sector), Sernageomin intensificó las capacitaciones en faenas pequeñas sobre fortificación de túneles, ventilación y uso correcto de explosivos. Si bien estas iniciativas son apreciadas, a menudo llegan después de algún accidente y duran poco tiempo. En el día a día, la seguridad depende de ellos mismos, de su experiencia y de la ayuda de los vecinos más que de cualquier supervisión externa.

Cuando ocurre una tragedia en la mina, el contraste entre la experiencia vivida por los pirquineros y la mirada institucional se hace aún más doloroso. En la madrugada del 28 de febrero de 2025, la prensa informó que tres pirquineros de entre 64 y 74 años perdieron la vida en un derrumbe en la mina ubicada en la sierra Jesús María, al sur de Copiapó (Bío-Bío Chile, 28 de febrero de 2025). La prensa recogió declaraciones de la empresa, que indicó que la explotación se realizaba en terrenos de Enami sin autorización formal (*Soy Chile*, 1 de marzo de 2025) y publicó titulares del tipo “Podrían haber estado trabajando en la ilegalidad” (Bío-Bío Chile, 28 de febrero de 2025), los que sin lugar a dudas reforzaron la visión de la pirquinería como una actividad peligrosa e “ilegal”. Sin embargo, este etiquetado choca con el arraigo cultural y técnico que caracteriza el oficio, un saber encarnado en el cuerpo y en la memoria colectiva de la comunidad. Para los pirquineros, estas pérdidas no son cifras abstractas, sino rostros y voces que llevan consigo siglos de transmisión de saberes situados.

TEJIDO SOCIAL Y SIGNIFICADO PROFUNDO DE LOS LAZOS SUPRAFAMILIARES

Las relaciones suprafamiliares de los pirquineros se inscriben en el cuerpo y en la memoria colectiva como un sistema simbólico performativo que dota de sentido al oficio y asegura su continuidad. No se trata de instancias ocasionales de ayuda, sino de una red de prácticas encarnadas que constituyen la gramática de una cultura fundada en la reciprocidad y la libertad. Bajo la penumbra de los piques, los cuerpos aprenden a coordinarse en la escaleras de cimbra, en el ritmo del barreno o en el murmullo que advierte

un derrumbe inminente. Este aprendizaje práctico se transmite oralmente y por imitación, conformando una ética suprafamiliar que se materializa en una sabiduría situada, en una solidaridad encarnada.

En la superficie, los campamentos dispersos son arenas de negociación cultural donde la pirquinería artesanal se enfrenta a la lógica burocrática de Enami y Sernageomin. Aquí emerge un proceso de hibridación donde los pirquineros asisten a cursos de seguridad y cumplen con los lotes mínimos exigidos, pero traducen esas normas a la lógica situacional del cerro, preservando sus canales informales de comercialización basados en la reputación personal. Esta tensión creativa entre lo formal y lo local evidencia una agencia colectiva que desafía la dicotomía Estado-comunidad, generando espacios de autonomía en los intersticios de la regulación.

Sin embargo, el prestigio dentro de la red suprafamiliar se construye a partir de narrativas de rescate y de relatos de las vetas y la vida en el cerro. Ser pirquinero no es únicamente un estatus laboral; es pertenecer a una gran familia minera donde los símbolos —la pala, el casco, el mechero compartido— producen significados compartidos y refuerzan la identidad colectiva. Cada historia de un compañero que escapa al derrumbe o de un joven que aprende a leer la veta se suma al acervo mítico de la comunidad, donde la memoria oral funciona como depósito de conocimiento técnico y moral.

Frente al imperativo de la formalización y al envejecimiento de las cuadrillas, esa economía moral y simbólica revela su mayor fuerza: el “oro invisible” que sostiene la dignidad del oficio. Más allá de la fluctuación de precios o de las exigencias de trámites, la riqueza pirquinera reside en la densidad de los lazos humanos que se estrechan con cada gesto de ayuda. Comprender la cultura del pirquinero desde una perspectiva antropológica implica adentrarse en este entramado de prácticas, relatos y símbolos, reconociendo que el verdadero valor no se mide en gramos de metal sino en la fuerza colectiva que, con cada golpe de barreno, renueva el pacto de solidaridad y libertad que define su modo de vida.

En términos estructurales, estos lazos permiten la supervivencia de la minería artesanal en un entorno adverso: suplen las carencias de capital, de infraestructura y de respaldo institucional mediante la cooperación

horizontal. En términos simbólicos, crean un sentido de comunidad y pertenencia que da orgullo y significado a un trabajo duro y riesgoso. Ser pirquinero no es solo una ocupación individual, es pertenecer a una familia amplia de mineros que comparten valores, historias y un destino común. Esa pertenencia se renueva cada vez que un pirquinero saluda a otro en la quebrada, cada vez que se reúnen a compartir un asado tras una jornada extenuante o se ayudan frente a una desgracia. Es una hermandad de la piedra y el oro, forjada en la soledad de los cerros, pero sostenida por la unión entre pares. En la cultura pirquinera, las relaciones suprafamiliares son hilos centrales en el tejido de relaciones que se sostienen entre minas, cerros y sus espacios de significados, y que dan a cada minero un lugar en el entramado social más allá de sí mismo y de su familia nuclear.

En la práctica, estas interacciones han tenido efectos materiales e inmateriales muy concretos. Han permitido sostener modos alternativos de producción y comercio, que vuelven a la pirquinería más resiliente frente a los cambios de políticas o de mercado, y al mismo tiempo han ido moldeando una identidad colectiva reconocible: la del pirquinero solidario, independiente, dueño de un conocimiento fino sobre la extracción y el manejo de técnicas y herramientas. Ese saber le permite controlar la explotación incluso en las condiciones más complejas, adaptar y crear herramientas a su propia escala, combinar utensilios tradicionales con un manejo técnico de herramientas semimecanizadas y mecanizadas. Todo ello, forjado en la cotidianidad del cerro, le da autonomía para sostener su oficio aun en escenarios de ausencia de apoyo estatal, alimentando también la desconfianza frente a autoridades que, desde hace décadas, se han mantenido a distancia y lo han dejado en los márgenes.

Ese saber no es neutro: les otorga autonomía concreta frente a la precariedad y la falta de apoyo del Estado. En la medida en que han debido aprender a resolver solos la mayoría de sus problemas —desde el arreglo de herramientas hasta la organización del trabajo y la búsqueda de compradores— también han desarrollado una actitud de desconfianza hacia una autoridad que aparece casi siempre distante, lenta, normativa y poco concededora de su modo de vida. Las instituciones llegan muchas veces con requisitos, formularios, plazos y discursos, pero rara vez con una comprensión real de lo que implica sostener

una mina pequeña en un cerro donde todo cuesta. De este modo, la red suprafamiliar opera como un dispositivo de contención: cuando el Estado se retira o no llega, son otros pirquineros quienes ofrecen consejo, ayuda, crédito informal, transporte o simplemente compañía para seguir insistiendo en la veta.

Esa distancia se vuelve aún más evidente cuando la compra y concentración de grandes paños de pertenencias mineras por parte de compañías de la gran y mediana minería —incluidas empresas estatales, industrias agrícolas y sumada a la expansión de fotovoltaicas, terminan cerrando caminos y accesos usados históricamente por los pirquineros, incluidos aquellos que mantienen pertenencias a su nombre y pagan puntualmente sus patentes. En muchos casos, pirquineros que trabajan de forma artesanal en pertenencias de estas empresas son rápidamente clasificados como “ilegales”, porque su forma de trabajo no calza con las categorías administrativas que intentan definirlos. Al mismo tiempo, quienes sí tienen pertenencias inscritas a su nombre quedan atrapados en un circuito donde, como ellos dicen, “piden muchos papeles” y, aun cumpliendo con el pago de patentes, no logran acceder ni a los apoyos estatales ni, muchas veces, a los propios caminos de entrada a sus minas. Cuando el cerro se cerca, la huella pirquinera queda al otro lado del portón: los antiguos senderos se transforman en rutas privadas, las entradas a minas conocidas se marcan como zonas restringidas, y el territorio donde antes se movían con relativa libertad se vuelve un espacio administrado por otros.

En ese escenario, solo la resistencia, la esperanza y la fe permiten seguir insistiendo en el oficio. Quienes son dueños de pertenencias continúan pagando patentes para no perderlas, año tras año, aun sin poder entrar; mientras que quienes no son propietarios o no pueden arrendar se ven desplazados cada vez más lejos, o hacia minas donde puedan trabajar sin ser sancionados, profundizando así los procesos de invisibilización.

Este empuje constante hacia los bordes ha llevado a los pirquineros no solo a los márgenes físicos del territorio, sino también a márgenes simbólicos, donde su existencia se vuelve difusa para quienes deciden sobre el uso de la tierra y del subsuelo. Y si bien esta problemática va más allá de la Sierra Jesús María, aquí las fronteras del trabajo pirquinero siguen estando vinculadas a las minas y sus vetas, a los cerros que conocen por nombre, y también

a los pirquineros colla, que enfrentan las mismas trabas y los mismos silencios, quedando relegados a una espera que parece no terminar nunca. Allí donde no hay respuestas, la red suprafamiliar sostiene y resiste: comparte información, advierte sobre nuevos cercos en otras serranías, enlaza experiencias entre distintos sectores mineros de la región. En ese sentido, la red pirquinera se vuelve también una red que desborda el territorio inmediato de la sierra, una trama que podríamos pensar como supraterritorial, porque une cerros, quebradas y comunidades a través de relatos, conocimientos, estrategias y esperanzas compartidas.

Nunca se deja de ser pirquinero por decreto ni por cierre de camino, barreras y candados. Aunque la mina esté cercada, aunque el acceso se vuelva más difícil, aunque la edad pese en el cuerpo, el vínculo simbólico con el cerro y con los otros pirquineros se mantiene.

Lo que se hereda no es solo una pertenencia inscrita o herramientas, sino un modo de estar en el mundo. Se sostiene la esperanza de encontrar “el derrotero” o “la veta mesa”, se sostiene la fe en que el cerro y en las vetas que contiene y se sostiene la red simbólica y material que han trenzado con otros pirquineros, con la mina y con el territorio. Eso que los sostiene es también lo que los define: un temple aprendido mirando a padres, abuelos, tíos, hermanos y compañeros, que se ha transmitido, con matices, a nuevas generaciones que han crecido escuchando historias de vetas, derrumbes, hallazgos y pérdidas.

Incluso hoy, en pleno siglo xxi, con presiones de formalización, con proyectos que avanzan sobre el territorio y con un notorio envejecimiento de quienes siguen subiendo al cerro, ese espíritu suprafamiliar —y también supraterritorial— continúa siendo la columna vertebral de la pirquería. Los relatos de campo y las voces de los propios pirquineros lo confirman: por encima de las dificultades, la “familia minera” del cerro permanece unida. En suma, comprender la cultura del pirquinero implica reconocer que su riqueza más importante no está solo en las vetas de oro que persigue, sino también en los lazos humanos que ha tejido al buscarlas. Esos lazos suprafamiliares, que cruzan cerros y generaciones, son el verdadero oro que permite que el oficio pirquinero se adapte y perdure con dignidad y sentido.



La escalera desciende desde la superficie hacia el interior del pique, afirmada a la roca y ajustada al espacio angosto del cerro. Desde este punto comienza el tránsito hacia el trabajo subterráneo: la luz queda atrás, el espacio se estrecha y el cuerpo se prepara para el descenso. Es un momento previo, contenido, donde aún se está afuera, pero ya no del todo.

MICRORRELATOS AUTOBIOGRÁFICOS DE CAMPO

CUADERNO DE CAMPO: ESCRITURA, SILENCIO Y ESCUCHA

Cada vez que abría mi cuaderno de campo, sentía que algo dentro de mí se desplegaba, mientras otra cosa —más sutil, más íntima— se replegaba en silencio. Era un gesto sencillo: abrir el cuaderno, tomar el lápiz. Pero detrás de esa acción cotidiana se ocultaba una densidad que solo con el tiempo he aprendido a comprender. En realidad, no se trataba solo de escribir: algo en mí se paralizaba. Y ese detenimiento —que antes no entendía— ahora lo reconozco como una forma profunda de respeto. De escuchar sin apurar. De no quebrar el ritmo del otro. De no imponer una pregunta cuando aún no era el momento. De registrar sin invadir.

En muchos momentos, ese cuaderno fue más bien un refugio que una herramienta, pero eso llegó con el tiempo, pues hubo jornadas que no sabía cómo traducir en palabras todo lo que me atravesaba y lo que sentía. Había jornadas en que lo único que lograba escribir era una frase suelta, una imagen fugaz. Las imágenes quedaron grabadas y ellos, en su generosidad, jamás se negaron a que grabara, pero muchos de estos días era ir y estar, acompañar, conversar, vivir el cotidiano, sentirlo.

¿Cómo poner en lenguaje esa mezcla de polvo, silencio, dignidad y dolor que envuelve a un pirquinero cuando desciende por el pique sin saber si regresará con algo entre las manos? ¿Cómo escribir sin traicionar esa experiencia que, más que contarse, se vive en carne y alma?

Había silencios que pesaban más que cualquier testimonio explícito y, en medio de ellos, mi cuerpo se volvía cuaderno: ojos alerta, espalda erguida, manos quietas. Aprendía, poco a poco, a escuchar con la piel, registrando el modo en que alguien ajusta el casco antes de internarse en el pique, cómo otro se seca el sudor con el mismo pañuelo cada jornada o cómo la comida circula con una generosidad que no se declama, pero se encarna.

Así, el cuaderno de campo dejó de ser un simple receptáculo de datos para convertirse en testigo de mi propio proceso de comprensión etnográfica. Sus páginas se poblaron de frases entrecortadas, bocetos torpes

de herramientas y diagramas de vetas que quizás nunca descifré del todo, pero que fijaban la memoria del instante. Sobre todo, se colmaron de preguntas: ¿Cómo escribir sin romantizar? ¿Cómo dar cuenta de lo que no se dice? ¿Qué define y hasta dónde llega el ser pirquinero? ¿Cómo transmitir el respeto que siento por ellos sin volverlos metáfora?

Cada anotación se volvía una negociación entre el rigor y la emoción. Porque, como sostiene Rosana Guber, “la etnografía no se construye desde la distancia, sino desde la implicación del investigador en el mundo que estudia” (2001, p. 23). Mi escritura, entonces, fue el modo de procesar esa implicación, de no olvidarla, de devolverla con palabras que no traicionaran lo vivido.

En los márgenes de esas páginas empecé a notar cosas que no eran técnicas ni citas: eran frases como “la fe no se entrevista” o “el polvo también habla”. Esos registros fueron parte del trabajo de campo. El cuaderno se volvía, poco a poco, un espacio de síntesis entre lo que veía y lo que me afectaba. Allí convivían el conocimiento técnico que ellos compartían —cómo afilar un barreno, cómo interpretar el color de la piedra— con las pequeñas verdades que descubrí observando: que uno no se sienta de cualquier forma, que se espera al otro en silencio, que se comparte la sombra, aunque no haya palabras.

Más adelante comprendí que cuando mis palabras no lograban fluir en escritura, era un síntoma de algo más profundo: mi propia transformación como antropóloga. Porque ese cuaderno de campo, que antes pensaba como una herramienta externa, se convirtió en la prueba de que yo también estaba siendo modificada. De que la etnografía no se hacía únicamente desde el método, sino desde el cuerpo que baja al pique. Desde el silencio que escucha más que interroga.

Hoy, al releer esos cuadernos, no busco exactitud ni orden. Busco la imagen y el sentir. Esa señal de que estuve ahí, de que fui afectada. De que entendí —aunque fuese solo un poco— el peso simbólico de lo que significa bajar al pirquén, insistir en la veta, esperar en el silencio. Porque ese sentir de mi cuerpo es también una forma de respeto: una escritura que no grita, que no presume, que solo busca acompañar.

Y así, entre líneas de ideas cortas y silencios anotados, comprendí que el trabajo de campo no se trata solo de mirar al otro. También —y sobre todo— se trata de mirarnos a nosotras mismas mientras escuchamos. Porque, como

aprendí junto a los pirquineros, uno no baja solo al pique: también baja a sí mismo. Y lo que se encuentra ahí, en la penumbra, no siempre puede escribirse, pero siempre puede sentirse.

EN DIÁLOGO CON EL DESIERTO: LA VOZ DE LOS CERROS Y LAS PRIMERAS CAMINATAS

Comprender el desierto de la sierra Jesús María no ocurre de golpe; es un diálogo que se va urdiendo con lentitud, entre el crujido del suelo árido, el silencio que se suspende en la vastedad y el polvo que se adhiere a la piel como una segunda memoria.

El sol me golpeaba con la fuerza de un juicio antiguo. Las caminatas eran largas y muchas veces extenuantes. Iba en busca de los pirquineros, pero también —ahora lo entiendo— en busca de mí misma como etnógrafa. Mi madre, Rosa Acuña, me había dicho antes de partir: “Ve por donde caminaba tu bisabuela Luzmira. Allí están. Si buscas pirquineros, debes ir a Copiapó”. Y era verdad, persistían en el aire caliente que parecía conservar los susurros de quienes habían insistido antes que yo.

No fue sencillo. El inicio del trabajo de campo es, muchas veces, una apuesta ciega, una disposición a la espera. A no saber si ese otro que buscamos nos va a ver, a escuchar, a confiar. Yo me sentía como en la antesala de algo importante, pero que no podía forzarse. Me preguntaba si me aceptarían, si podría hacer justicia a su historia, si sabría cómo escribir sin caer en lugares comunes. La única certeza que me sostenía era la esperanza, parecida a la que los pirquineros llevan al cerro cada mañana y que se renueva sin garantías.

La primera vez que mencioné a Luzmira, lo hice con timidez. Fue en una pausa, sentada en la sombra mínima de una roca. Don José Santos me miró entrecerrando los ojos, como quien busca un recuerdo antiguo, y dijo: “¿Luzmira Ponce? ¡Claro que la conocí! Fuerte esa mujer, ¿eh? Como los cerros que caminaba. Ahora entiendo, tú también eres de aquí, niña”. En ese momento, algo cambió. Comenzaron a mirarme distinto. A hablarme distinto. A invitarme a escuchar sin tantas preguntas.

—La niña no le tiene miedo —bromeó un día don José, caminando a mi lado por una huella polvorienta—. Parece que el cerro la llama, como llamaba a su bisabuela. ¡Tenía que volver! (JSE, 2001).

Yo también lo sentía así. En cada caminata, en cada conversación bajo ese cielo inmenso, el cerro me hablaba. Pero no en palabras: me hablaba con pausas, con presencias. Me devolvía algo que creía perdido: la conexión con mi propia genealogía, con esa historia familiar que también era parte de la historia pirquinera, que se alojaba en la memoria de don José Santos.

Don Juan Valladares, en una conversación que surgió sin planearla, me dijo: “Uno no solo baja al cerro por oro. Baja a buscarse a uno mismo” (JV, 2001). Esa frase quedó grabada. Me di cuenta de que no estaba allí solo para recopilar datos. Estaba para estar. Para habitar. Para aprender a mirar como ellos miran la veta, a esperar como ellos esperan el derrotero, a reconocer que la antropología no siempre se hace con palabras: muchas veces, se hace con la presencia.

Mis notas de esos días fueron escasas; escribía poco y sentía mucho. Registraba olores, temperaturas, inclinaciones del terreno, dibujaba caminos. Me detenía en detalles mínimos: cómo alguien sostenía la mochila, cómo se saludaban entre sí sin hablar, cómo se acomodaban el gorro antes de una jornada. Esa era mi forma de ir aprendiendo su lenguaje, su mundo, sus modos.

Recuerdo un día, cuando preguntaron más de una vez por qué estaba en los cerros, por qué me gustaba estar en un sitio donde —según ellos— nunca ocurría nada. Respondí sin dudar: “Pero si aquí pasa todo”. Con esas palabras intentaba transmitir que, justamente en la quietud que ellos daban por sentada, latían historias, gestos y mundos tan densos como el propio desierto, pero también sabía que estaba allí por una intuición más antigua que mis razones: la certeza de que algo valioso se encuentra en lo que no se ve, en lo que ha sido olvidado, en lo que otros no buscan.

Así comenzaron mis verdaderas caminatas etnográficas. No guiadas por el mapa ni por un protocolo, sino por la fe. Por ese gesto de andar el cerro sabiendo que, quizás, alguien aparecerá. Y aparecieron. Uno a uno, fueron llegando. Me hablaban de su mina, de su padre, de las piedras que guardan en casa, de los sustos que han pasado. Yo escuchaba y escribía, pero, sobre todo, sentía, porque en esas primeras caminatas lo que hice no fue solo recolectar información, fue comenzar a escuchar al desierto. Y el desierto —como los pirquineros— no grita: susurra. Y, para oírlo, una debe aprender a guardar silencio.

JUAN VALLADARES: EL PIRQUINERO COMPLETO Y LA MEMORIA VIVA DEL OFICIO

La primera vez que caminé junto a Juan Valladares (JV, 2000, 2001) lo supe de inmediato: estaba frente a un hombre que no solo conocía el cerro, sino que lo llevaba adentro. No hablaba en exceso, pero cada frase suya parecía haber sido madurada en el pique, golpeada contra la roca, templada por la espera. Juan era uno de esos pirquineros que no buscan reconocimiento ni elogios, pero cuya sola presencia impone respeto. Su caminar lento, su respiración contenida por la silicosis que le carcomía los pulmones y esa manera de observar el cerro como quien escucha a un viejo amigo me enseñaron más de lo que cualquier teoría hubiera podido.

Pasamos varias jornadas juntos. Yo anotaba mientras él avanzaba por los senderos de la quebrada, pausado pero firme. Me hablaba de las herramientas, del temple de ellas y también del que había que tener para no dejarse vencer por la piedra ni por la incertidumbre. Él sabía que no todos aguantan, que no todos entienden que en este oficio no se trata solo de sacar mineral, sino también de escuchar, de esperar, de saber cuándo detenerse y cuándo avanzar. Como me dijo una vez, mientras el viento levantaba el polvo y él evaluaba, con mirada crítica, el estado de las herramientas que llevaríamos a reparar más tarde:

—Aquí, el que no tiene temple, se va. Porque el cerro no te va a regalar nada. Uno viene con fe, pero también con aguante. Eso es lo que nos queda.

Fue él quien, en una conversación que surgió sin apuro, me regaló la expresión que luego se transformaría en uno de los ejes de mi escritura: el pirquinero completo. Para Juan, no bastaba con saber barrenar o conocer una veta. El minero completo era el que había aprendido a trabajar sin dañar al compañero, a leer el cerro con respeto, a callar cuando era necesario, a compartir sin alarde. Era aquel que, incluso cuando el cuerpo ya no respondía, seguía sosteniendo con dignidad el oficio. Porque el oficio —como me decía— no se acaba con el trabajo. Se lleva en el cuerpo y en la forma de mirar la vida.

—Yo ya no bajo —me dijo una mañana mientras compartíamos la sombra de una roca—. Pero eso no quiere decir que no siga siendo pirquinero. Eso uno no lo deja. El que deja de serlo es porque nunca lo fue.

Aquella frase —tan simple como poderosa— me atravesó. Para él, ser pirquinero no es un trabajo ni una ocupación pasajera, sino una manera de habitar el mundo que exige sacrificio y paciencia, pero, sobre todo, una moral del cerro: en la sierra no todo vale; no se pica con codicia, no se traiciona al compañero que comparte la veta ni, mucho menos, se engaña al cerro.

Durante aquellos días don Juan me mostró cómo preparaba sus herramientas, escogía la piedra adecuada y afinaba el oído para descubrir si la veta podía abrirse; sin embargo, más allá de la técnica, me transmitió algo más hondo: al cerro no se le domina, se le escucha, se le acompaña, se le espera. Tiene su propio tiempo, y parte del aprendizaje consiste en aceptar que no somos sus dueños; a veces entrega, a veces se guarda, y en esa incertidumbre se cifra la grandeza del oficio: persistir sin garantía, insistir y, cuando corresponde, retirarse.

—Uno se forma en el silencio —me dijo un día mientras descansábamos al borde del socavón—. En mirar, en acompañar al otro. El que solo piensa en la piedra, no aprende nada. Porque esto se aprende con el cuerpo, pero también con el alma.

Esas palabras me resonaron por años. Porque Juan no hablaba desde la abstracción. Hablaba desde el esfuerzo. Desde el pulmón gastado por la silicosis, desde los dedos torcidos por el trabajo, desde el peso de haber sido testigo de la desaparición de muchos que no aguantaron. Pero también hablaba desde la alegría serena de saberse parte de algo más grande. De un oficio que tiene sentido incluso cuando no deja riqueza.

La cultura pirquinera, encarnada en hombres como Juan Valladares, está tejida de temple, de respeto, de fe, de dignidad. Él no necesitaba decir que era un sabio. Lo era. Lo mostraba en la forma en que se detenía a observar una veta, en cómo explicaba sin imponer, en cómo escuchaba incluso cuando no había pregunta.

Una vez, mientras bajábamos por una quebrada estrecha, se detuvo y dijo:

—Yo a veces sueño con el cerro. Y en los sueños no hay veta. Hay silencio. Y ahí me siento en paz. Porque eso es ser minero también: saber estar con el silencio.

Ese día anoté en mi cuaderno de campo: Juan Valladares es un minero completo no porque lo diga, sino porque lo vive. Porque en cada gesto, en cada palabra medida, en cada pausa, encarna lo que muchos apenas alcanzan a intuir: que la dignidad del oficio está en la forma de habitarlo.

EL HOMBRE LIBRE: UNA ÉTICA QUE SE APRENDE EN EL CERRO
Y SE REAFIRMA EN CADA JORNADA

Nadie les enseñó a ser libres, pero lo son. No porque alguien les haya dado permiso, sino porque eligieron esa forma de vida aun cuando el precio fuera alto. El pirquinero no necesita proclamar su libertad; la ejerce. Como dijo Juan Valladares en una conversación bajo la sombra del pique: “Uno viene porque uno quiere, no porque lo manden” (JV, 2001). Esa frase, simple pero contundente, da cuenta de una elección que no se grita, pero se repite cada día. La reafirma con cada paso hacia el cerro, con cada jornada que inicia sin que nadie se lo ordene, con cada decisión que asume en silencio. La libertad no es un horizonte abstracto: es una práctica diaria, un modo de estar en el mundo que se sostiene en el respeto por sí mismos, por el cerro y por los otros.

Pero esa libertad no vive sola. No existe aislada. Está tejida con valores que la hacen posible: fe, esperanza, perseverancia, respeto, sacrificio, solidaridad. No los nombra siempre el pirquinero, pero los vive. Los transmite con el cuerpo, con los gestos, con la mirada. Ser hombre libre no es simplemente no tener patrón; es también ser responsable de cada decisión. Es elegir volver al cerro aunque no haya certeza, aunque duela el cuerpo, aunque no haya paga segura. Es sostener el ritmo propio frente a un mundo que impone apuro, rentabilidad, subordinación.

La libertad del pirquinero se mide en actos mínimos pero decisivos, en gestos silenciosos que no se explican, pero que todos comprenden. En no ir al cerro cuando la intuición dice que no. En compartir una veta cuando el compañero lo necesita, o en dejarle, sin alarde ni aviso, algunos sacos de metal al borde del pique del que pasa por el “mal orito” a lo que se le denomina “pellada” (AA, 2025). En no rendirse, aunque no se encuentre nada. En parar el trabajo si alguien cae. Es una libertad con memoria, con historia, con cicatrices. No está escrita, pero se reconoce. Se aprende en el cerro y se

reafirma cada jornada. Se transmite entre pares, como un consejo que no se da con palabras, sino con el ejemplo. “Aquí uno trabaja como sabe. Si no sabe, aprende mirando” (FM, 2001), decía Fidel Molina, y en ese mirar se aprendía también a ser libre.

Esa libertad no es egoísta. No se trata de hacer lo que se quiere sin medir consecuencias. Al contrario: el pirquinero sabe que su libertad está ligada a la del otro. Que, si uno cae, todos pueden caer. Que el respeto por el cerro, por el compañero, por el pique no es opcional. Es parte del código. Un código no escrito, pero profundamente sentido. Una ética que regula silenciosamente lo que se puede y no se puede hacer, y que se manifiesta en los gestos cotidianos: en no avanzar si el compañero no está listo, en no abandonar el pique sin avisar, en advertir al otro si hay peligro, en saber que el respeto por el cerro no es opcional, sino parte del vínculo.

Esta moral no está escrita, pero se aprende observando y se confirma en la experiencia compartida. Como señala Geertz, los sistemas culturales se expresan en actos que son interpretables para quienes comparten los significados (2003, pp. 66-67); aquí, esa interpretación se da en el ritmo, en el silencio, en la pausa justa antes del disparo. Porque quien rompe ese equilibrio, pone en riesgo la vida de todos. “El cerro castiga al codicioso” (MG, 2001), advertía Marcelo González con esa sabiduría que no necesita adornos.

Ser hombre libre, entonces, no es una excepción. Es una forma de resistencia cotidiana frente a una historia que ha querido convertirlos en cifras o en folclor. Frente al olvido sistemático, el pirquinero afirma su libertad cada vez que baja solo, sin patrón, sin horario, sin maquinaria. No es rechazo a la tecnología ni a la modernidad: es una elección consciente de sostener el vínculo con el cerro desde la experiencia, desde la técnica artesanal, desde el conocimiento afinado por generaciones. Esa libertad es también memoria: la del padre que enseñó con su herramienta. Juan Araya me contó una tarde que su padre no le hablaba mucho, pero lo llevaba con él al cerro. “Ahí aprendí cómo se mira una piedra, cómo se respeta una veta. No me decía mucho, pero yo lo miraba todo el rato. Así se aprende” (JA, 2016), me dijo, sin necesidad de explicar más. Esa es la pedagogía silenciosa del cerro: mirar, caminar juntos, repetir sin palabras lo que otros hicieron antes, la del abuelo que nombraba

cada veta como si fuera un viejo amigo, la del compañero que murió sin oro, pero con respeto.

En esa libertad vive también la esperanza. No una esperanza ingenua, sino la que se cultiva en la incertidumbre. La que sigue bajando al pique aunque el mes haya sido malo, aunque el cerro esté duro. La esperanza es la forma más persistente de la libertad. La que no clama, pero insiste. La que no promete, pero sostiene.

Esa fe —que muchas veces no es religiosa, pero sí total— también define al hombre libre. No porque crea en milagros, sino porque cree en el cerro, en su herramienta, en su propio cuerpo. Cree en lo que no se ve aún, pero se intuye. Trabaja con la certeza de que la veta puede estar más allá del siguiente disparo, del próximo cateo, del polvo que hoy no brilla. Cree, porque ha aprendido a leer el cerro como se lee un rostro: con tiempo, con cuidado, con respeto.

Por eso el pirquinero no mendiga reconocimiento. No necesita discursos. Su libertad no es una bandera, es una forma de caminar. No se mide en palabras, sino en gestos. En el modo en que prepara su mochila, en cómo afina su combo, en la manera en que se detiene antes de entrar al pique. Porque ahí empieza todo: en ese momento en que decide entrar, sabiendo que puede no encontrar nada, pero aun así entra, con fe, con esperanza, con libertad.

Y cuando baja, no baja solo. “Cuando uno baja, baja con el tata, con el viejo, con los que ya se fueron, pero están ahí” (FM, 2001), me dijo don Fidel Molina una tarde mientras limpiaba su lámpara. Esa presencia no es un recuerdo nostálgico, es una forma viva de compañía. Baja con todos los que lo precedieron, con los que le enseñaron sin hablar, con los que le advirtieron sin exigir. Baja con una historia sobre los hombros, pero también con una decisión renovada. Porque cada vez que un pirquinero se calza el casco y toma la linterna y la de carburo, reafirma que sigue siendo dueño de su jornada, de su modo, de su forma. Y eso, en este mundo, es una de las pocas cosas que aún pueden llamarse libertad.

Ese hombre libre, entonces, no es un personaje. No es una figura ideal. Es real. Vive, anda por la sierra, baja a la plaza. A veces tiene los bolsillos vacíos, pero nunca la mirada perdida. Porque sabe quién es, qué hace y por

qué lo hace. Su libertad es su orgullo. Y en ella sostiene no solo su vida, sino una cultura entera que resiste sin necesidad de gritar. Una cultura que, mientras haya un pirquinero golpeando la roca, seguirá afirmando que sí, que aún hay hombres libres.

EL CUERPO Y EL CERRO: SABERES APRENDIDOS EN LA PIEDRA

No hay escuela más antigua ni más exigente que el cerro. Y en ella, el cuerpo del pirquinero es tanto alumno como herramienta. Cada músculo, cada hueso, cada articulación ha aprendido el ritmo y el peso de la piedra. No hay teóricos del cateo: hay espaldas cansadas, manos encallecidas, rodillas que crujen al agacharse. El saber del pirquinero no se anota, se encarna —aunque no en el sentido académico del término—; se graba en los tendones, en los oídos que distinguen el sonido de una veta, en los ojos que adivinan el color del oro antes de que la luz lo revele.

Dentro del pique, el cuerpo es guía, sensor y medida. No hay relojes que dicten las pausas: es el pulso el que avisa, la respiración la que ordena, el cansancio el que marca el momento de detenerse. “Aquí uno aprende con el cuerpo. Si no sabes usar el cuerpo, te matas”, decía Juan Valladares con el sudor cayéndole por la frente, con la misma naturalidad con que afirmaba cualquier verdad evidente. El cuerpo aquí no es símbolo: es instrumento, memoria y alerta.

Hay cuerpos más pequeños, más delgados, más firmes o más viejos, pero todos han sido entrenados por la tierra. El calor, el polvo, el peso de la roca, la humedad que se mete en los huesos: todo eso queda registrado en la piel. Hay dolores que se normalizan, lesiones que se cargan como parte del equipo. No por descuido, sino porque el cuerpo pirquinero se forja en la repetición y el riesgo. Y en esa forja aparece el temple. No el del mito, sino el del hábito: el temple que se expresa en la calma con que se prepara un disparo, en la paciencia de quien puruña sin apurarse, en el silencio del que sabe que gritar es romper el equilibrio.

El cerro no habla, pero se comunica. Tiene sonidos, colores, texturas. El pirquinero los interpreta no con fórmulas, sino con experiencia. “Cuando uno le pega con el combo y suena distinto, uno ya sabe, como

si algo le respondiera”, recordaba Carmelo Pinto con una mezcla de orgullo y respeto (CP, 2001). Esa sensibilidad no se enseña, se transmite. Se observa, se intuye, se practica y el cuerpo se vuelve antena, traductor, guardián.

Y si el cerro responde, también advierte. No es solo un lugar: es un otro. Tiene voluntad, memoria y carácter. “El cerro castiga”, repiten muchos. Y no es metáfora. Es la forma en que se expresa la consecuencia natural de la soberbia. El que entra apurado, sin respeto, sin cuidado, se arriesga más de lo necesario. Por eso el cuerpo también aprende a escuchar: no solo la veta, sino el entorno, el compañero, el viento. El cerro no es enemigo, pero tampoco es neutral. Es un territorio moral, lleno de señales. Hay que saber verlas.

Ese respeto se traduce en prácticas concretas. Entrar en silencio, no escupir, no golpear en vano. No jactarse del hallazgo. No entrar enojado. Se trata de una ética implícita, aprendida en la convivencia, en la repetición, en el ejemplo. No se habla mucho de eso, pero se sabe. Porque en el cerro, el cuerpo no solo sobrevive: aprende y ese aprendizaje es también resistencia.

En cada jornada, el cuerpo del pirquinero se somete a un nuevo examen. A veces gana. A veces cede. Pero siempre registra. Sabe cuándo frenar, cuándo insistir, cuándo es peligroso seguir. Esa sabiduría no está en los manuales. Está en la intuición antes del derrumbe, en el zumbido que anuncia la falta de oxígeno, en el olor que avisa que la veta está cerca. Es una sabiduría situada, construida entre el cuerpo y el cerro, entre el gesto y la experiencia, entre el riesgo y la memoria.

Este saber no se acumula, se actualiza. No se presume, se cuida. Por eso, el pirquinero experimentado no impone, enseña con la presencia. Y el joven que observa, aprende sin preguntar. El cuerpo es escuela para el que quiere quedarse. Para el que entiende que aquí el conocimiento es movimiento, silencio, paciencia.

Y así, cada cuerpo se vuelve archivo. De golpes, de sustos, de vetas halladas y pérdidas. De compañeros que ya no están, de herramientas que cambiaron de dueño, de cerros que fueron generosos o severos. El cuerpo guarda todo eso. Lo lleva encima. Y en cada nuevo pique vuelve a empezar, sabiendo que ese aprendizaje no es garantía de nada, pero sí la única forma de seguir.

Porque, al final, lo que sabe el pirquinero lo aprendió con la espalda cargada de metal, con la oreja afinada, con la piedra en la mano. Y en ese saber hay más que técnica: hay historia, respeto y un pacto silencioso con el cerro que lo ha visto ser, caer y volver a levantarse.

RECONOCER EL TERRITORIO OCUPADO MÁS ALLÁ DE LA SIERRA

Vivir en Copiapó me dio la oportunidad de reconocer algo que no estaba en mis planes iniciales, pero que los pirquineros habían señalado muchas veces con naturalidad: la plaza como lugar de encuentro, como territorio de persistencia. No fue en los socavones ni en la boca de mina donde primero los vi. Fue allí, en ese centro silencioso de la ciudad, donde los cuerpos marcados por el esfuerzo seguían expresando una pertenencia, una identidad forjada en el cerro, pero extendida hacia los espacios urbanos.

En la plaza de Copiapó, donde los pasos resuenan entre pimientos y bancas de madera, hay presencias que no todos advierten. La escena, en apariencia tranquila y común, se llena de signos si se sabe mirar: hombres que llevan el sol en la piel, los dedos callosos, la mirada profunda. Se sientan allí, a veces en silencio, a veces compartiendo un mate, otras veces con la vista fija en la nada. Para muchos, pasan desapercibidos. Para mí, comenzaron a dibujarse con nitidez.

No fue un descubrimiento repentino. Fue más bien una sensación acumulada, una intuición que se fue afinando con el tiempo. Desde que llegué a Copiapó, supe que debía ir al cerro, que allá estaba el corazón de esta historia. Pero también entendí que en la ciudad quedaban ecos, huellas, cuerpos que no subían más, pero que seguían portando la memoria del mineral.

La plaza era un punto de encuentro simbólico, un espacio de persistencia. Muchos de esos hombres ya no bajan a la mina, ya no barrenan, ya no pueden con la cimbra. La silicosis, los accidentes, la edad misma los ha alejado del cerro. Pero en ese rincón urbano, en esa banca repetida, continúan siendo pirquineros. Allí también se juega la identidad. Porque no se deja de serlo cuando se deja de trabajar.

Muchos pirquineros ya no bajan al pirquén: algunos por edad, otros por enfermedad, otros porque habían pasado su vida entera barrenando

y simplemente el cuerpo no les respondía igual. Pero siguen siendo pirquineros, lo son en su manera de caminar, en cómo saludan, en los relatos que comparten sobre vetas antiguas, en la forma en que se preguntan por el precio del metal, por los turnos en Enami o por quién necesita ayuda para vender su mineral.

Me fui dando cuenta de que la plaza funcionaba como un espacio simbólico donde se renovaban esos vínculos. A veces iban solos. Otras veces con un amigo, un hijo, un nieto. Y yo los veía, y sentía que esa era otra forma de hacer trabajo de campo.

En mis observaciones, anotaba frases sueltas: “Tienen la espalda cansada por la mina, no por la edad”; “Cuando se saludan, lo hacen como si compartieran algo que nadie más conoce”; “Nadie los nombra, pero todos los días están ahí”. Me impresionaba cómo se podía habitar un espacio sin que ese habitar fuera reconocido. Me preguntaba cuántas personas caminaban por la plaza sin verlos, sin saber que esas miradas contenían años de trabajo, sacrificio, pérdidas y también dignidad.

Fue entonces cuando comencé a pensar en la diferencia entre invisibilidad e invisibilización. La primera puede ser circunstancial, incluso natural. La segunda es un acto. Un acto de olvido, de omisión, de negación. Los pirquineros, estando en la plaza no son invisibles por naturaleza, son invisibilizados por una sociedad que no los nombra, que no los incluye en las estadísticas, que solo los recuerda cuando ocurre una tragedia o cuando la veta brilla. El resto del tiempo son figuras en el margen. Sin embargo, el pirquinero porta una tradición que se sostiene sobre valores superlativos, son hombres libres, son sus propios jefes y su vida está envuelta en esperanza, fe, solidaridad y una fortaleza inquebrantable. Esta fortaleza, que podríamos llamar su “temple eterno”, les permite enfrentar las adversidades con una determinación que parece no desgastarse con el tiempo ni con las duras pruebas que presenta la vida en la mina.

En el cuaderno de campo anoté: “Los reconozco por el temple. Porque caminan como quienes han medido el riesgo, como quienes han pactado con la roca. Nadie les pregunta, pero, si se les pregunta, responden. Y cuando lo hacen, emerge una sabiduría que desborda cualquier manual”.

En mis caminatas y pensamientos me preguntaba: ¿Qué significa “ser pirquinero” cuando ya no se trabaja en la mina? ¿Dónde se identifica esa identidad? ¿En el cuerpo, en la memoria, en la palabra compartida?

Como etnógrafa, sabía que la observación no bastaba; había que implicarse, había que mirar de otra forma, había que dejar que el otro afectara. Rosana Guber lo plantea con fuerza: el trabajo de campo es también una experiencia de transformación (2004, pp. 13-16). Y allí, en esa plaza aparentemente anodina, algo se transformó en mí. Comprendí que la etnografía no solo se escribe desde los socavones, sino también desde las plazas, desde los márgenes, desde esos lugares donde lo visible no siempre es evidente.

Ese día, mientras cerraba mi cuaderno, vi a un hombre levantarse con dificultad. Llevaba un gorro y su caminata tenía el temple pirquinero. Nadie lo miró, pero yo lo vi y, al verlo, supe que ese cuerpo era también territorio. Territorio de lucha, de trabajo, de pertenencia. Y que mi escritura debía comenzar desde ahí: desde el acto de ver.

PROYECCIONES

El mundo pirquinero de la sierra Jesús María no puede reducirse a la categoría de “minería artesanal” ni explicarse únicamente desde lo económico o lo técnico. Este libro ha buscado reconstruir, con sensibilidad etnográfica y rigurosidad antropológica, un universo cultural cargado de significados, silencios y resistencias. Lejos de ser una ocupación marginal, la pirquinería constituye una forma densa de habitar el mundo en la que el cerro no es solo fuente de riqueza, sino también interlocutor silencioso con el que se establece una relación ética, afectiva y simbólica. La vida del pirquinero —tal como se despliega a lo largo de estas páginas— es una existencia encarnada en la que cuerpo, territorio y memoria se entrelazan en diálogo continuo. Cada veta hallada, cada capacho apireado y cada mecha ajustada expresan valores profundos —libertad, fe, sacrificio, perseverancia, esperanza, respeto y solidaridad— no como eslóganes, sino como principios vividos que estructuran lo cotidiano y definen un orden moral.

Este trabajo demuestra que la pirquinería no es únicamente una estrategia económica, sino una cultura técnica y simbólica con formas propias de transmisión, legitimación y organización social. En su núcleo emerge con fuerza la noción de sabiduría situada, entendida como un conocimiento que no se aprende en manuales ni se transmite de manera abstracta, sino que se encarna en el hacer compartido: en el roce del cuerpo con la roca y en la escucha atenta al cerro. Se trata de un saber que se afina en la experiencia, en el error corregido, en la lectura del terreno y en la observación del agua que se filtra o del silencio que anuncia un derrumbe. Como señalan los propios pirquineros, “el cerro te habla”, pero para escucharlo hay que haber aprendido a callar. Este conocimiento corporal y situado permite que el oficio persista aun en ausencia de recursos, tecnología avanzada o respaldo institucional, convirtiendo a cada minero, mediante la práctica, en un “pirquinero completo”: alguien que no solo domina las técnicas de extracción, sino que encarna una ética del cuidado, una forma de vida y un vínculo con la tierra que es simultáneamente técnico y espiritual.

En esta cultura, los valores no se disocian del quehacer diario; configuran, más bien, un sistema simbólico coherente en donde lo ético, lo técnico y lo afectivo aparecen profundamente trenzados. La libertad no se concibe como independencia absoluta, sino como la posibilidad de decidir cuándo entrar al pique, cómo trabajar la veta y con quién compartir cuadrilla. Esa libertad se forja en el sacrificio cotidiano y se sostiene gracias a una solidaridad activa: “Minero salva a minero” no es una frase decorativa, sino el principio operativo que estructura las relaciones suprafamiliares en los cerros. La red de vínculos entre pares, tejida en las minas, los campamentos y los silencios compartidos, conforma una familia ampliada que garantiza seguridad, continuidad y sentido al oficio.

El cuerpo ocupa un lugar central en este entramado. No funciona como mero soporte biológico, sino como archivo viviente de saberes, emociones y técnicas. Es el cuerpo el que aprende a leer la veta, a afinar el oído para reconocer el zumbido del aire y a sentir en las rodillas la cercanía de un derrumbe. La pirquinería se enseña y se hereda no solo con palabras, sino con gestos, silencios y la mirada atenta del niño que acompaña al padre o al abuelo a puruñar. La infancia minera deviene así una fase de incorporación profunda de un sistema simbólico: mediante repetición, convivencia y observación, los jóvenes asimilan una pedagogía de la resistencia que los forma como técnicos y como sujetos culturales y morales.

La técnica, lejos de ser un saber frío o meramente instrumental, está cargada de significado. Cada herramienta —barreno, mecha, puruña, capacho— forma parte de un lenguaje común que se transmite y resignifica. Y cada labor, desde el cateo hasta el apireo, desde el puruñar hasta el molido en el *maray*, expresa una manera específica de relacionarse con el entorno. La técnica no se opone a lo simbólico: es su formulación más precisa. Por eso, el pirquinero completo es también un sabio, un conocedor que comparte su saber con humildad, lo protege y lo transmite sin imponerlo.

En la soledad profunda de los pirquenes —donde la luz apenas se filtra y el tiempo parece suspendido— los pirquineros enfrentan sus desafíos más íntimos. No se trata únicamente de golpear la roca en busca de metal: cada percusión del barreno reafirma una existencia tejida con sacrificio

y esperanza. En la penumbra, cuando el silencio solo se interrumpe por el eco del trabajo, estos hombres hallan la libertad que tanto valoran, conquistada día tras día a fuerza de esfuerzo y de la inquebrantable decisión de seguir adelante pese a las adversidades. Su labor, arraigada en la tierra que los sustenta, se erige en metáfora de una lucha por preservar la dignidad y la identidad en un mundo que a menudo los olvida.

Al ampliar la mirada descubrimos que la problemática de la pirquinería trasciende la región. En numerosos países en vías de desarrollo esta actividad —frecuentemente asimilada a la minería informal y calificada de ilegal— moviliza a poblaciones itinerantes en busca de sustento. No obstante, la pirquinería, tanto aquí como en otros contextos, opera como estrategia para combatir la pobreza y también procesos de crisis económica. A pesar de su volatilidad y de los obstáculos que enfrenta, constituye un modo de vida cargado de significados y valores que rompen fronteras. Estas resonancias evidencian la universalidad de la lucha por sobrevivir en condiciones adversas y subrayan la urgencia de reconocer y respaldar a quienes, con cada veta descubierta, sostienen la esperanza de comunidades enteras.

Este texto reivindica la etnografía reflexiva como acto de restitución. Al alternar la primera y la tercera persona, se reconoce que el conocimiento no se produce en la distancia, sino en la copresencia afectiva: donde el cuaderno de campo deviene al espacio, donde rigor y emoción negocian una escritura que “escucha sin apurar” y “hace hablar al silencio”. Esa autoimplicación se convierte en un relato político también, pues se debe reconocer la pirquinería como patrimonio vivo, y esto exige diseñar políticas basadas en el diálogo paritario, adaptar la normativa de seguridad a la escala artesanal, garantizar plazos de pago compatibles y programas que protejan la sabiduría situada en lugar de estandarizarla.

Así, este libro ha querido hacer justicia. No una justicia declarativa ni simbólica, sino una justicia etnográfica: conceder sitio, voz y presencia a los pirquineros, cuya cultura suele reducirse a cifras productivas y, por ello, permanece escasamente comprendida en los relatos oficiales de la minería. La escritura aquí practicada no pretende ser neutral ni objetiva; es un acto de afectación y complicidad reflexiva, es un conocimiento situado que nace del encuentro y del vínculo, no de la observación distante.

Las reflexiones autobiográficas muestran que concibo la etnografía como un acto de restitución: declaro mi implicación emocional y alterno las voces para subrayar que el conocimiento se gesta en la copresencia, no en la distancia objetiva. Esta estrategia transforma el entendimiento en una convocatoria ética: reconocer al pirquinero como sujeto epistémico y a la pirquinería como patrimonio vivo exige medidas situadas, entre ellas la creación de un catastro oficial sensible a la escala artesanal del pirquinero, la adecuación de la normativa de seguridad y de los plazos de pago a los flujos reales de producción, así como la transparencia en la medición y trazabilidad de las leyes de los metales y el reconocimiento del oro grueso (metálico).

Al volver al plano institucional, se evidencia la desconexión estructural entre pirquineros e instituciones. Enami, comprador indispensable, opera como patrón distante: mecanismos de muestreo opacos y plazos de pago que se extienden hasta cuatro meses erosionan la liquidez del pirquinero, si hay remuestreo. Sernageomin fiscaliza con estándares diseñados para la gran minería, reproduciendo una brecha normativa que instala temor a clausuras y legitima prácticas informales. El cierre y reconversión de la Fundición Hernán Videla Lira cristaliza la deuda: los retrasos empujan parte del oro a circuitos extralegales y refuerzan la sospecha hacia el Estado. En respuesta, la persistencia pirquinera deviene acto político: la plaza de Copiapó se erige como “territorio de persistencia”, donde cuerpos jubilados encarnan la identidad pirquinera y denuncian la invisibilización cotidiana. Mientras se aplaude la modernización minera, se abandona a quienes sostienen una forma de vida artesanal, autónoma y profundamente vinculada al territorio. Este abandono no solo compromete la viabilidad económica de cientos de familias, sino que además amenaza la continuidad de un patrimonio inmaterial que forma parte del alma del norte chileno.

Proteger la pirquinería exige más que celebrarla. Se requiere un catastro oficial sensible a la escala artesanal, capaz de evitar que se confunda pirquinería con “ilegalidad”; normativas de seguridad elaboradas en diálogo con quienes perforan la roca, pensadas para piques angostos y ventilación manual; plazos de pago auditables y transparentes, y políticas de fomento que valoren su aporte a la soberanía económica regional, la ocupación territorial y el patrimonio cultural. Nada de esto será suficiente si el Estado persiste

en medir la cultura pirquinera con la vara de la gran minería. Reconocerla como patrimonio implica diseñar políticas cocreadas con quienes extraen el mineral, adaptar la fiscalización a su escala y garantizar el derecho a ser libres sin quedar desprotegidos. Supone también aceptar que la modernidad puede dialogar con la técnica depurada del barreno, siempre que escuche las pausas del silencio y respete la autonomía del cuerpo que siente y trabaja en los pirquenes.

La pirquinería, entonces, no consiste solo en una estrategia económica: se trata de una cultura técnica y simbólica con modos propios de transmisión, legitimación y organización social. La sabiduría situada se alza como categoría clave: un saber que se aprende en la práctica encarnada, donde el cuerpo actúa como archivo y sensor. Puruñar junto al otro, reconocer el temblor de una veta “viva” o el sonido que anuncia peligro constituye, al mismo tiempo, aprendizaje técnico y formación ética. Esta pedagogía tácita —observar, imitar, errar y escuchar la palabra justa— enlaza con un principio operativo que ordena la acción colectiva y garantiza la seguridad compartida.

Para abrir nuevos horizontes de investigación, se propone profundizar en cartografías sensibles que integren trayectorias de vetas, campamentos y biografías corporales, sumando la mirada de las pirquineras —cuya experiencia de género sigue velada— y articulando estudios a escala humana que recojan historias de vida en diálogo con catastros productivos. Tal esfuerzo permitiría trazar una geografía viviente de la cultura pirquinera, donde el patrimonio técnico y simbólico dialogue con los procesos de modernización, sin reducirlos a cifras ni romanticismos, sino registrando cómo cada innovación reconfigura el vínculo entre cerro, cuerpo y comunidad.

Se puede aseverar que la pirquinería no sobrevive *a pesar* de la modernidad, sino como alternativa contemporánea que conjuga técnica depurada, ética comunitaria y autonomía laboral. Y persistirá siempre que existan cuerpos capaces de traducir el murmullo del cerro y comunidades que sostengan la reciprocidad; su continuidad depende, más que de la veta, de la voluntad institucional de reconocer que en cada golpe de barreno se cincela no solo mineral, sino una forma digna y libre de habitar el desierto en las serranías de Atacama.

Finalmente, como ejercicio de alteridad y reconocimiento, esta etnografía busca a través de Luzmira rescatar la presencia femenina, demostrando que la agencia de las mujeres confirma que la cultura pirquinera no es homogénea ni exclusivamente viril. La figura de Luzmira Ponce Ledezma —pirquinera, molinera y dueña de minas— evidencia una participación que desborda el relato masculino tradicional. Su historia revela que la transmisión de saberes y la gestión comunitaria del riesgo descansan también en los cuidados y en la administración económica que las mujeres sostienen, ampliando así la noción de patrimonio y cultura pirquinera.

La pirquinería es cultura y una forma de estar en el mundo que conjuga técnica y espiritualidad, autonomía y cuidado, pasado y presente. Mientras haya quienes escuchen la veta, quienes puruñen con atención y quienes enseñen a los más jóvenes a leer la roca, existirá cultura pirquinera. Y, con ella, persistirá esta forma digna, libre y compleja de habitar el mundo de estos hombres libres de la sierra Jesús María en la región de Atacama.

DESPEDIDA

Este libro nació en la sierra Jesús María, pero también en el silencio. En las horas en que no se habla y solo se escucha. Se tejió con voces que no buscaban ser oídas, pero, al serlo, se volvieron imprescindibles. No podría haber escrito una sola línea sin la vida compartida con los pirquineros de la sierra Jesús María, sin su generosidad para dejarme estar, sin su manera de sostener el mundo incluso cuando todo parece derrumbarse.

Conocí en ellos una humanidad que no se proclama: se vive. Una ética sin discursos, que se ejerce sin testigos. Me mostraron que vivir con libertad no es hacer lo que se quiere, sino sostenerse con coherencia en cada acto, incluso cuando nadie está mirando. Aprendí que la libertad tiene un precio, pero también un profundo sentido: es la posibilidad de actuar desde la conciencia, incluso en un mundo que muchas veces no quiere ver lo evidente.

En su modo de habitar la libertad descubrí un coraje hondo: el de sostener, día tras día, una forma de vida que el mundo suele relegar a los márgenes y que, sin embargo, rebosa una dignidad irreductible. Ese testimonio callado me siguió más allá del cerro y me recordó que mi oficio también debe ejercerse con esa entereza: no la libertad que esquivo compromisos, sino la que asume con serenidad y valentía cada palabra, cada gesto, cada silencio. Si en lo más profundo del pique todavía es posible encender una chispa de claridad, también en la escritura debemos ver con nitidez y actuar con delicadeza y responsabilidad, sabiendo que todo acto —dicho o escrito— deja huella. La etnografía comparte ese destino: toda presencia tiene consecuencias, y en tiempos de vértigo no cabe el consuelo fácil de la indiferencia.

Fueron largas temporadas de intentos, encantos y desencantos antes de hallar las palabras que hoy vibran en estas páginas. Los borradores se apilaban como vetas que se cerraban, intentos que se desmoronaban al primer golpe. Volví al cerro, volví a mis cuadernos, volví a ese silencio denso que no asfixia, sino que enseña, hasta que la escritura se abrió como un filón tardío. Entendí que mi oficio no era solo describir, sino también honrar —palabra por palabra— la dignidad con que estos hombres habitan el riesgo.

Como ellos, bajaba cada día con la esperanza de encontrar algo; como ellos, muchas veces regresé sin veta. Pero el esfuerzo también escribe. Y me lo enseñaron ellos: si hoy no encuentras nada, mañana bajas de nuevo, con la misma fe y paciencia, hasta que —sin saber bien cómo— algo se abre. Ese filón inesperado fue también libertad: la de escribir con dignidad lo que me fue confiado, sabiendo que este oficio de antropólogo —como la pirquinería— no siempre da, pero siempre enseña.

Un viejo dicho que escuché de los pirquineros afirma: “La vida del pirquinerero es triste y oscura como el socavón”. Sin embargo, allí encontré lo más hermoso: una esperanza terca, una libertad sin estridencias. Me enseñaron que no siempre se baja a buscar oro; a veces se baja a sostener la vida.

Lo comprendí con dolor el día en que tres pirquineros —Alfredo Bugueño, Hernán Aguilera, “el Cordillera” que, cateando, habían encontrado el disfrute anhelado y llevaban un mes sacando meta de aquel disfrute— fallecieron bajo un planchón en la mina, cuando los pilló el cerro. Sus sacos de mineral siguen allí, intactos, porque nadie toca el trabajo que le costó la vida a otro; aunque el oro esté allí, el silencio nos dice algo más elocuente que cualquier discurso: que existe una ética que no requiere testigos, que el respeto no se negocia y que la memoria también es una forma de actuar. Esa ética sin espectadores vale más que cualquier metal.

Esa misma ética guio esta escritura. Comprendí que la libertad se ejerce incluso cuando nadie mira y que la etnografía, en tiempos de urgencia, solo es verdadera si es paciente, si resiste y si nace del respeto. En este oficio, como en el cerro, no todo lo que brilla es oro; pero, cuando una veta aparece, lo hace con claridad y ya no nos permite mirar igual.

A todas las personas —presentes o recordadas— que sostuvieron este proceso con su silencio, su fe o su crítica: mi gratitud. A los tres pirquineros cuya vida quedó bajo la roca, mi homenaje: el eco de sus martillos resuena en cada página. Y al cerro mismo, gracias por recordarme que lo esencial suele esconderse detrás del polvo, porque, como bien saben los pirquineros, lo más valioso no está en lo que resplandece, sino en lo que permanece.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría sido posible sin los silencios compartidos, las caminatas bajo el sol de Copiapó, las palabras verdaderas y los gestos que hablan más que mil discursos. Aquí, en estas páginas, no hay ficción ni distancia: hay memoria, afecto, cuerpos, tierra y persistencia.

A mi madre, Rosa Acuña Flores, le debo más que la vida: le debo la veta. Tú fuiste quien, con voz pausada de atardecer nortino, nombró por primera vez a Luzmira y la hizo latir en mi imaginación infantil. Con ese relato encendiste la lámpara que aún hoy me guía. En 2000 —cuando una mujer viajando sola al cerro parecía desvarío— repetiste tu consejo de siempre: “Si quieres encontrar pirquineros, debes ir a Copiapó”. Con ese consejo abriste el camino hacia mi propio derrotero, el mismo que hoy se despliega en estas páginas. Reconociste en mi deseo el mismo fulgor que un día movió a Luzmira. Veinticinco años después, cada página se forja con la confianza que sembraste: tu fe silenciosa sigue siendo luz de carburo sobre mi cuaderno. Por eso, cada página de este libro late con tu nombre adentro, como una veta viva que nunca se agota.

A mi bisabuela Luzmira Ponce Ledezma, mujer de coraje mineral, gracias por haber existido con tanto fuego. Fuiste barreno, maray, molino y lámpara. En cada testimonio que reconstruye tu andar hay una forma de justicia tardía. Minera, dueña de mina y defensora incansable de los suyos en tiempos en que pocas mujeres podían alzar la voz, llevaste el temple de los pirquineros y el arrojo de la pirquinera: no te hacías esperar cuando se trataba de justicia. Allí donde organizaste, hablaste o resististe, dejaste una marca que no se apaga. Hoy, en las serranías de Atacama, todavía resuenan tus pasos y hay vetas que repiten tu nombre como un rumor de oro bajo la roca. Este libro no busca recordarte: busca reconocerte, afirmarte como parte esencial de la memoria minera de este país.

A mi papá, Pablo Francisco Romero Reyes: este libro, nacido de apuntes dispersos y dudas tercas, llegó a su última página abrazado por tu paciencia; cuando el cansancio pesaba más que la mochila de terreno, te sentabas a mi lado, abrías los borradores como ventanas y celebrabas en voz baja cada

destello que sobrevivía al polvo; con tu mirada clara encontrabas la veta auténtica donde yo veía brillos falsos, devolvías aire a las frases agotadas y ofrecías tu hombro —sin alardes— en los tramos más largos; así aprendí que la esperanza se trabaja a diario, que la claridad brota de la constancia y que animar al otro es la ternura más concreta; por eso estas páginas respiran: porque las acompañaste con tu luz serena, porque tus preguntas sencillas ordenaron el rumbo y tu risa breve convirtió el cansancio en ganas de seguir; quedan impresas nuestras horas de lectura compartida, las tardes en que hallaste el detalle que faltaba y, sobre todo, tu certeza tranquila de que las historias deben contarse para volverse verdaderas, recordándome que escribir —como querer— es un acto de amor.

A Daniel Quiroz Larrea, por caminar a mi lado sin apurar los pasos. Por enseñarme —como un verdadero maestro— que escribir desde la experiencia es tan válido como hacerlo desde la teoría. Gracias por sostener, con paciencia infinita, mis letras cuando no podían fluir y recordarme siempre que el trabajo etnográfico nunca nos deja iguales: tiene un efecto que inevitablemente transforma aquello que escribimos. Hace casi quince años dijiste que mi investigación demostró que los imposibles no existen, y esas palabras, junto con tu certeza de que una mujer sí podía estar en esos piques y socavones haciendo esta investigación, aún reverberan en mí. Agradezco profundamente que lo dijeras, pero más aún que lo hayas creído. Tu confianza —puesta en mí antes de que yo misma pudiera sostenerla— fue una forma de encender la lámpara cuando todo era incierto. Este libro también se sostuvo en esa luz.

A Milka Castro, por recordarme que, para una antropóloga, el camino exige un esfuerzo adicional y que, aun así, cada paso vale el empeño. Con tu ejemplo entendí que sortear los obstáculos de género da espesor al oficio: el esfuerzo echa raíz y se vuelve palabra firme. Me señalaste la ruralidad como territorio de escucha y me mostraste que el pulso sereno de la tierra agudiza la mirada y alarga el horizonte. Gracias por mostrarme que la constancia abre vetas que el apuro no ve.

A Amanda, mi sobrina, audaz y entrañable lectora de este libro. Con tan solo trece años fuiste capaz de leerme con una profundidad que me conmovió. En los momentos más densos, cuando la escritura parecía naufragar entre silencios y cansancio, apareciste con tu ternura incondicional, tu mirada

luminosa y esa forma única de acompañar sin interrumpir el curso de las palabras. Leías mis capítulos cuando aún no lograba decir lo que deseaba, y lo hacías con una honestidad afectuosa: marcando lo que te conmovía, cuestionando lo que encontrabas “fome” y celebrando lo que te emocionaba. Con tu vivacidad y lucidez supiste ver lo que yo ya no alcanzaba a distinguir. Tu energía discreta y tus palabras certeras me devolvieron impulso cuando el cansancio comenzaba a enturbiar la escritura. Este libro también lleva tu risa, tu fuerza y tu forma de alumbrar sin buscarlo. Me enseñaste, sin proponértelo, que a veces una niña puede recordarle a una adulta por qué vale la pena seguir. Gracias por ser faro cuando más lo necesitaba, por leer con pasión y generosidad, y por deslizarte sobre las olas con la misma curiosidad con que hojeas un libro o acaricias una piedra. Eres un caudal de mundos que revela que nadie cabe en un solo nombre y que la libertad —como nos enseñan los pirquineros— se ejerce, no se proclama.

A los pirquineros de Atacama, verdaderos protagonistas de esta historia, les agradezco todo lo que no puede ser devuelto: la confianza, el tiempo, la enseñanza silenciosa, la fe compartida en medio de la oscuridad del pique. Gracias por cuidarme, por convidarme a la sombra y al almuerzo, por dejarme escuchar su mundo desde adentro. A ustedes, que me regalaron abrigo, conversación, resguardo ante el peligro, palabras de aliento y miradas cómplices, les digo con honestidad: este libro es el eco de sus vidas. Ustedes son el alma de cada página escrita. En especial, agradezco a don José Santos Escobar, Juan Valladares, Aliro Ortiz, Lorenzo Pinto, Carmelo Pinto, Marcelo González, Darío Gálvez, Lorenzo Vega, Luis Cortés, Santiago López, Eduardo Olivares (quienes todos conocen como Maguiro), Pedro Cortez, Manuel Barahona, Fidel Molina, Juan Araya, Alejandro Ramírez (reconocido como Yamaha), Armando Arias, Jim Casanova, Rubén Laferte, Lorenzo Gómez, Raúl Guggiana, Luis Guggiana y Carvajal, gracias por abrir su historia, su sabiduría y su cerro.

A quienes ya son memoria viva de la sierra Jesús María —el Cuna, Luis Guerrero (“el Loco”), “Kilo de Oro” y Nolberto Barrera (“el Chino”)—, les dejo este fogón encendido. Sus voces siguen repicando en cada tiro y en cada golpe de combo; lámpara en mano, vuelven a hollar los socavones del relato y nos recuerdan que el cerro guarda, junto al mineral, la risa, el coraje y la fatiga de quienes ya partieron.

A todos ellos, y a los muchos más que no alcanzo a nombrar, pero habitan cada silencio, cada gesto narrado y cada veta evocada, mi gratitud desciende tan hondo como las galerías que abrieron con sus manos. Gracias por mostrarme que la libertad se ejerce, no se proclama; que la moral del cerro —tejida de respeto, silencio y coraje— arde sin testigos, encendida apenas por el latido de la lámpara cuando la oscuridad se cierra. Entonces comprendí que el verdadero oro no reluce en la roca, sino en el pecho de quien emerge del pique, cubierto de polvo y dignidad, y saluda al desierto como si amaneciera por vez primera.

A la familia Grez Acuña, gracias por sostener este proceso con afecto y generosidad. A Cristina, Jorge y Antonio, por las conversaciones compartidas, la memoria abierta, la complicidad silenciosa; por dejarme entrar en su casa como quien deja entrar a alguien que ya era parte. A Ester Luz, hija de Luzmira, y a Jessica Acuña, su nieta, les debo los pasillos de recuerdos que cruzamos entre llamadas cargadas de significado: cada detalle compartido abrió un filón nuevo y demostró que el legado de Luzmira sigue vivo y palpitante. Con la generosidad de todos ustedes, la luz de Luzmira —esa que se enciende sin ruido— permanece encendida en la sierra, esperando las voces que quieran seguir contándola. Copiapó —y Atacama entera— merecían que esta historia volviera a contarse.

A Alexis Méndez —quien, desde su labor cuando trabaja en el PAMMA, me abrió la primera huella hacia la sierra Jesús María—. Desde aquel viaje inaugural, su paciencia ha sido brújula y abrigo: cada vez que necesitaba cotejar un dato, disipar una duda o entender un giro del camino, él estaba ahí, con la respuesta justa y un mapa imaginario que extendía sobre el escritorio. Los pirquineros con quienes trabajó lo recuerdan como “una muy buena persona”, y cuando algún curioso preguntaba por mí, él zanjaba la cuestión con una frase que hacía sonreír cuando me lo comentaba: “Allá anda con sus viejos”. Su lealtad silenciosa —tan honda como el pique— acompaña estas páginas y deja, en cada línea, la huella de quien cree en la dignidad de quienes arrancan destellos de luz al polvo.

A Fernando Sarabia Barrie, gerente legal de la Compañía Exploradora y Explotadora Minera Chilena Rumana S. A. (Coemin): gracias por facilitar la antigua escritura de compraventa de la mina No Me Olvides. Creí

que ese documento se había perdido para siempre, pero tu empeño silencioso lo devolvió a la luz y dejó plasmado —negro sobre blanco— el instante en que Luzmira pasó de pirquinera a propietaria y negoció de igual a igual con una gran compañía. Agradezco tu tiempo, la delicadeza de tu gesto y la generosidad de la empresa al permitir que esta pieza fundamental forme parte de estas páginas.

A Bárbara Acuña y Víctor Munita, con quienes hallé un espacio de conversación encendida sobre la pirquinería de Atacama. Allí mis relatos encontraron oído y los suyos me devolvieron preguntas, memoria y compañía. Gracias por ese interés sincero, por escuchar y dejarse escuchar.

A quienes me acompañaron en este largo recorrido de escritura, revisión, espera y entrega: gracias por creer. Gracias por no exigirme ser otra. Gracias por sostener los tiempos que impone el cerro, la escritura y la vida.

GLOSARIO

Este glosario reúne los conceptos más frecuentes en el oficio pirquinero. Su comprensión resulta clave para seguir la dinámica y la cotidianidad de la minería artesanal en la sierra Jesús María.

acuña: Acción de extraer con cuñas las rocas sueltas de cajas y techos de las labores, evitando desprendimientos peligrosos.

alacrán: Carretilla modificada para transportar sacos de mineral (80-100 kg). A la carretilla común se le retira la tolva metálica y se reemplaza por tablas o maderos, creando una superficie plana.

apir: pirquinero encargado del apireo.

apireo: Extracción de mineral desde el interior de la mina, realizada en *capachos* (bolsos de cuero o plástico resistente) que el pirquinero lleva atado a la espalda.

apirotes: pirquineros que apirean, o transportan, el mineral desde interior de la mina al exterior.

barrenar: Perforar la roca para abrir un *tiro* donde luego se colocará el explosivo.

barreno: Barra de acero templado, hexagonal y afilada en cruz (40-60 cm), que el pirquinero golpea con el combo y gira a cada impacto para perforar la roca y abrir el “tiro” donde irá la carga explosiva.

barretero: Persona que realiza el barrenado manualmente ayudándose con un barreno y un mazo; también puede hacer unos de herramientas mecanizadas.

barretilla: Cuña larga (1-1,5 m), fabricada con brocas rotas, empleada para acuña.

beneficio: Veta mineral con leyes (concentración de metal) suficientes para que su extracción sea rentable.

broca yaco: Pieza de barreno de cuatro gavilanes que agiliza la perforación.

broceo: Disminución de ley o estrechamiento de la veta que hace antieconómica su explotación.

baja baja: Cuerpo de cerro que se sitúa bajo la veta; los pirquineros la llaman “la flaqueza”. Entre la caja baja y la caja alta se ubica la veta.

baja alta: Roca que descansa sobre la veta y sostiene el cerro.

baldear: Calentar acero al rojo vivo para moldearlo.

canchas: Espacio en superficie donde se deposita el mineral recién extraído antes de escogerlo o *realizarlo*.

capacho: Bolso de cuero (tradicional) o recipiente plástico (actual) usado como mochila para subir el mineral desde el interior de la mina.

catear: Recorrer cerros en busca de vetas, realizando prospecciones básicas para evaluar ley y potencial de explotación.

chicharra: Campana o timbre que comunica señales por número de toques:

1 toque = detener y afirmar el balde (no hay más material)

2 toques = bajar

3 toques = subir balde

4 toques = sube personal en el tarro

5 toques = emergencia (persona fallecida)

chiflana: Tipo específico de barrenado utilizado en el laboreo minero para realizar el orificio de un tiro. Esta técnica se emplea cuando se trabaja en un frontón o túnel y no es posible perforar de frente, por lo que se debe barrenar desde abajo hacia arriba. Permite avanzar rodeando o “dando vuelta” al cerro, adaptándose a las condiciones del terreno y a la orientación de la veta.

chiflón: Galería inclinada, de 30-45°, que conecta niveles o conduce a superficie.

chimenea: Labor vertical que une socavones con la superficie para ventilación; se excava de abajo hacia arriba.

chucuya: Material fino en que el oro puede distinguirse claramente a simple vista. Por esta razón, los pirquineros lo valoran especialmente y lo procesan cuidadosamente mediante técnicas específicas, como el tamizado fino, para asegurar que este oro visible no se pierda durante su extracción y recuperación en la molienda.

circar: Acción de extraer vetas muy angostas limpiando primero la zona estéril y luego la veta mineral, “siguiendo el rastro del oro” en la roca. Requiere paciencia, habilidad y constante adaptación a los cambios de dirección o profundidad de la veta.

circar la veta: Técnica utilizada por pirquineros para seguir cuidadosamente el borde de una veta sin romperla. Se realiza con herramientas pequeñas, como el barreno o la cuña, y permite liberar el mineral sin dañar su estructura.

Cola de ballico: Denominación popular para el diablo.

componer herramientas: Reparar barrenos y cuñas en una fragua alimentada con carbón de piedra.

desatierro: Material estéril de explotación antigua que permanece dentro de la mina.

deslamado: Proceso crítico de puruñado en el que se eliminan las impurezas y partículas ligeras de la muestra molida, arrojando la “borra” o material no valioso para que solo el oro, por su mayor densidad, se asiente en el fondo de la puruña. Este gesto, que los pirquineros llaman “aconchar el oro”, se ejecuta con movimientos suaves pero decididos; un vaivén rítmico (“temblar la puruña”) separa cuidadosamente el metal precioso, dejando tras de sí la certeza de la ley de la veta y reflejando la destreza artesanal del pirquinero.

desmante: Material rocoso descartado tras la selección del mineral, acumulado en superficie.

disfrute: Restos de faenas antiguas que todavía contienen mineral de valor comercial.

escalera de cimbra: Escalera provisoria hecha con cables de acero y peldaños metálicos, usada para explorar piques o chiflones antiguos.

escalera de patilla: Escalera tallada en un rollizo de madera; se asciende o desciende de costado.

ensayar: Sinónimo de *puruñar*: método empírico para estimar la ley de oro.

ensaye de mineral: Proceso de prueba de una pequeña muestra de mineral (aprox. 5 g, lo que cabe en una tapa de cerveza) para determinar su ley: primero se muele hasta llampo, luego se somete a deslamado en la puruña, eliminando impurezas y dejando que solo el oro se asiente al fondo, revelando así su cantidad y calidad.

flotación: Proceso hidrometalúrgico de concentración de minerales sulfurados (Cu, Ag, Au) tras chancado y molienda.

fragua: Fogón donde se calientan y se forjan herramientas para su reparación.

fulminante: Explosivo iniciador que detona la carga principal.

gallina: Barra metálica que ayuda a escoger mineral sin dañar las manos.

guía: Cordón detonante (“mecha a fuego”) que permite encender uno o varios tiros a distancia con tiempo para evacuar.

huinche: Equipo mecánico que iza el balde de mineral mediante un cable de acero y poleas desde las galerías profundas.

laboreo: Cualquier obra subterránea: pique, socavón, chimenea, chiflón.

lámpara de carburo: Dispositivo de iluminación portátil que, mediante la reacción del carburo de calcio con agua, genera gas acetileno que arde produciendo una llama intensa y continua. En el contexto pirquinero, la lámpara de carburo es la fuente principal de luz dentro de galerías profundas y espacios de penumbra, que permite

al pirquinero orientarse, identificar vetas y advertir riesgos en el socavón. Su haz de luz parpadea y calienta ligeramente el ambiente, proyectando sombras que revelan texturas de la roca y detalles de la veta.

llampo: Mineral muy fino, casi en polvo, resultado de la tronadura o manipulación.

llauca: Cuña larga o *barretilla* de 1-1,5 m.

maray: Molino prehispánico de piedra, de origen anterior al trapiche, accionado por fuerza humana o animal.

marina: Material rocoso desprendido por la tronadura. *Hacer la marina* es sacarlo al exterior, sea a pulso (apireo) o con huinche.

masa: Roca sin contenido económico.

ojo bueno: tramo de veta de alta ley y buen rendimiento.

ojito: sección más corta con ley aceptable, pero menor que la del ojo bueno.

oro chispeado: Partículas de oro que aparecen a simple vista en la roca como pequeñas motas brillantes o “chispas” que anuncian la presencia de la veta sin necesidad de puruñar la muestra.

oro claveteado: Porción de oro metálico visible a simple vista, incrustado en la roca; es “el único oro que se ve en la piedra”, pues sus pepitas sobresalen con nitidez sobre el fondo mineral

palla: pilas de material clasificados según el análisis del pirquinero en las canchas, y que se clasifican en montículos denominados pallas por estimación de contenido de ley. Clasificación del mineral según ley: **Pinta** ≥ 20 g/t; **Despinte** $\approx 6-7$ g/t; **Cola de mono** $\approx 2-3$ g/t.

pata de cabra: Trípode de madera o fierro que, junto al huinche, permite izar o bajar un balde.

pato (lubricador): Lubricador de la perforadora.

peinecillo: Estructura de cuatro palos puesta sobre el pique para guiar el balde.

penadura: Golpeteo o ruido subterráneo asociado, según la creencia, a la proximidad de un alcance de oro.

piedra ensayadora: Piedra lisa donde se muele la muestra que se *puruña*.

pila de mineral: Acopio de mineral fuera de la mina, listo para escoger o llevar al trapiche.

pieque: Labor vertical excavada desde la superficie hacia abajo.

pirquén: Pique o pozo de extracción de mineral, generalmente vertical, por el que desciende el pirquinero hasta la veta; en su interior se emplean herramientas

manuales (barreno, combo, capacho) y dispositivos de izado (torno, huinche) para recuperar el mineral.

portalonero: Trabajador que recibe y descarga el balde en la boca del pique.

puruñar: Método empírico para estimar la ley de oro. Se muele una muestra, se lava sobre un cacho de vacuno, se deslama por gravedad y se observa la “cola de oro” para estimar la riqueza de la explotación.

quemazón: Roca que aparenta ser mineralizada pero resulta estéril.

rameo: Ramificaciones menores que se desprenden de la veta principal.

realizado: Escogido del mineral en la *cancha* para mejorar su ley.

regalía: Porcentaje que el dueño de la mina cobra sobre el valor del mineral extraído.

socavón: Labor horizontal que se excava desde la superficie hacia el interior de la roca del cerro.

temple: Tratamiento térmico para endurecer herramientas mediante calentamiento y enfriado brusco.

temple al agua: Temple específico: blanco para barrenos, azul para cuñas; conocimiento indispensable para el pirquinero.

tiro: Perforación donde se coloca la carga explosiva.

torno: Máquina de alzado accionada a fuerza humana; históricamente posterior al capacho y anterior al huinche.

trapiche: Molino de acero, accionado por motor, que pulveriza el mineral de oro.

veta: Estructura mineral que contiene el oro u otro metal valioso que se quiere explotar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acuña, Jessica (2021). Luzmira Ponce, una mujer de las minas de Chile. *Escritura Crónica*. <https://escrituracronica.com>
- Bío-Bío Chile (28 de febrero de 2025). Recuperan cuerpos de los tres pirquineros fallecidos tras derrumbe de mina de Copiapó. www.biobiochile.cl
- Cámara de Diputadas y Diputados. Comisión de Minería y Energía (2023). *Informe recaído en el proyecto de royalty minero*. Congreso Nacional de Chile.
- (2024). *Acta de sesión especial sobre pasivos y pequeña minería*. Congreso Nacional de Chile.
- Dirección de Presupuestos (2017). Evaluación del Programa de Fomento de la Pequeña y Mediana Minería de ENAMI (Informe final). Ministerio de Hacienda, Gobierno de Chile.
- (2022). Programas de Fomento de la Pequeña Minería (PAMMA-ENAMI). Informe final. Ministerio de Hacienda, Gobierno de Chile.
- Geertz, C. (1989). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- (2003). *Conocimiento local: ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Paidós.
- Guber, R. (2001). *El salvaje metropolitano: reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós.
- (2004). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Siglo XXI.
- (2011). *La etnografía y el trabajo de campo: una mirada reflexiva*. Siglo XXI.
- Lino e Silva, M., y H. Wardle (eds.). (2017). *Freedom in practice: governance, autonomy and liberty in every day*. Routledge.
- Ministerio de Minería (2018). *Estudio de caracterización regional de la pequeña minería (Informe final)*. Gobierno de Chile.
- Philippi, R. A. (1860). *Viaje al desierto de Atacama*. Imprenta Nacional.
- Servicio Nacional de Aduanas (2019). Resolución Exenta N.º 4449/2019. Gobierno de Chile.
- (2024). *Anuario Estadístico de Comercio Exterior 2023*. Gobierno de Chile.
- Servicio Nacional de Geología y Minería (2024). *Anuario de la Minería de Chile 2023*. Autor.
- Sociedad Nacional de Minería y Servicio Nacional de Geología y Minería (2009). *Seguridad minera en la pequeña minería: Realidad y desafíos*. SONAMI.

Soy Chile (1 de marzo de 2025). Los tres fallecidos en accidente minero eran adultos mayores. Copiapó. www.soychile.cl

Subsecretaría de Minería (2021). *Política Nacional Minera 2050. Informe Ambiental (Versión 27-08-2021)*. Gobierno de Chile.

Entrevistas

Luz Ester Acuña. Telefónica, 2016 [LEA, 2016]

Armando Araya. Copiapó, 2025 [ArA, 2024]

Aurora Araya. Copiapó, 2001 [AuA, 2001].

Juan Araya. Sierra Jesús María, 2001 [JA, 2001].

Juan Araya. Sierra Jesús María, 2016 [JA, 2016]

Juan Araya. Sierra Jesús María, 2017 [JA, 2017]

Luisa Araya. Copiapó, 2001 [LA, 2001].

Armando Arias. Copiapó, 2025 [ArAr, 2025]

Jim Casanova. Copiapó, 2025 [JC, 2025]

Aurora Cortés. Copiapó, 2001 [AC, 2001]

Dina Cortez. Copiapó, 2001 [DC, 2001]

Luis Cortés. Sierra Jesús María, 2001 [LC, 2001]

Lorenzo Gómez. Sierra Jesús María. 2017 [LG, 2017]

Marcelo González. Sierra Jesús María 2001 [MG, 2001]

José Santos Escobar. Sierra Jesús María, 2000 [JSE, 2000]

José Santos Escobar. Sierra Jesús María, 2001.[JSE, 2001]

Darío Gálvez. Sierra Jesús María. 2000 [DG, 2000]

Darío Gálvez. Sierra Jesús María, 2001 [DG, 2001]

Cristina Grez. Copiapó, 2016 [CG, 2016]

Raúl Guggiana. Sierra Jesús María, 2001 [RG, 2001].

Raúl Guggiana. Sierra Jesús María, 2017 [RG, 2017]

Rubén Laferte. Copiapó, 2016 [RL, 2016]

Alexis Méndez. Copiapó 2011 [AM, 2011]

Fidel Molina. Sierra Jesús María, 2000 [FM, 2000]

Fidel Molina. Sierra Jesús María, 2001 [FM, 2001]

Aliro Ortiz. Sierra Jesús María, 2001 [AO, 2001]

Carmelo Pinto. Sierra Jesús María, 2000 [CP, 2000]

- Carmelo Pinto. Sierra Jesús María, 2001 [CP, 2001]
Lorenzo Pinto. Sierra Jesús María, 2000 [LP, 2000]
Lorenzo Pinto. Sierra Jesús María, 2001 [LP, 2001]
Alejandro Ramírez. Sierra Jesús María, 2016 [AR, 2016]
Dina Rodríguez. Copiapó, 2001 [DR, 2001]
Juan Valladares. Sierra Jesús María, 2000 [JV, 2000]
Juan Valladares. Sierra Jesús María, 2001 [JV, 2001]
Lorenzo Vega. Sierra Jesús María. 2001 [LV, 2001]

Se terminó de imprimir esta primera edición,
de trescientos ejemplares, en el mes de marzo de 2026
en Feyser Etiquetas SPA.
Santiago de Chile.

